

ISSN 0120-0216

aleph



julio/septiembre 2016, año L

Nº 178



ISSN 0120-0216

Resolución No. 00781 Mingobierno



Carátula: Vuela
Por: Darío Ortiz-Robledo

Consejo Editorial

Luciano Mora-Osejo
Valentina Marulanda (✉)
Heriberto Santacruz-Ibarra
Lia Master
Marta-Cecilia Betancur G.
Carlos-Alberto Ospina H.
Andrés-Felipe Sierra S.
Carlos-Enrique Ruiz

Director

Carlos-Enrique Ruiz

Tel. +57.6.8864085
<http://www.revistaaleph.com.co>
e-mail: aleph@une.net.co
Carrera 17 N° 71-87
Manizales, Colombia, S.A.

maquetación
Jerónimo & Gregorio Matijasevic,
Arte Nuevo, Manizales Col.
matijasevic@outlook.com

julio/septiembre 2016

aleph

Año L

PARA Aleph

Es el momento de las transformaciones profundas.

El lente con el que se debe observar la
coyuntura debe venir del futuro. La respon-
sabilidad de esta generación es procurar una
mejor sociedad para los que vienen atrás.

Hay que ir al cambio de piel.

Ese será el momento en que la paz habrá
llegado!

Agosto-2016

Humberto de la Calle

Humberto de la Calle L.

Cambio de piel

Humberto de la Calle L.



Es el momento de las transformaciones profundas. Es necesario que las reflexiones alrededor del momento que vive Colombia se hagan desprevenidamente, sin sesgos. El lente con el que se debe observar la coyuntura debe venir del futuro. La responsabilidad de esta generación es procurar una mejor sociedad para los que vienen atrás.

El conflicto se desarrolla en el plano simbólico – tanto en el encuadramiento político e ideológico como elemento cultural y emocional inevitable- como en el teatro militar y de la lucha social. El centro de gravedad de la confrontación por ahora ocurre en este segundo universo.

La principal manera de hacer la paz es haciéndola, esto es, trabajando en el plano de lo real. No basta con cambiar el escenario simbólico. Pero, al mismo tiempo, el final de la confrontación real solo produce la paz si hay un cambio profundo en la forma como las partes reubican sus incompatibilidades básicas en la esfera de la formulación intelectual -simbólica e ideológica- y proceden a buscar pautas de nuevo relacionamiento que implica, no desistir de la lectura política de cada uno, pero si mover toda la carga intelectual hacia una órbita en la que esas incompatibilidades básicas puedan asumirse en clave de compromiso, de solución. No se trata de desistir (es más, un Acuerdo puede intensificar la confrontación simbólica, incluso la agitación desarmada), sino de aceptar canales distintos a la confrontación previa militar para resolver, no el conflicto, sino el método para sustanciarlo.

Trabajar lo simbólico no basta para lograr la paz, pero sin el cierre simbólico, el silencio de los fusiles es precario. Ponerse en los zapatos del otro, lo cual no implica usar los zapatos del otro.

Terminado el conflicto, la lucha se moverá hacia otras esferas como se dijo, y una de ellas, sin duda, será la lucha por la narrativa. Es más, puede decirse que esa será la batalla final. La narrativa, sin embargo, aunque se emparenta con la verdad, no se construye sólo a base de ella. La verdad vivifica. Como dice Pablo, la verdad nos hace libres. También brinda sosiego que es un elemento esencial para la reparación. En muchos casos, afuera y en Colombia, comunidades enteras han privilegiado la consecución de la verdad por encima de las indemnizaciones y, en no pocos casos, la penalización. ¿Por qué murió mi hijo? muchas veces contiene una mayor dosis de sanación que el castigo del responsable.

Pero, ¿cuál verdad? ¿La de quién? El gran reto en la construcción de la narrativa es entender que no habrá una única y verdadera narrativa, sino que habrá diferentes narrativas. Todas ciertas. Todas con dosis de verdad. No será posible identificarse con todas, pero todas serán respetadas. Esa es la nueva Colombia.

Dentro de lo acordado en La Habana está la conformación de una Comisión de la Verdad. Muy buena parte de los “hechos” del conflicto son conocidos. Colombia no es el caso de dictaduras ignominiosas que era necesario desenmascarar. El trabajo de una Comisión de Esclarecimiento, Verdad y Convivencia, es mucho más complejo que un ejercicio historiográfico lleno de detalladas revelaciones. Una cosa es la Verdad de un hecho y otra la Verdad Histórica, la Verdad Colectiva. Es aquí donde tenemos que trabajar con mayor ahínco. Lo que hay que superar, es la contraposición de los Mitos excluyentes. Y no solo en el esclarecimiento. La capacidad sanadora del ejercicio de Verdad está probada.

La convivencia entre esas narrativas diversas que reflejan diferentes verdades es el escenario en el que la nueva política debe cimentarse. Es en la diversidad como valor fundamental de la sociedad. Es en el respeto profundo por el otro, por sus ideas, muchas de ellas diferentes o incluso opuestas, lo que debe prevalecer. El trámite de las divergencias debe darse en paz, sin armas, lejos de la violencia. Ese es el reto.

Terminado el conflicto, se abre la etapa de la aclimatación de la paz. Es el momento de las transformaciones de la sociedad. Por cierto, aquí hay un equívoco. Se afirma que nosotros como delegación del gobierno rehuimos las transformaciones y que queremos una paz barata, una paz funcional, una paz exprés. No es cierto. Lo que hacemos es distinguir entre el final del conflicto, sobre un agenda convenida entre ambas partes, y una fase de transformaciones necesarias. Allí pueden ingresar las FARC. Pero hacerlo sin armas, en el

pleno juego de la política civil que equivale en este caso a hablar de la política civilizada.

En La Habana trabajamos para terminar el conflicto. Para, a partir de allí, abrir una ubérrima etapa de transformaciones sociales. Cambios en la vida concreta, cambios en la política, cambios en el funcionamiento del poder. El punto final no es el que se expresa en planteamientos institucionales ni en presupuestos oficiales. El cambio real ocurre cuando los colombianos tengamos en el disco duro un nuevo chip, que se expresa en sentimientos y en ideologías. Un chip para que el conflicto busque su cauce. El chip de la reconciliación.

La paz es un estadio producto de un cúmulo de elementos. No hay paz automática. No hay paz de balde. La paz es una obra conjunta. Todos los integrantes de la sociedad debemos pensar cuál es nuestro papel en ese proceso de creación. Es un escenario exigente. Se requiere capacidad de autocrítica, voluntad de transformación. Si los colombianos logramos pasar la página de la violencia y nos atrevemos a vernos distinto, a nosotros mismos y a los otros, lograremos lo que yo he llamado el cambio de piel. Y ese será el momento en que la paz habrá llegado.



Centro Nicanor Restrepo-Santamaría para la reconstrucción civil

Darío Valencia-Restrepo

El acuerdo suscrito el 23 de junio de 2016 en La Habana para poner fin al conflicto interno de Colombia despierta grandes esperanzas sobre la posibilidad, por primera vez en muchas décadas, de una nueva época para el país. Es una histórica oportunidad para dar comienzo a la construcción colectiva de una cultura de la paz con amplia participación ciudadana. Se requiere un consenso para enfrentar los enormes problemas que aquejan el país y, sobre todo, para lograr la convivencia después de tantos años de violencia e incapacidad de resolver las controversias en forma civilizada y democrática.

El silencio de los fusiles y cese de agresiones a la población civil implica en primer lugar que no se olvidaron las muchas víctimas que ocurrirían ante una eventual prolongación del conflicto por largos años, y que se ha evitado grandes sufrimientos futuros a la sociedad.

El mencionado acuerdo se refiere al cese bilateral y definitivo del fuego y las hostilidades, así como a la dejación de las armas por parte de la guerrilla FARC-EP. (Ver texto completo en <http://tinyurl.com/TextoAcuerdo>).

Otros acuerdos antes alcanzados entre el Gobierno nacional y la guerrilla contemplan unos cambios en la vida colombiana, como los relacionados con una nueva ruralidad y las condiciones para la participación política, tan necesarios y aplazados que deberían hacerse incluso si no hubiera existido



la negociación en Cuba. (Ver resumen en <http://tinyurl.com/ResumenAcuerdos>).

Pero resulta paradójico que se haya superado la situación de guerra con los enemigos del Estado y que al mismo tiempo la sociedad colombiana se encuentre profundamente dividida al respecto. Es por lo tanto imperativo iniciar un diálogo entre los sectores enfrentados mediante una discusión racional y argumentada que se aleje de las descalificaciones y los epítetos. Fundamental será un análisis desapasionado y objetivo de los mencionados acuerdos. Todo ello exige una disposición sosegada de los actores principales y de los orientadores de la opinión.

Pero no se trata de un diálogo cualquiera sino uno que parta del reconocimiento y respeto por la argumentación del interlocutor, de una exigencia autocrítica sobre la propia posición y de la aceptación de unas reglas superiores a las partes que permiten los razonamientos y las demostraciones. Alberto Valencia Gutiérrez señala en un texto que es necesario construir una ética de la discusión que tome como referencia las mencionadas tres condiciones para el diálogo, de modo que sea posible superar los debates retóricos y sofisticos, así como aspirar a una verdad que no es un hecho absoluto sino algo relativo y provisional que se construye y perfecciona mediante el diálogo. (Ver <http://tinyurl.com/EticaDiscusion>).

En este momento crucial para Colombia cobra mucha vigencia la memoria del empresario Nicanor Restrepo. Luchó siempre por una sociedad democrática que impulsara un proceso de desarrollo incluyente, sin la creciente desigualdad y con oportunidades para todos sus ciudadanos. Pero ante todo, fue un heraldo de la paz, varias veces comprometido en los diálogos con los alzados en armas y partidario de la solución negociada del conflicto.

Su convencimiento sobre la necesidad de urgentes cambios en el país y de arreglo pacífico de los conflictos lo llevó a ser Alto Comisionado de Paz durante el gobierno de Belisario Betancur (1982-1986) e integrante de la mesa de conversaciones con la guerrilla; Asesor del Gobierno de César Gaviria (1990-1994), junto con otros empresarios, tras la firma de acuerdos definitivos de paz con el EPL, el PRT y el Quintín Lame; Consejero de Paz durante el gobierno de Andrés Pastrana Arango (1998-2002); y uno de los negociadores designados por el Gobierno nacional para las conversaciones con las FARC en El Caguán (1999-2002).

Será recordado por su tolerancia, capacidad de argumentar y respeto por la crítica ajena. Cuánta falta hace la opinión y orientación proveniente de su noble y sencilla figura, al observar la polarización y radicalización entre el Gobierno y sus contradictores, entre dirigentes políticos, entre columnistas, entre los ciudadanos todos.

Pero se ha sabido que su memoria será preservada en forma muy apropiada, y para bien del país, con la decisión de la Universidad Nacional de Colombia de crear el Centro Nicanor Restrepo Santamaría para la Reconstrucción Civil, establecido como institución de pensamiento para enfrentar fenómenos como la polarización, la radicalización y la legitimación de la violencia.

Así se expresa el artífice de ese proyecto, el profesor Carlo Tognato, en un artículo publicado en la revista digital *La Silla Vacía* el pasado 21 de marzo: “Ahora bien, vale la pena preguntar si Colombia está alistando unas capacidades institucionales adecuadas para lidiar con la explosión de la conflictividad social y de un populismo rampante en un contexto que seguirá estando plagado por la polarización, los radicalismos, y por ideologías que legitiman el uso de la violencia para lograr fines políticos. Para solucionar estos problemas, hay quienes insisten en la necesidad de atacar sus causas estructurales, como la pobreza, la desigualdad y la exclusión social. Así es, pero no es suficiente. Se necesita también intervenir sobre la cultura para atacar los elementos que desde ahí sostienen la polarización y los radicalismos armados. También se necesita desarrollar capacidades institucionales adecuadas para tal fin. Lograrlo, sin embargo, no es trivial.” (Ver <http://tinyurl.com/CarloTognato>).

Entre los objetivos del Centro podrían mencionarse los siguientes: propiciar y consolidar un horizonte de civilidad que impida la repetición de terribles hechos del pasado; deslegitimar el uso de la violencia como medio para lograr fines políticos; enfrentar la radicalización, el sectarismo y los dogmatismos que impiden los acuerdos para la solución de acuciantes problemas; facilitar revisiones y aprendizajes colectivos; y desarrollar capacidades institucionales para construir sobre lo construido.

Se trata de un emprendimiento tripartito entre la Universidad Nacional de Colombia, la Universidad EAFIT de Medellín y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)-México. FLACSO fue creada en 1957 por iniciativa de la UNESCO y está constituida por 18 Estados Miembros que actualmente desarrollan actividades académicas en 13 países de América Latina y el Caribe.

El presidente del consejo directivo del nuevo centro es el prestigioso profesor Jeffrey Alexander, codirector del Centro para la Sociología Cultural de la Universidad de Yale. Y los otros miembros del Consejo son Ignacio Mantilla, rector de la Universidad Nacional de Colombia; Juan Luis Mejía, rector de la Universidad EAFIT; y Francisco Valdés-Ugalde, director general de FLACSO-México.

También existirá un comité ejecutivo integrado por Carlo Tognato, de la Universidad Nacional de Colombia; Jorge Giraldo, de la Universidad EAFIT; y Nelson Arteaga, de FLACSO-México.

Una de las primeras tareas del Centro será promover la estrecha vinculación al Centro de las sedes de la Universidad Nacional de Colombia, en especial la de Medellín, dados los estrechos vínculos que siempre tuvo Nicanor Restrepo con Antioquia.

Con respecto a las áreas temáticas que se abordarán, se ha previsto dos ejes fundamentales. Uno primero establecerá interlocución con partidos políticos, medios de comunicación, organizaciones civiles, empresas, gremios, sindicatos... pero con la aspiración de ofrecer un espacio no partidista, comprometido con los ideales de una sociedad abierta e inclusiva.

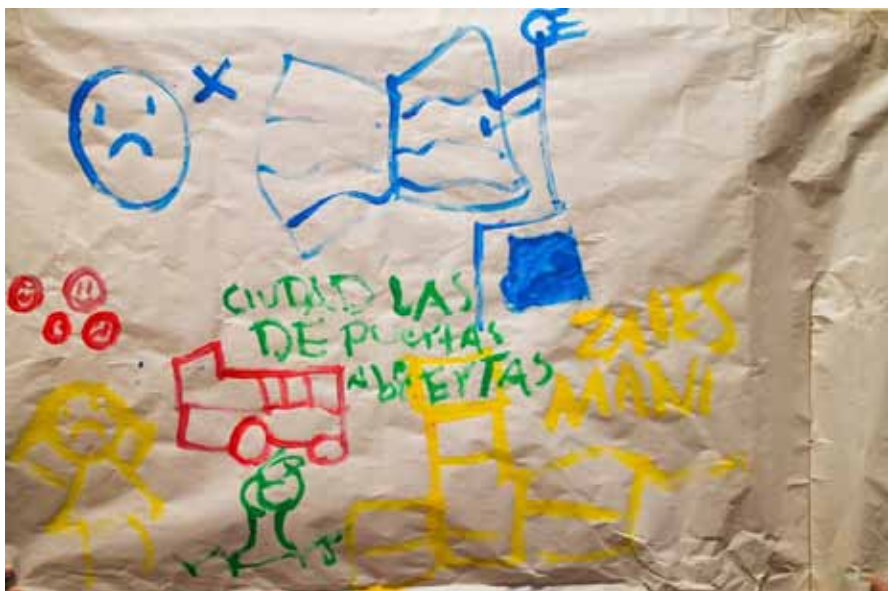
Y el segundo eje incluirá en su fase inicial las siguientes áreas: universidades, territorios de paz; cumplimiento de las normas y culturas de excepción; tránsitos hacia unas izquierdas autorreflexivas: democracia y tecnocracia de la izquierda; desde apologías de la violencia a ideologías de la civilidad; pluralización de las ciencias sociales latinoamericanas; y seguridad en tiempos de paz: tránsitos culturales para las fuerzas armadas.

Una tarea importante del Centro en los nuevos tiempos que se avizoran se relaciona con la universidad colombiana. Bien se sabe que en los claustros, sobre todo en aquellos de instituciones de origen estatal, el conflicto armado ha dado origen a escenarios de violencia e intimidación. Su tradición intelectual y su constante búsqueda del conocimiento exigen que la Universidad sea la primera en convertir su campus en territorio de paz. Solo así tendrá la autoridad para hacer la crítica social y propiciar la discusión e intento de solución de los grandes problemas nacionales. Solo con su ejemplo tendrá la posibilidad de hacer una contribución sustancial a la construcción de la paz y la reconciliación de los colombianos, sobre todo si se piensa en el conocimiento acumulado de la institución, proveniente de múltiples estudios e investigaciones al respecto.

La Universidad Nacional de Colombia, por medio de su Centro de Pensamiento y Seguimiento al Diálogo de Paz, se propuso desde 2012 crear un espacio de convergencia de docentes y estudiantes interesados en reflexionar acerca del conflicto interno, sus causas, actores y consecuencias, y los procesos de búsqueda de su terminación. Con estos fines, se han elaborado artículos y efectuado foros de participación ciudadana y conversatorios.

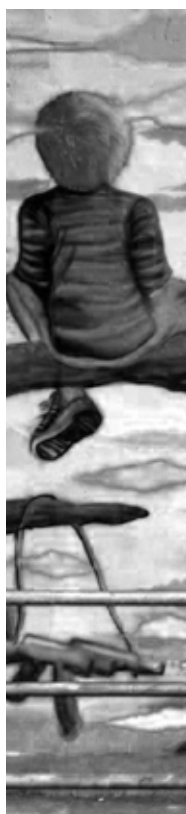
Con el liderazgo de la universidad mencionada, se creó recientemente una Alianza Universitaria por la Paz que permitirá contar además con las Universidades de los Andes, Javeriana y Externado de Colombia. Un artículo del académico Jorge Hernán Cárdenas, publicado en el periódico El Espectador, señala lo que pueden hacer en el posconflicto las instituciones de educación superior de origen privado, con particular referencia a la dramática situación del campo colombiano, epicentro del conflicto. (Ver <http://tinyurl.com/jhCardenas>).

Es una fortuna que en este momento histórico se constituya en el país el descrito Centro Nicanor Restrepo Santamaría para la Reconstrucción Civil. Está llamado a contribuir a la aparición de una masa crítica de ciudadanos que con su ejemplo haga posible un diálogo civilizado entre sectores de la vida nacional, por más extremas que sean las posiciones enfrentadas.



Diez mensajes para una bitácora

Mario Hernán López-Becerra



A sí como en tiempos pasados los ingenieros utilizaron la regla de cálculo para hacer operaciones matemáticas, los escritores apelaron (y aun apelan) al Moleskine para consignar reflexiones e impresiones de todo tipo, y los antropólogos y trabajadores sociales acudieron al lápiz Mongol acompañado de un cuaderno rayado corriente para escribir sus notas de campo, ahora se utilizan herramientas como el Whatsapp para escribir impresiones y ponerlas en circulación inmediata. Son épocas de escrituras ligeras para ser leídas en tiempo real.

Hay quienes escriben novelas utilizando las redes sociales o, como en el caso de las fuentes de este artículo, se consignan notas rápidas para luego incorporarlas total o parcialmente en trabajos académicos, en boletines o en artículos de revistas como estrategia de dudosa eficacia para resistir a los textos efímeros.

Las diez notas que se presentan enseguida son, al mismo tiempo, un recorrido a saltos más o menos ordenados por teorías, conceptos, autores y narrativas en las cuales se aborda la paz, los conflictos y las violencias. Estos textos también pueden ser leídos como mensajes extensos a una comunidad de amigos virtuales, o como la expresión de un punto de vista acerca de la transición política derivada de los diálogos de paz que se realizan por estos tiempos entre el gobierno y un sector de la guerrilla colombiana.

¡Lluvia!

El historiador, lingüista y filósofo Tzvetan Todorov en el ensayo *La literatura en peligro*, hace una consideración incómoda para las narrativas y por extensión para las ciencias sociales; el planteamiento puede sintetizarse así: los escritores se han centrado en las violencias dejando a un lado la capacidad humana creadora. La paz, esa otra parte de la verdad humana, es una página en blanco en la literatura y en la historia. Pensada de otra manera, la paz es una realidad humana y social sin pretensiones de perfección, capaz de revelarse de innumerables formas aun en medio de la adversidad.

En un monólogo escrito por el mexicano Juan Villoro, un bibliotecario invitado como conferencista ha perdido sus apuntes y se ve obligado a improvisar sobre la lluvia; en medio de la tensión del momento inicia una digresión sobre el infierno de Dante con la siguiente frase: “Incluso en los peores momentos y en las más duras mazmorras, un impulso nos permite escapar mentalmente, ascender, subir más allá de las rocas y los muros que nos encierran y llegar al cielo para extraerle algo. ¿Qué obtenemos gracias a la alta fantasía? ¡Lluvia! El ser libre modifica el cielo”.

Paz

En Colombia son pocas las investigaciones de paz. La agenda de trabajo de las ciencias humanas y sociales ha estado copada por los estudios acerca de las causas, dinámicas e impactos de las violencias. Desde la publicación en el año 1962 del ensayo clásico elaborado por Fals Borda, Eduardo Umaña y el obispo Germán Guzmán –*La Violencia en Colombia*–, el horror ha sido tema central de las investigaciones sociales dejando a un lado el examen de innumerables experiencias pacifistas de personas y comunidades en medio de conflictos y violencias.

Hasta ahora, las discusiones sobre los escenarios del pos-acuerdo y la transición mantienen el enfoque violentológico que pone el acento en las disputas políticas de la sociedad. En los tiempos que corren, el mayor reto para Colombia está en generar culturas de convivencia que inicien con el desarme y transiten por la justicia social y el bien-estar colectivo.

Pax romana

Desde el inicio de los diálogos de paz entre delegados del gobierno y representantes de la guerrilla de las FARC, algunos opositores al proceso han ventilado sus desacuerdos sin moverse un ápice en sus posturas. A pesar de los avances conocidos hasta ahora, los detractores de los diálogos continúan opo-

niéndose con la misma intensidad a los términos acordados en justicia transicional y dejación de armas para superar el conflicto armado. Una revisión rápida de los contenidos de las manifestaciones públicas invita a pensar que para una parte de la sociedad política el malestar no es con los diálogos, es con la eventual desaparición del discurso instalado de las violencias. Hay quienes sólo pueden hacer política administrando el miedo.

En declaraciones y debates de los políticos profesionales puede haber más cálculo político electoral de mediano plazo, más juego de poder que vocación por el bien común. Hay quienes para sobrevivir en la política y alimentar la vanidad histórica prefieren la arrogante Pax Romana a la discreta Paz Imperfecta.

Quizá lo más interesante que puede ocurrir con la firma de los acuerdos radica en que la superación del conflicto armado deje de ser una finalidad útil para las promesas y justificaciones de los autoritarismos, las ideologías políticas y los militarismos de todo tipo, para convertirse en un repertorio de medios al servicio de la justicia y el bien-estar.

Emociones

En tiempos recientes, buena parte de la investigación social se ha dirigido hacia el estudio de las emociones humanas, su papel en la política (M. Nussbaum) y en la construcción de paz (S. Paris), entre otros campos. Sin desarrollo emocional, una parte de nuestra capacidad de razonar como criaturas políticas desaparecerá, advierte Martha Nussbaum en el libro *Paisajes del Pensamiento*.

De los trabajos se concluye que las emociones son un motor poderoso de las racionalidades y, por tanto, no pueden ser consideradas un asunto menor en la cognición. La paz es también un estado emocional para ser cultivado con tareas básicas como estas:

- No sembrar el odio, ni convertirlo en una herencia cultural.
- Reconocer que en todo ser humano hay un potencial de paz.
- Cuidar lo que decimos y cómo lo decimos.
- Crear capacidad para escuchar e incluir otros puntos de vista.

Agresividad

¿Somos los seres humanos violentos por naturaleza? Buena parte de la organización social tiene como fundamento ese presupuesto: el Estado se arma para disuadir o enfrentar a los violentos. Siguiendo ese razonamiento,

las apologías marxistas pregonaron por todas partes que la violencia es parte de la historia y detonadora legítima de la transformación social.

El mundo síquico encuentra en la agresividad una fuente de seducción. Desde hace un par de décadas, la neurociencia invita a pensar que tenemos dotaciones tanto para la agresividad como para la solidaridad, la cooperación y la empatía. En el prólogo al trabajo de David Adamas *Cultura de paz: Una utopía posible*, el profesor de neurociencia social Roberto Mercadillo advierte. “si la guerra y la violencia son una creación, una construcción cerebral y cultural, el hombre puede inventar y construir la paz de manera racional e intencional”.

En situaciones límite como las que vive el país, cada uno pone en evidencia lo que ha cultivado.

Galtung

El Instituto para la paz de Oslo (Noruega) se creó a finales de la década de los años cincuenta. El fundador y director fue Johan Galtung, sus libros son fuente de consulta obligada para estudiantes, investigadores y trabajadores de la construcción de paz, la transformación pacífica de conflictos y la comprensión de las violencias.

El Instituto nació en el ambiente político e institucional de la posguerra caracterizado por debates internacionales relacionados con las políticas para el desarrollo, centradas en el progreso y la modernización. Los trabajos del Instituto ligán la construcción y el cultivo de paz a la justicia y el bienestar, a la superación de las violencias estructurales mediante la reducción de las diferencias entre las capas sociales. Los trabajos de J. Galtung hacen parte de una ruta de estudio y acción conocida como *paz positiva*, a partir de la cual la paz se encuentra en las políticas y acciones que permitan el despliegue pleno de la vida.

Hace unos meses Galtung visitó el país. En una entrevista de prensa dejó consignada una advertencia que debe ser tenida en cuenta para el proceso de pos-acuerdo y transición: “Primero hay que resolver el conflicto, luego viene el acuerdo”.

Colombia tiene una de las estructuras agrarias más excluyentes del mundo. En materia de participación política, el país requiere personas y comunidades activas e incidentes en el territorio con mecanismos y espacios de participación que amplíen la democracia.

Lederach

La guerra llegó al departamento de Caldas con todos los fierros a mediados de la década de los años noventa. El empobrecimiento de los pequeños productores campesinos debido a la caída del pacto mundial del café, al cambio en las reglas del mercado internacional y a la transformación del papel del Estado (todo ello como parte del paquete de políticas neoliberales puestas en marcha desde 1989), motivó o exacerbó la presencia de guerrillas y paramilitares cuya confrontación, con la acción activa del ejército, provocaría alrededor de cien mil víctimas.

Los relatos de los sobrevivientes, recogidos por investigadores locales, dan cuenta de modalidades inenarrables de las violencias. La disputa a sangre y fuego por el control territorial de las zonas cafeteras empobrecidas provocó, por ejemplo, que el municipio de Samaná tuviera el mayor número de víctimas en Colombia en función del tamaño de la población.

Una década después de la derrota de las FARC, de la desmovilización paramilitar y de las mutaciones de las organizaciones armadas ahora dedicadas al micro-tráfico y al control territorial local, en el departamento de Caldas se hacen visibles los trabajos de personas y organizaciones sociales que construyeron alternativas pacíficas, silenciosas y discretas en medio de conflictos y violencias: Campesinos e indígenas de Riosucio; sacerdotes, mujeres y jóvenes de La Dorada y Samaná; artistas y gestores culturales de Manzanares y Marulanda han trabajado como mediadores en conflictos y han sido constructores de alternativas para la convivencia en paz.

En *La Imaginación Moral*, John Paul Lederach –quizá el más importante experto mundial en resolución de conflictos– narra experiencias de guerras y paces en tres continentes. En cada uno de los casos analizados en el libro aparecen gestos, símbolos, conversaciones, costumbres locales que lograron transformar realidades violentas. En el lugar que ocupan las técnicas para la resolución de los conflictos, Lederach descubre el valor de las serendipias y de los repertorios culturales para detener las guerras. Una cuestión central en el arte de construir paz, señala Lederach, es dejar de ver las situaciones sociales como polarizaciones duales; dicho de forma llana, la política debe superar la diada amigo enemigo para romper con los ciclos de violencia. Los relatos de Lederach están hechos con el mismo material que cargan en los bolsillos los sobrevivientes del conflicto armado en Caldas.

Muñoz

En los últimos años han surgido nuevas perspectivas de trabajo que buscan abordar *la paz desde la paz*. Se trata de una línea de estudio más reciente en la

cual la paz se asocia al reconocimiento y comprensión de los conflictos como una característica de los seres humanos que en buena medida se regulan de manera pacífica y pueden ser fuente de enseñanza y aprendizaje para múltiples formas de transformación positiva de las discrepancias. Estudiar la paz desde la paz, señala Francisco Muñoz de la Universidad de Granada, implica fijar la mirada sobre las construcciones humanas, posarla sobre las múltiples experiencias cotidianas basadas en la solidaridad, la cooperación y el afecto en las cuales los conflictos se regulan positivamente dando paso a otras formas de convivencia.

Boulding

En el intermedio de la guerra en Europa, los trabajos de Kenneth Boulding centraron la atención en el conocimiento de las variables generadoras de riesgos de confrontación armada entre países. El propósito central de la investigación para la paz en este período -fuertemente motivado por los llamados de no a la guerra-, fue el de evitar el conflicto armado entre naciones mediante la intervención sobre los factores *polemógenos* generadores de violencia directa (se trataba de identificar las correlaciones entre los hechos de violencia directa y los fenómenos económicos, culturales, psicológicos y demográficos). En esta línea de pensamiento, evitar la violencia directa significaba trabajar por la construcción de una paz centrada en la no agresión física y emocional. Este tipo de paz se define en la literatura especializada como paz negativa.

Creadores

Los seres humanos, afirma el filósofo Vicent Martínez, hemos olvidado que es el mismo sujeto quien ha creado las metáforas: el saber científico no es todo el saber. El pensamiento moderno, en tanto racionalidad instrumental, suele ser cuestionado por otros juegos del lenguaje que desnudan las deficiencias del mundo y anuncian la posibilidad de otras formas de ser y estar.

Escritores de diferentes latitudes como Amos Oz, J. M Coetzee y David Grossman, han indagado en sus realidades y producido obras literarias a partir del estudio de conflictos interpersonales y el análisis de situaciones de injusticia y exclusión en sus sociedades. Su propósito ha sido poner en alerta sobre lo que acontece y está mal, pero el sentido de sus obras no se agota en la descripción del daño o en la representación de las tragedias humanas. En ellos no solo se encuentran denuncias acerca del horror, también se hacen anuncios que vale la pena considerar:

Amos Oz, en el ensayo *Contra el Fanatismo*, invita a luchar por la vida y la libertad de palestinos e israelíes con las armas blandas de la música; John

M. Coetzee encuentra en la literatura una herramienta para trabajar el perdón y la reconciliación en Sudáfrica. Por su parte, David Grossman en el ensayo *Escribir en la oscuridad* reflexiona sobre lo que ha significado para su vida y obra el vivir en las entrañas del conflicto árabe-israelí y propone una línea temática de trabajo: “El artista o creador –tanto si es ensayista, panfletista, artista o novelista, como si habla exclusivamente de los sentimientos del hombre como individuo o se opone al régimen social– es un ser libre que se dirige a otros seres y tiene un único tema: la libertad”.



Del poderío de la fuerza al reconocimiento recíproco

Marta Cecilia Betancur-García



***E**n principio, los conflictos de intereses entre los hombres son solucionados mediante el recurso de la fuerza. Así sucede en todo el reino animal, del cual el hombre no habría de excluirse, pero en el caso de éste se agregan también conflictos de opiniones que alcanzan hasta las mayores alturas de la abstracción y que parecerían requerir otros recursos para su solución. En todo caso, esto sólo es una complicación relativamente reciente. Al principio, en la pequeña horda humana, la mayor fuerza muscular era la que decidía a quién debía pertenecer alguna cosa o la voluntad de quien debía llevarse a cabo. Al poco tiempo la fuerza muscular fue reforzada y sustituida por el empleo de herramientas: triunfó aquel que poseía las mejores armas o que sabía emplearlas con mayor habilidad. Con la adopción de las armas, la superioridad intelectual ya comienza a ocupar la plaza de la fuerza muscular bruta, pero el objetivo final de la lucha sigue siendo el mismo: por el daño que se le inflige o por la aniquilación de sus fuerzas, una de las partes contendientes ha de ser obligada a abandonar sus pretensiones o su oposición. Este objetivo se alcanza en forma más completa cuando la fuerza del enemigo queda definitivamente eliminada, es decir, cuando se lo mata. Tal resultado ofrece la doble ventaja de que el enemigo no puede iniciar de nuevo su oposición y de que el destino sufrido sirve como escarmiento, desanimando a otros que pretendan seguir su ejemplo. Finalmente, la muerte del enemigo satisface una tendencia instintiva que habré de mencionar más adelante. Sigmud Freud: “El por qué de la guerra”*

... Así se muestra la dinámica que puedo comenzar a llamar un camino, un recorrido, a saber, el paso del reconocimiento identificación, en la que el sujeto de pensa-

miento aspira al dominio de sentido, al reconocimiento mutuo, en la que el sujeto se coloca bajo la tutela de una relación de reciprocidad, pasando por el reconocimiento de sí en la variedad de las capacidades que modulan su poder de obrar, su agency... Paul Ricoeur: "Caminos del Reconocimiento"

"Es el momento de recordar que los sentimientos negativos son resortes significativos de la lucha por el reconocimiento; la indignación constituye, en este aspecto, la estructura de transición entre el desprecio sentido en la emoción de la cólera y la voluntad de devenir un miembro del grupo en la lucha por el reconocimiento" Paul Ricoeur: "Caminos del Reconocimiento"

En el ya conocido ensayo de Freud en que da respuesta a la inquietante pregunta de Einstein, donde le solicita indagar sobre "lo que podría hacerse para evitar a los hombres el destino de la guerra", el pensador, que se declara a sí mismo "amigo de la humanidad", aunque con cierto grado de pesimismo, deja abiertas algunas estelas de esperanza. Tanto el pesimismo como la esperanza nacen de la condición psíquica del ser humano; de la aceptación y la comprensión del doble carácter de la constitución del hombre, de la asunción de que somos ángeles y demonios, Eros y Thanatos. Estas dos grandes fuerzas que nos constituyen son los móviles, tanto de las grandes construcciones: la ciencia, el arte la filosofía y el derecho, como de los más profundas males: la guerra, las armas atómicas, la esclavitud y la colonización. Así mismo, el legado que deja Freud con sus estudios sobre la condición psíquica del hombre nos da argumentos, tanto para los temores de la incertidumbre, como para el abrigo de la esperanza al poner en evidencia la capacidad que tenemos de orientar la vida de la cultura, bien hacia la potencialización del Eros y la capacidad de solidaridad con los otros, o bien hacia la capacidad de dominación, de destrucción y de muerte.

Continuando con el desarrollo de ideas, cuyo tratamiento había realizado en el *Malestar en la cultura* (1930), en la respuesta a Einstein, Freud resalta el derecho con sus instituciones como una de las grandes producciones creadas por la cultura para dar salida a los impulsos, los cuales han salido triunfantes en muchas ocasiones de la lucha contra la fuerza, sin que ésta desaparezca nunca completamente. El derecho es una consecuencia de la fuerza; una forma superior, nueva, emergente de dar salida a los conflictos de intereses entre los hombres, tan presentes siempre; una manera distinta a la forma bélica de la fuerza y las armas. La solución a los conflictos a través de la fuerza hace posible que un solo individuo o unos pocos asuman el dominio y se hagan al poder mediante la supresión o la subyugación de los otros. En este caso, el individuo o el grupo que domina por la fuerza o mediante el poder de las armas puede suprimir al otro, evitar escucharlo y negarse a su reconocimiento. El manejo y el control de la sociedad a través de la fuerza es altamente beneficioso para quien posee el poder de las armas, pues al eliminar al disidente produce un escarmiento para los posibles contradictores. Sin embargo,

frente a esta forma de resolver los conflictos de intereses y lograr un manejo más estable, menos fracturado de la sociedad y que beneficie a las colectividades, la cultura ha creado el Derecho y las instituciones, como un tejido de fórmulas de mediación que permitan la constitución de leyes y de normas que sean aplicadas a la mayor parte o todos los miembros de las comunidades. Pero la articulación mediante el derecho y las leyes no puede ser motivada sólo por la necesidad de supervivencia o de propiedad y poder. Ella debe ser movida por una necesidad moral que alimente la integración entre los individuos. Esa necesidad es el reconocimiento recíproco entre los humanos. Ya Freud había planteado la necesidad de un móvil basado en el Eros que los unificara en la tensión.

No me detendría un momento en estos estudios si no estuviera convencida de la importancia de los conceptos que han propuesto importantes pensadores como Freud y Ricoeur para dar cuenta de la interesante situación de tensión actual de la sociedad colombiana. La lectura cuidadosa del epígrafe nos pone en contexto. Asistimos hoy en Colombia a las dos formas de la lucha por la satisfacción de las necesidades básicas de distintos grupos sociales que componen el país, que podemos sintetizar en tres grandes grupos de necesidades: tener, poder y saber, es decir, la propiedad, el poder y el conocimiento. Las tres necesidades se tejen en la sociedad contemporánea de manera entrecruzada. El poder y el conocimiento dan acceso a la propiedad. Al tener y al poder se accede movidos por los dos impulsos básicos: el impulso agresivo encarnado en el daño a los otros, el egoísmo y la búsqueda de la utilidad personal, o bien, movidos por la búsqueda positiva del reconocimiento en el afecto, en el derecho y en las relaciones recíprocas. Ya Freud había señalado también la propiedad y la voluntad de dominio, como dos grandes necesidades del ser humano; Ricoeur las retoma y las reúne en las tres que hemos señalado.

La lucha por la fuerza para satisfacer esas necesidades se transforma en derecho cuando los más débiles se unen y forman comunidades para defenderse y reivindicar su satisfacción; la constante de la historia ha sido la existencia de conflictos de intereses entre individuos y grupos, así como entre diversos grupos de una comunidad, por la realización de las necesidades mediante el uso de la fuerza. La constante en nuestras sociedades es que pequeños grupos de individuos se apropien del uso de la fuerza para la conquista de sus intereses e ideales, ya sea mediante la manipulación de las instituciones, ya mediante el uso feroz de la fuerza y las armas. Sin embargo, aunque tener y poder constituyen la base de las necesidades no son las únicas fuentes que dan impulso al dinamismo social, el cual ha ido desarrollando otras formas de necesidades de tipo moral y cultural que van siendo sistematizadas y organizadas en la forma de valores, de derechos y de deberes.

Como hemos dicho, la historia del proceso de solución a los conflictos de intereses y la organización de la sociedad desde la figura de la fuerza hacia la

del derecho ha estado atravesada desde el comienzo por los tipos de impulsos subrayados de la mano de Freud; dos tipos de impulsos que movilizan la evolución de la cultura hacia su desarrollo, proceso en el cual la realización de las necesidades de tener y de poder conservan su potencia. Tales impulsos básicos que mueven la cultura son Eros y Thanatos: un impulso de unión y construcción, otro de destrucción y odio. Se constituyen éstos en las dos más grandes fuerzas que gobiernan la vida humana, el impulso de vida o erótico y el impulso de muerte o agresivo. Nosotros aceptamos- dice Freud- (*El porqué de la guerra*. p. 3211) que los instintos de los hombres no pertenecen más que a dos categorías: o bien son aquéllos que tienden a conservar y unir –los denominamos “eróticos”, completamente en el sentido del Eros del *symposion* platónico, o “sexuales” ampliando deliberadamente el concepto popular de la sexualidad-. O bien, son los instintos que tienden a destruir y matar. Como usted advierte, no se trata más que de una transfiguración teórica entre el amor y el odio, universalmente conocida...” (p. 3211). En las luchas de intereses en la cultura ninguno de los dos desaparece sino que se complementan, con base en esas características propias de los impulsos humanos que durante siglos han ido superando la dimensión puramente natural de los instintos y aparecen ya modificados por los fines, los objetos del deseo, los sentimientos, las necesidades espirituales y, en general, por la cultura.

Las salidas que ofrece la cultura al impulso tanático, para preservarse y evitar su destrucción, una vez entendemos que su eliminación es imposible, son la desviación de sus fines mediante la literatura, el arte, el deporte y demás actividades de catarsis, así como la búsqueda de su equilibrio mediante la potencialización de la fuerza del Eros. Cuánta vigencia les queda a las palabras de Freud: “A mi juicio el destino de la especie humana será decidido por la circunstancia de si –y hasta qué punto- el desarrollo cultural lograra hacer frente a las perturbaciones de la vida colectiva emanadas del instinto de agresión y de autodestrucción. En este sentido, la época actual quizá merezca nuestro particular interés. Nuestros contemporáneos han llegado a tal extremo en el dominio de las fuerzas elementales que con su ayuda les sería fácil exterminarse mutuamente hasta el último hombre. Bien lo saben y de ahí buena parte de su agitación de su infelicidad y su angustia. Sólo nos queda esperar que la otra de ambas “potencias celestes”, el eterno Eros, despliegue sus fuerzas para vencer en su lucha con su no menos inmortal adversario. Mas, ¿quién podría augurar el desenlace final?” (3067).

Dejemos que la fuerza del Eros o de nuestra potencia unificadora, amorosa y constructiva nos dé el aliento para encontrar salidas. Las producciones de la cultura nos ofrecen las señales. Una noción de la filosofía contemporánea da luces para abordar el problema. Se trata de la idea de reconocimiento. Aprovechando esta idea procedente del lenguaje común y que ha sido reconstruida y sistematizada por la filosofía es posible mostrar la capacidad de Eros para

hacer avanzar a la sociedad en el Derecho y la solidaridad, en lugar de insistir en la fuerza de la violencia y la guerra. Esta idea nos da razones para insistir en Colombia en el tránsito desde la resolución de los conflictos -que nos atrapan por más de 200 años- mediante la figura de la fuerza de las armas, hacia la figura del derecho y del reconocimiento recíproco. Ese tránsito se apoya en la posibilidad de exaltar y engrandecer el Eros de modo que logre formas adecuadas de equilibrio y ponga límites a las fuerzas del impulso agresivo. El concepto de reconocimiento, como móvil moral que nace en el seno del Eros, del amor o del afecto, es una figura adecuada que en la historia de la cultura ha permitido esa tensión y esa confrontación con el impulso agresivo y que ha seguido el camino opuesto pero complementario de demandar el amor y el reconocimiento de los otros como fuente de la lucha por la constitución de una sociedad humana fundada en el derecho antes que en la fuerza.

Paul Ricoeur y Axel Honneth han hallado una idea que representa ese móvil en los estudios de Hegel en Jena: la noción de reconocimiento, que hace referencia a un proceso dinámico de la realidad, el cual ha tenido lugar en el movimiento de la historia real de los hombres y ha conducido a un desarrollo fundamental en la constitución de las sociedades. Según estos pensadores, el reconocimiento consiste en un proceso dinámico y de tensiones en el que las personas asumen y ejercen la tarea de “reconocer al otro”, “asumen la actitud de” o “toman la posición” de reconocer a los otros y reconocerse a sí mismos, en su dignidad y humanidad. Este proceso avanza en un movimiento dinámico desde el reconocimiento de los otros en relaciones cercanas de afecto, transita hacia el reconocimiento de sí, pasa por el reconocimiento de muchos otros y de nosotros a través de las instituciones y el derecho, y llega hasta el reconocimiento recíproco. En la historia, el proceso ha tenido tres momentos que se realizan de distinta manera en las diversas etapas de las múltiples comunidades y naciones. Ellos son el reconocimiento en el afecto, en el derecho y en la estima. El desenvolvimiento de los tres momentos ha estado atravesado por una figura fundamental que fue descubierta por Hegel: las exigencias y demandas de reconocimiento. En la ampliación de la figura del reconocimiento, el momento negativo en el que unos hombres demandan de otros la necesidad y la capacidad de ser reconocidos ha resultado ser necesario, pues solo la exigencia procedente de los no reconocidos, de aquéllos a quienes la satisfacción de las necesidades y los derechos les es negada, conduce a la sociedad a entrar en el proceso de ampliar y extender los derechos. Pues... “El reconocimiento iguala lo que la ofensa hizo desigual. Procede de la superación de la exclusión” (P. Ricoeur)

El reconocimiento en cada uno de los momentos se presenta como una tensión entre la realización y la negación. Se presenta en la forma de afirmación del reconocimiento o de violación. La afirmación del reconocimiento afectivo conduce a la confianza de sí y la seguridad de sí y del otro; la nega-

ción aparece como desconfianza de sí y del otro. La afirmación del reconocimiento, en el segundo momento, aparece en la forma de incorporación de los miembros de la sociedad en el sistema de leyes y en las instituciones que los rigen. En su realización positiva conduce al respeto de la dignidad de los otros y la dignidad de sí. Así mismo, la negación del reconocimiento conduce a la pérdida del respeto y la dignidad. El tercer momento es el del reconocimiento recíproco que consiste en la aceptación y asunción del otro en cuanto ser moral, donde se acepta y reconoce al otro en el marco de un sistema de valores trazado por la sociedad. En este caso, se trata de un reconocimiento en el valor, es decir, por el rol y el valor que, como persona, el sujeto encarna en la sociedad. Esta forma del reconocimiento conduce a la estima de sí y del otro. Ricoeur insiste en que un reconocimiento que avance verdaderamente en la asunción del otro en su humanidad y su ser persona, debe asumir y tener presente siempre el reconocimiento en el afecto para progresar hacia el reconocimiento mutuo.

Porque el reconocimiento es una necesidad no tanto del ámbito de la pasión sino del entrecruzamiento entre sentimiento, voluntad y entendimiento. El movimiento se da en varios niveles en cuanto expresa la realización de capacidades de los seres humanos: la capacidad de “reconocer” a los otros; de dignificarse y crecer en el reconocimiento; de necesitar y demandar ser reconocido; y de participar en el avance del reconocimiento recíproco si acepta la demanda del reconocimiento del otro y “se dispone a” reconocer. Estos niveles producen un dinamismo social muy productivo en cuanto el reconocimiento del otro conduce al reconocimiento recíproco y hacia la afirmación de sí mismo.

Pues bien, quisiera afirmar que de eso se trata, en gran medida, el proceso de paz en Colombia. De propiciar un avance en el camino de la lucha por el reconocimiento que tantos aportes ha hecho al desarrollo de la sociedad humana. En eso consiste el reto, en el avance hacia la resolución de los conflictos a través de la mediación del reconocimiento; pues la superación de la vía de la solución de los conflictos a través de la fuerza y las armas significa un avance en el camino hacia el reconocimiento de los otros y el reconocimiento recíproco, no solo de quienes han entablado esa lucha por sus intereses, sino de la sociedad civil, en general. La solución violenta, como lo hemos afirmado, se basa en la supresión del otro para evitar el reconocimiento de su dignidad o de su ser persona. Un repaso a los significados del término “reconocer”, según como lo interpreta Ricoeur a partir de las entradas del diccionario, permite esclarecer el asunto:

-I. “Aprehender un objeto por la mente, por el pensamiento, relacionando entre sí imágenes, percepciones que le conciernen; distinguir, identificar, co-

nocer mediante la memoria, el juicio o la acción”. Reconocer a otro como un ser humano.

-II. Aceptar, tener por verdadero, (por tal); reconocer del otro un rol, un papel.

-III. Confesar, mediante la gratitud, que uno debe a alguien (algo, una acción)” Reconocer una falta y una deuda.

En la experiencia histórica de Colombia, tan marcada por la persistencia de distintos tipos de conflicto, cabe aceptar que éstos han sido afrontados a través de distintas formas de fuerza o violencia. Ya nos decía Freud que los distintos individuos y grupos sociales participantes en una comunidad como la nación, entran en conflictos de intereses, los cuales están movidos por las necesidades de tener y de poder. Siguiendo a Ricoeur hemos sugerido que a éstas se unen las necesidades de reconocimiento de la persona en los derechos y deberes que la sociedad ha ido sistematizando como propias de un sistema social de derecho. Este es el caso de la sociedad colombiana. Asistimos hoy y venimos asistiendo desde el siglo XIX a una fuerte tensión de conflictos de intereses: al intento de construir una sociedad de derecho, en la que se vayan ampliando los derechos y deberes, así como sus posibilidades de realización, pero en la que su legalización se torna casi imposible o de difícil cumplimiento, así como su realización en la vida práctica, por la misma lucha de intereses. Esa es la razón de la fragilidad de las instituciones en Colombia, las cuales son manoseadas y manipuladas por grupos sociales que pretenden conservarlas a su servicio, bajo la égida de sus intereses. Son los mismos grupos que asumen como su tarea principal obstaculizar la posibilidad de que esas instituciones se construyan y se pongan al servicio de las mayorías. Mediante la corrupción, la fuerza y la ideologización manipulan al país hacia la deslegitimación del derecho y las instituciones.

Dichos conflictos entre distintos grupos en Colombia son de tres tipos: económicos -lucha por la propiedad de la tierra, del capital, de la industria; sociales -por la realización de derechos y oportunidades de llevar una vida social digna- ; y políticos -los conflictos por la autoridad, el poder y la participación política en sociedad. Los grupos que intervienen en estos conflictos son de muy diversa índole de acuerdo con los intereses a los cuales se inclinan, que generalmente son gobernados por la propiedad en forma de riqueza material a la cual someten los demás intereses.

La experiencia del proceso de paz en Colombia le apunta al paso de la resolución de un conflicto histórico desde la figura de la fuerza hacia la figura de la institucionalidad o el derecho. Implica una lucha histórica por el reconocimiento, razón por la cual el proceso requiere el paso hacia el reconociemien-

to recíproco de los actores en escena. Implica que cada uno de los contendores asuma, acepte y reconozca su lugar y su papel en las dinámicas del movimiento. En este momento el proceso se realiza entre dos contendores en conflicto a los que conviene darles un nombre propio, pero figurativo, porque representa a un sector social de intereses, por lo que deben entenderse en sentido amplio: Santos y Timochenko.

Para que la relación de Santos con Timochenko se dé en el reconocimiento, el primero debe reconocer al segundo en su singularidad y en su humanidad, así como en el rol desempeñado en la sociedad, en el papel de dirigente guerrillero, como también en el del ser humano que ha luchado por ideales, así estén desvirtuados por la crudeza y el deterioro de la guerra; debe entenderlo en la fragilidad del ser humano que se equivoca y comete errores, pues es tanto demonio como ángel. La interpretación de los significados de “reconocer” y de “reconocimiento” nos orienta en la comprensión de esa experiencia. Santos debe reconocer al otro, a Timochenko, en la memoria. Debe entender que es fruto de una lucha trágica e histórica de comunidades vulnerables por el reconocimiento de sus necesidades y derechos. El impulso recibido por el conflicto armado en la década de los 50 en adelante da cuenta de ello, pues sabemos que la guerrilla nace de la impotencia y el esfuerzo de algunas comunidades por lograr el reconocimiento de sus derechos a tener acceso a la propiedad de la tierra, a mejores condiciones de vida, a resolver las necesidades básicas como alimentación, salud, educación, y a la participación en política.

Cuando los canales de comunicación para resolver las demandas de reconocimiento fueron rotos mediante el incumplimiento de los pactos y las promesas, se impulsó la fuerza como mecanismo para buscar las salidas. Por tanto, hay un tercer sentido de “reconocer” en el que se debe comprometer Santos: en el reconocimiento de la deuda. Debe aceptar la deuda de reconocimiento de los otros —de las comunidades campesinas y las clases populares— que la clase política colombiana tiene pendiente. El problema de fondo es la necesidad de reconocimiento que demandan amplios sectores de la sociedad, a raíz de la cual exigen que les sean realizados los derechos más básicos, los mismos que llevan 200 años de historia prometida y frustrada. Doscientos años de promesas respecto a la legalización institucional y la realización de la libertad, la justicia, la equidad y la democracia, pero que se presentan en la vida práctica en la forma de fracaso, frustración e impotencia por la negación del reconocimiento. Pero “reconocer” la deuda conduce a la necesidad de pedir perdón y de reparar el daño para caminar en la reconciliación. Porque la experiencia de “pedir perdón” requiere una intención sincera que se oriente hacia la reparación. Mientras tanto la reconciliación no es posible.

Pero si el reconocimiento es recíproco, también Timochenko debe realizar el ejercicio de reconocer al otro, a aquél que representa al Estado y a la clase política. Debe reconocerlo en tanto figura política que encarna y representa

una memoria social y política; en tanto figura institucional, lo que simboliza el reconocimiento de las instituciones que representa. Debe reconocerlo como figura que, aunque encarna la memoria de una clase social altamente responsable del daño ocasionado, tampoco lo es directamente de todos los fracasos y las frustraciones producidas por las heridas al reconocimiento en los siglos de historia. Su representación es simbólica como también lo es su papel en el poder y la práctica del perdón. Igualmente, Timochenko tiene la obligación de reconocer la falta, la falla y el daño practicados en el ejercicio de la guerra. También él debe pedir perdón por las heridas producidas por el deterioro de la guerra, buscar la forma de enmendar el daño y contribuir en la reconciliación.

Una falta básica debe ser reconocida por el representante de la lucha armada: el error del dogmatismo, el cual se representa en dos ideas centrales: en la seguridad de que los fines están claros, bien definidos y son aquéllos que el grupo que representa ha formulado; y en la idea de que los medios están justificados por ese fin. La segunda falta ya ha sido reconocida, razón por la cual, han decidido dejar las armas y buscar la resolución de los conflictos a través del debate político, la persuasión argumentada, la vía del derecho y las instituciones. Posiblemente hayan entendido que la vía de la violencia se desenvuelve en medio de la negación del reconocimiento, incluso de las comunidades más desprotegidas, como los campesinos. Pero respecto al asunto de los fines, el reconocimiento de la falta todavía no es claro. Aún es preciso reconocer los dogmatismos y someterlos a la crítica; se requiere llegar a acuerdos con los distintos grupos sociales de intereses acerca de los fines hacia los cuales orientar el desarrollo de la sociedad. Una idea orientadora integra a amplios sectores del país: la necesidad de propender por una sociedad articulada por la equidad, la justicia social, la libertad y la democracia política. Respecto al contenido que podría darse a esos ideales todavía confluyen opiniones distintas, razón por la cual el horizonte del proyecto de la nación que nos sirve de Telos debe ser construido colectivamente mediante acuerdos y con la participación de amplios sectores.

Otra figura social y política conviene subrayar por el perjuicio que ocasiona en la generación del reconocimiento que se expresa en el trayecto y en los resultados del proceso de paz, ante todo, por la confusión que produce en la sociedad civil. Se trata de la figura de la posición más extrema, denominada de “extrema derecha”, que niega la posibilidad de resolver los conflictos mediante los mecanismos de las instituciones, los argumentos y el derecho. A través del argumento y el sofisma del ejercicio absoluto de una justicia rígida, meramente formal y por fuera de contexto, se niegan a aceptar y a reconocer el origen de los conflictos, las demandas de reconocimiento que deben satisfacer y la deuda que tienen pendiente con la nación. En nombre de “una justicia” completamente “injusta” esconden las verdaderas características e intereses de sus prácticas: se mantienen en la defensa de sus intereses que son aún

los de la propiedad y el poder, mediante el ejercicio de la fuerza y de las armas; niegan la posibilidad del reconocimiento de los derechos básicos a las comunidades más humildes; niegan la posibilidad de la participación en política y, por tanto, del ejercicio de la democracia; buscan, como las hordas primitivas, negar el reconocimiento del adversario, suprimiéndolo o matándolo, con el fin de negar la aceptación de sus demandas de ser reconocido. Una paradoja testimonia las contradicciones en que cae ese grupo, pues mientras en el lado positivo de la balanza de la justicia insiste en la defensa de una posición religiosa, se niega a aceptar las posibilidades de reconocimiento que ella misma enseña, haciendo énfasis en el lado negativo del odio, la venganza y el no perdón. Esconden la capacidad de generosidad que requiere la actitud de reconocimiento porque no quieren donarlo. En síntesis, cabe reconocer que la función realizada por la derecha, ideológicamente más conservadora, en la historia del país consiste en sacar ganancia tanto del uso de la violencia como de las instituciones al precio de impedir el avance hacia el reconocimiento recíproco.

Finalmente, debemos destacar una última e importante figura: la sociedad civil, a la cual le ha sido otorgado un reconocimiento en este proceso, al mantenerla informada de los avances de la mesa de diálogo y al haber sido invitada en varios escenarios a la participación en el debate: los medios de comunicación –TV, radio y prensa escrita–, los canales universitarios y las organizaciones sociales. Además, se están promoviendo programas de pedagogía para la paz con el fin de conseguir la expresión de una opinión bien informada mediante la convocatoria a un plebiscito que debe refrendar los acuerdos alcanzados. En este sentido, es importante que la sociedad civil tenga claridad sobre el tipo de conflictos que se debaten y se dirimen en La Habana: no está en debate el modelo económico ni los conflictos económicos del país; muy escasamente se esgrimen los conflictos sociales como la pobreza, la educación, la salud o el desempleo. El tipo de conflicto que se dirime en la Habana es, especialmente, el conflicto político. Pues se trata de la discusión acerca de las formas de participación activa y eficiente en la vida política del país, escenario desde el cual podría trabajarse por los otros tipos de conflictos. La demanda al proceso de paz es una exigencia de grupos sociales para que les sea reconocida su potencia de participar en las transformaciones que el país necesita por medio del debate público, institucional, legal y jurídico. Se aspira a sustituir, como fruto de los acuerdos, la confrontación mediante las armas, por el debate de las opiniones sobre los modelos –económicos, sociales y políticos– que el país requiere, a través del ejercicio de la argumentación y la persuasión. Es una búsqueda de la ampliación y realización adecuadas de la democracia, negada ésta durante los dos siglos de vida social de derecho. En la diferenciación entre los conflictos económicos y políticos, la izquierda colombiana aún tiene confusiones al menospreciar la importancia del desarrollo de una vida política democrática que permita el avance en la resolución de

los otros conflictos -económicos y sociales-, los cuales, aunque están relacionados, no pueden confundirse.



La tarea de construir una sociedad democrática en Colombia

Rodolfo Arango-Rivadeneira

En su Querela pacis de 1517 Erasmo de Rotterdam exhortaba al pueblo a superar su fascinación por la guerra. Se dolía el filósofo holandés de la facilidad con que los mandatarios recurren a la guerra para resolver sus diferencias o perseguir sus ambiciones. Inspirado en el pensamiento renacentista de su época, Erasmo le apostó a la reforma educativa como medio para construir una comunidad basada en la tolerancia y el respeto de las ideas ajenas.

Colombia enfrenta hoy el desafío de dejar atrás la guerra. Por primera vez en medio siglo podemos avizorar una sociedad donde los conflictos se solucionen sin recurrir a las armas. Además de los esfuerzos económicos para realizar este ideal, tenemos el desafío de transformar nuestra cultura política. El tránsito de una sociedad arbitraria y violenta a una sociedad democrática presupone un cambio de mentalidad.

Esto porque el país no ha podido hasta ahora superar la propensión a la violencia. El conflicto armado persiste no sólo por las condiciones estructurales de injusticia sino, fundamentalmente, por la ausencia de una sociedad democrática. No sobran algunos pensadores que ven en la guerra una inclinación humana natural y la justifican en una presunta “naturaleza caída del hombre”. Una mal entendida religiosidad opaca en



nuestro medio la educación republicana. Superar el pensamiento de derecho natural y construir el sujeto de la democracia son los principales retos que tenemos por delante. Las siguientes son algunas reflexiones generales en esa dirección.

El contexto: el pensamiento autoritario y dogmático

En Respuesta la pregunta ¿Qué es la Ilustración?, Kant erige la pereza, la cobardía y la comodidad en causas de la minoría de edad (QL, p. 83). La minoría de edad se refleja en la tendencia a obedecer ciegamente a otros; a hacerlo por miedo o por conveniencia. El infante no juzga y decide según su propio criterio. Una buena guía puede permitir abandonar la minoría de edad del menor. Más preocupante resulta cuando quienes son mayores de edad no actúan en forma autónoma. Si tal condición es generalizada en una población, más susceptible es ella a caer en garras del fanatismo, la demagogia y la manipulación.

En Colombia el fenómeno de la minoría de edad ciudadana es extendido y constituye tierra fértil para el autoritarismo. La autoridad paterna, varonil y protectora, aún impera en amplios sectores de esta sociedad patriarcal. La presencia de un salvador, líder carismático o caudillo, que nos conduzca fuera del peligro, es anhelada por muchos, sin que la población cuente con las condiciones para determinarse en forma libremente.

A diferencia de la tradición empirista, la tradición dogmática no privilegia los hechos sobre los valores, ni la ciencia sobre la fe. La adhesión a dogmas y la obediencia ciega a la autoridad desplazan la observación y el método experimental. Esta constelación cultural refuerza el autoritarismo. La educación repetitiva no enseña a evaluar críticamente las prácticas sociales sino a obedecer verdades y reproducir acríticamente hábitos arraigados. Incluso si la divinidad es negada por materialistas o ateos, el dogma deísta termina por ser remplazado con el dogma marxista.

Colombia ocupa el segundo lugar en desigualdad entre los países latinoamericanos y el sexto en el mundo. La desigualdad se ve reflejada, entre otros ámbitos, en la educación. Colegios privados de excelencia para la minoría, colegios públicos precarios para las grandes mayorías. El sistema educativo del país contribuye a la segregación y división de la sociedad en clases. El pueblo, en su gran mayoría, no participa de la dirección de sus destinos. Unas élites reducidas, que se reproducen históricamente, acumulan poder, tierra y riqueza. La corrupción y el crimen son transversales a esta sociedad antidemocrática.

La no participación en la construcción del interés común, al igual que la exclusión social y política, favorecen la propensión al uso de las armas para

resolver los conflictos. No ha sido la controversia en la esfera pública el medio para superar los antagonismos entre los miembros de la sociedad; más comunes son las vías de hecho. Al respeto del derecho establecido se anteponen las convicciones individuales de justicia. La voz de Dios o del profeta revolucionario desplaza la sujeción a la ley como garantía de paz.

El fracaso en la integración de la población mediante la socialización según parámetros científicos y humanistas ha convertido al narcotráfico en el mayor factor de redistribución económica y de movilidad social. La desigualdad y la ilegalidad caracterizan así la sociedad colombiana de principios de siglo XXI. El deseo de hacerse rico cuanto antes desincentiva el trabajo honesto. Las convivencia colectiva se ha degradado de tal forma que amenaza la continuidad de la unidad política misma.

Las reflexiones de John Dewey y Richard Rorty sobre democracia y religión nos resultan especialmente útiles para revisar críticamente nuestras disposiciones, hábitos, creencias y actuaciones. La discusión desde la filosofía pragmatista en torno al papel de la religión en la política arroja luces para combatir el autoritarismo y promover la educación progresista del sujeto de la democracia.

Un debate útil: Dewey y Rorty sobre religión y democracia

Tanto Dewey como Rorty defienden una concepción sustantiva de la democracia. Ambos lo hacen desde la filosofía de la cultura, mediante el análisis de la acción y de la intencionalidad humanas. Mientras que el primero privilegia el método experimental en la educación y promueve la secularización de la sociedad como precondition de la democracia, el segundo invita a combatir el autoritarismo mediante la educación de las emociones, incluso aceptando la existencia de una sociedad postsecular.

Secularismo o postsecularismo, laicismo o politeísmo, son los extremos en que se mueve el debate de la propuesta pragmatista de Dewey y la neopragmatista de Rorty en la reflexión sobre la sociedad democrática. Ambas resultan especialmente pertinentes en el caso colombiano. Paso a describir brevemente cada una de ellas para luego analizar su relevancia para aclimatar la paz en Colombia.

Dewey: secularismo y democracia

El programa deweyano de la educación civilizatoria contenido en su libro *Democracia y educación* (en adelante DE) es difícil de defender a luz del pluralismo étnico y cultural. El contraste entre civilización y salvajismo resulta anacrónico en el presente, más aún cuando los tradicionalmente llamados

“salvajes” –en Colombia los integrantes de pueblos indígenas– resultan, muchas veces, más civilizados que las presuntas élites ilustradas. No obstante, es posible precisar el sentido de la oposición hecha por Dewey para expresar una actitud o disposición compatible con la democracia y otra que no.

En su esclarecedor escrito *Una fe común*, Dewey elogia la actitud religiosa de las personas –que reviste una dimensión ética, estética y política ante la vida– pero ve en las religiones el peligro de un pensamiento parcial, unilateral y dogmático, opuesto a una sociedad democrática. Esto porque una sociedad democrática pretende construir el interés común mediante el intercambio comunicativo libre de sus miembros, algo que es ajeno a las creencias religiosas. Esta concepción sustantiva de la democracia rechaza actitudes y prácticas unilaterales que coartan o impiden la comunicación libre de los ciudadanos en la búsqueda de soluciones a sus problemas comunes.

La propuesta democrática de Dewey es consecuentemente naturalista, sin ser por ello antinormativa. Ella excluye los dualismo cuerpo/alma, ser/deber ser, externo/ interno. El naturalismo evolucionista de Dewey ve en la democracia la forma de vida que permite la adaptación permanente del ser humano al ambiente mediante el método experimental. El éxito de la construcción democrática por la vía de una educación universal, laica, científica y humanista, se mide, según los criterios pragmatistas, en la eficacia de la adaptación del grupo al medio natural, no en el seguimiento a una autoridad externa ni a unos dogmas inamovibles e incuestionables.

Dewey identifica la “verdad y corrección” de la forma de vida democrática en su posibilidad de desarrollar al máximo las capacidades. La interacción y comunicación de todos los integrantes de la sociedad les permite solucionar sus problemas y dar continuidad a la vida común en forma progresiva y mejorada. El individualismo, el anarquismo o el particularismo quedan así excluidos en este enfoque. Dewey adopta un punto de vista universalista que, sin dejar de considerar el contexto concreto, defiende un cosmopolitismo republicano basado en el conocimiento científico y la educación moral y estética de los seres humanos.

El naturalismo democrático de Dewey es un buen antídoto contra el autoritarismo. Esto porque el rechazar la posibilidad de erigir verdades únicas o absolutas como guía de la acción humana, evita el bloqueo de la respuesta adaptativa al ambiente, siempre cambiante. Recordemos que para Dewey la educación es, *latu sensu*, medio de renovación de la vida de la comunidad y, a la vez, *strictu sensu*, desarrollo de disposiciones y adquisición de hábitos que permiten un ajuste eficaz de la acción individual y el ambiente social.

La educación, además, es la operación de vivir significativamente o el proceso de vivir mismo (*DE*, p. 205). Su sentido radica en despertar y desarrollar el interés por los problemas más profundos de la humanidad (*DE* 167) y no en

dotar de capacidades técnicas o instrumentales a la persona para “ganarse la vida” o desempeñar con éxito su profesión. Sólo una formación integral en las disposiciones para juzgar y valorar integralmente la vida prepara al ciudadano para participar cabalmente en la comunidad política, así como para asumir responsabilidades sociales hacia sus congéneres. Martha Nussbaum volverá tiempo después en su libro *Sin fines de lucro* sobre la importancia de la educación humanista para el proyecto democrático al señalar los riesgos de una educación centrada exclusivamente en la competitividad, la eficiencia y la productividad.

El secularismo de Dewey, la tendencia a mantener la religión dentro de los límites de la mera razón, como propone Kant en su escrito del mismo nombre, conviene a una sociedad abierta, reflexiva, crítica y flexible a los cambios. La ciencia y el método experimental son buenos antídotos contra el autoritarismo y el dogmatismo. La disposición a revisar críticamente hábitos sociales y creencias es incompatible con el pensamiento unilateral de las religiones. El establecimiento de fines externos –algo común en las doctrinas religiosas, no así en la disposición religiosa– al valorar los contenidos de la educación conduce a la negación de la democracia y al establecimiento de un pensamiento elitista, dogmático y excluyente.

El argumento de Dewey a favor de la educación secular procede en tres pasos: 1) Parte de la premisa según la cual la eficacia del fin educativo, digamos el pensar y actuar sin la dirección de otro(s), debe medirse a partir del “proceso de la experiencia”, no según productos externos, lo que conduce al materialismo; 2) Establecer un fin externo para valorar la eficacia del fin de la educación conduce, por reacción, a identificar la cultura “con algo puramente interior,” lo que termina siendo “un signo seguro de división social” (*DE* 110). Dice Dewey: “No hay mayor tragedia que la de gran parte del pensamiento espiritual y religioso del mundo que ha exaltado los dos ideales del autosacrificio y el autoperfeccionamiento en vez de arrojar su peso contra este dualismo de la vida” (*Ibídem*); 3) Para derrotar al dualismo externo/interno, ciencia/religión, el cual está profundamente arraigado en la cultura, debemos “luchar en defensa de un fin en el que la eficacia social y la cultura personal sean sinónimos en vez de antagónicos” (*Ibídem*).

Dewey parte del hecho de que los humanos somos seres dependientes, en parte por la inmadurez de nuestro proceso evolutivo al momento del nacimiento. Un bebé, a diferencia de otras crías animales, muere si es dejado sólo en el mundo. Las crías humanas requieren de apoyo constante antes de llegar a ser autónomas, condición que vuelve a decaer con la vejez. La dependencia viene acompañada, no obstante, de una aptitud fundamental: la plasticidad o flexibilidad de la criatura humana para adaptarse al medio ambiente cambiante. Tal plasticidad debería ser suficiente para oponerse a modelos totalitarios, entre ellos el liberalismo o el comunismo. Dewey rechaza una y otra alternativa como contrarias a una concepción sustantiva de democracia.

La dirección social de las disposiciones, la evaluación crítica de los hábitos y la transformación de disposiciones y hábitos mediante una educación activa, participativa y progresiva, son los pilares sobre los cuales Dewey construye el sujeto de la democracia. En los tres fundamentos, la ciencia, la experiencia y el método experimental sustituyen el discurso teológico, el tomismo y el método deductivo como fuente de conocimiento. En resumen, el pensamiento secular, laico y antidogmático, impera en la educación para impedir la división social en clases y evitar que se limite el desarrollo de las disposiciones y capacidades de cada uno de los integrantes de la sociedad en beneficio de todos.

Rorty: postsecularismo y democracia

Al pragmatismo secular de Dewey le sigue el neopragmatismo postsecular de Richard Rorty.¹ Este último valora el esfuerzo de Dewey por combatir el autoritarismo y promover la democracia. Pero se separa de su antecesor en un aspecto fundamental: no acepta la estricta distinción entre ciencia y religión. Considera que ambas son creencias enmarcadas en estructuras lingüísticas, para ninguna de las cuales existe acceso a la “realidad”. Según Rorty, ningún sistema de creencias, sea científico o religioso, nos acerca más o menos a la estructura del mundo o a una mejor comprensión de la vida. El antifundacionalismo rortiano impide otorgar primacía a la ciencia sobre la fe. Consecuencia de ello es que, para Rorty, la promoción de la democracia no exige una educación laica y científica, tesis defendida por Dewey. Según Rorty, avanzaríamos más si la literatura terminara por destronar la posición de primacía de la ciencia o del monoteísmo de algunas religiones.

A diferencia del secularismo de Dewey, Rorty propugna un politeísmo romántico a partir de un enfoque panrelacionista. Politeísmo romántico y panrelacionismo en Rorty combaten el autoritarismo sin necesidad de desterrar el pensamiento religioso de la educación democrática. Veamos en qué consiste su planteamiento, para luego evaluar sus bondades a la luz de la filosofía pragmatista.

El origen del autoritarismo no está en la religión sino en el monoteísmo. Tal parece ser la conclusión de Rorty cuando discute las tesis pragmatistas de Dewey o William James. Erigir una “única fuente de verdad” fuera del mundo es inadmisibles porque presupone un acceso a la realidad que no tenemos. Hacer depender de un ser divino la ordenación de los asuntos humanos resulta arbitrario, ya que impone como verdadera una determinada concepción y for-

1 Dice Rorty: “Dewey estaba convencido de que el encanto de la democracia –eso es, considerar que lo importante de la vida humana es la libre cooperación con nuestros congéneres a fin de mejorar nuestra situación– requiere de una versión de secularismo más completa que la que alcanzaron el racionalismo o el positivismo decimonónico” (2000, 21).

ma de vida. Pero, si se renuncia a la existencia de un acceso privilegiado a una autoridad creadora y unificadora del cosmos, es posible salvar el pluralismo de las creencias humanas y el anhelo de un mundo mejor, liberado de una figura autoritaria, reminiscencia del padre.

De la mano de Freud, Rorty ve en la “deseternización de la esperanza humana” una actitud relevante para la democratización de la sociedad. En su libro *El pragmatismo*, una versión (en adelante PUV) afirma que si Dewey hubiera leído a Freud quizás habría podido expresar con mayor claridad su propio pensamiento antiautoritario: “Habría considerado que las sucesivas descentralizaciones realizadas por Copérnico, Darwin y el propio Freud fueron modos útiles de forzarnos a abandonar la idea de la salvación fuera de la comunidad y de obligarnos, en cambio, a explorar las posibilidades que nos brinda la cooperación social” (PUV 37). Y más adelante precisa Rorty citando un ensayo de Dewey sobre “democracia creativa” de 1939: “Dewey elogió la democracia porque veía en ella la *única* forma de «fe social y moral» que *no* «descansa sobre la idea de que la experiencia tiene que estar sujeta de alguna forma a algún control externo: a alguna “autoridad” que supuestamente existe fuera del proceso de la experiencia»” (PUV 67).

Inspirado en Federico Nietzsche, John Stuart Mill y William James, Rorty desarrolla su propuesta del politeísmo romántico. Se trata de una alternativa al monoteísmo y a sus negativas consecuencias de atar a la humanidad a un fundamento único, a una idea última de verdad y el bien. Con apoyo de la crítica a la idea de la verdad en Nietzsche, Rorty desacraliza la verdad y muestra su íntima relación con los intereses humanos. Por otra parte, inspirado en Mill y su defensa de la diversidad, Rorty ve en la poesía una forma de politeísmo romántico que permite dejar atrás el monoteísmo religioso. Dice Rorty: “Puedo resumir lo que he venido diciendo con una definición de politeísmo que abarca tanto a Nietzsche como a James: alguien es politeísta si no cree que haya ningún objeto de conocimiento real o posible que permita conmensurar y clasificar por orden todas las necesidades humanas” (PUV 53).

El politeísmo romántico hunde sus raíces en el utilitarismo romántico de Mill, una “versión desteologizada de cristianismo” (PUV 72), en la que la poesía sustituye la religión monoteísta. En lo que puede leerse como una toma de posición frente al secularismo de Dewey, quien deja las religiones fuera del ámbito de una sociedad democrática, Rorty rechaza la definición teológica de la religión pero defiende las creencias religiosas. El distanciamiento con Dewey se hace evidente en el siguiente aparte de *El pragmatismo*, una versión: “Si la «fe religiosa» es definida tan estrictamente, de modo que consista en la negativa a tomar parte en iniciativas de cooperación tales como la investigación científica o la política democrática, debido a que ello podría ofender la conciencia personal, entonces es cierto que nadie puede tener tal fe y ser un utilitarista al mismo tiempo” (PUV 73). Y concluye Rorty: “Pero existen otras definiciones más amplias y plausibles de «ser religioso»” (Ibíd.).

El planteamiento filosófico a favor de una sociedad democrática politeísta es completado por Rorty con su tesis del “panrelacionismo”. Los seres humanos no gozamos de una capacidad cognitiva que nos permita apreciar y valorar nuestros asuntos desde una perspectiva superior al mundo en el que “estamos vertidos”, como diría Heidegger; no podemos elevarnos sobre los propios asuntos humanos para desde allí juzgar lo que es verdadero o falso, correcto o incorrecto, bueno o malo. No podemos adoptar la posición vertical del ojo de Dios, sino que como humanos (demasiado humanos, parafraseando a Nietzsche) debemos conformarnos con relacionar unas cosas con otras. Característico de los filósofos panrelacionistas es, según Rorty, “pensar que las cosas son como son en virtud de las relaciones que mantienen con otras cosas” (PUV 140).

El lenguaje, sea científico o religioso, no nos brinda un acceso a la realidad tal cual es. Nuestro lenguaje es, inevitablemente, metafórico. Sobre el particular afirma Rorty: “La predicación es una forma de relacionar unas cosas con otras, una forma de conectar unas partes del universo con otras partes del universo” (PUV 142). “Todas las propiedades son hipóstasis de redes de relaciones” (Ibíd.).²

Otra consecuencia del panrelacionismo de Rorty, quizás la de mayor relevancia práctica, es que dejan de tener sentido los intentos de representar el mundo y de fundamentar las proposiciones sobre él. De ahí el no representacionismo y no fundacionalismo propugnado por Rorty en su filosofía. Afirma Rorty: “Considerar el lenguaje de este modo, darwinianamente; considerar que en lugar de brindarnos representaciones de los objetos, el lenguaje nos proporciona herramientas para hacerles frente” (PUV 162). El pragmatismo panrelacionista conduce así a dar prevalencia a la acción sobre el conocimiento; a la utilidad de nuestras prácticas sobre descripción esencialista del mundo; a “la sustitución de la idea de redención del pecado por la noción de cooperación fraternal característica de la sociedad democrática” (PUV 76).

Rorty destierra el autoritarismo en la epistemología y la ética, sin erigir la ciencia por encima de otro tipo de creencias, como las creencias religiosas. La horizontalidad de las relaciones entre las cosas y el rechazo a la verticalidad en la comprensión del mundo, al igual que la radical igualdad a la base del pensamiento democrático, no dejan espacio al esencialismo pero tampoco a la objetividad o la fundamentación racional en la ciencia. Los resultados del cuestionamiento de Rorty al realismo parecen paradójicos, a saber: la disolución de la distinción entre ciencia y fe, entre objetividad y subjetividad, con lo

2 El panrelacionismo invita a trascender por irrelevante en la práctica el debate realismo y antirealismo, puesto que “es completamente indiferente que interpretemos esas relaciones en clave realista, como si ya estuvieran ahí antes de la invención de los predicados, o en clave antirrealista, como si empezaran a existir al tiempo que esas invenciones” (ibíd.). Otros dualismos que necesariamente deben ser desechados desde esta perspectiva son los de sustancia y accidente; sujeto y objeto; cualidades intrínsecas o no relacionales y propiedades extrínsecas y relacionales, entre otros.

que la religión recobra su puesto en la vida de la comunidad, ahora en forma de un politeísmo romántico.

En resumen, mientras el proyecto secular de Dewey asocia la religión, no la religiosidad, con el autoritarismo que lleva al pensamiento antidemocrático, Rorty condena el monoteísmo, no la religión en cuanto práctica social, como contrario a la democracia. El politeísmo y el panrelacionismo de Rorty borran las fronteras entre sujeto y objeto; esencia y accidente; propiedades extrínsecas e intrínsecas, lo que le permite conservar en la sociedad democrática tanto el pensamiento científico como el pensamiento religioso desteologizado, por ejemplo la fraternidad cristiana del amor, si ello resulta conveniente para la felicidad individual (*PUV* 55-56).

Una conclusión: la educación para la democracia y la paz

Las dos opciones pragmatistas aciertan en combatir el autoritarismo que está a la base de un pensamiento que sitúa sus fines por fuera de la experiencia humana. Pero los planteamientos de ambos autores también divergen en puntos centrales. Para Dewey de la experiencia religiosa sólo debemos conservar la religiosidad como forma estética, ética y política (no epistémica ni onto-teológica) de estar en el mundo más no sus contenidos; para Rorty, en cambio, la distinción entre religión (como concepto sustantivo, a desterrar) y religiosidad (en su uso adjetivo, a conservar) no es necesaria en la sociedad democrática si acogemos un “politeísmo romántico”.

Recordemos que nuestro interés es evaluar los aportes de ambas propuestas para la construcción de una sociedad democrática en Colombia. Las tesis pragmatistas y neopragmatistas podrían ser complementarias a tal propósito. Ello porque ni Dewey niega tajantemente la religiosidad, ni Rorty rechaza la utilidad práctica de la ciencia en el progreso de la humanidad. Pero ellas también pueden verse como antagónicas e, incluso, mutuamente excluyentes; esto si se piensa que Dewey excluye la creencia religiosa de la educación y la decisión democráticas, mientras que Rorty rechaza la objetividad e invita a sustituirla por la solidaridad vía. Considero que la conciliación de Dewey y Rorty, no obstante, es posible y de gran utilidad práctica.

El pensamiento secular de Dewey y del pensamiento postsecular de Rorty coinciden cuando se trata de excluir los fines externos a la experiencia humana de la sociedad democrática. Ambos son, en el sentido de Carl Schmitt, indudablemente imanentistas cuando se niegan a aceptar que la libre deliberación y el consenso intersubjetivo de comunidades políticas democráticas termine por condicionarse a una autoridad trascendente no humana. Para ninguno de los dos pensadores es positiva la valoración de condicionar acción, hábitos y prácticas a una única autoridad (monoteísmo en Rorty) o a una au-

toridad incuestionable (dogmas de las religiones en Dewey). Pero el rechazo a fines externos erigidos en criterio de validez de las decisiones humanas va más allá de los dogmas religiosos. Sostiene Dewey sobre el particular: “Una sociedad que se apoya en la supremacía de algún factor sobre los demás, independientemente de sus aspiraciones racionales o adecuadas, desvía inevitablemente el pensamiento. Asigna un premio a ciertas cosas y menosprecia a otros, y crea un espíritu cuya aparente unidad es forzada y tergiversada” (DE 83).

La fenomenología de una sociedad autoritaria, dogmática y antidemocrática como la nuestra encuentra una explicación posible en dos factores históricos: el mito católico del pecado original o de la naturaleza caída que lleva a una interpretación maledicente de la acción humana; y el hábito de desconfiar de todo lo construido por el ser humano, que motiva la resistencia a las instituciones públicas. Ambos factores atentan contra el avance de la intencionalidad colectiva necesaria para instituir la sociedad civil y abandona el aciago estado de naturaleza circundante. Valga recordar aquí lo que se exige para realizar el fin conducente a la paz perpetua. Según Kant, “no basta para este fin la voluntad de todos los individuos de vivir en una constitución legal según los principios de la libertad (la unidad distributiva de la voluntad de todos) sino que es preciso, además, que todos conjuntamente quieran esta situación (unidad colectiva de la voluntad unificada) para que se instituya del todo la sociedad civil” (SPP 84-85).

La presencia permanente de la violencia, la negación del otro y la muerte en nuestra comunidad confirmaría la tesis de la naturaleza caída y la necesidad de recurrir a una autoridad externa, a un poder supremo, como guía y consuelo. Por su parte, la desconfianza en las instituciones creadas por los seres humanos, en particular las instituciones democráticas como el Congreso, los jueces o las autoridades ejecutivas, confirma la vigencia de un pensamiento iusnaturalista (en sus versiones tomista, liberal o marxista) que se erige sobre el pensamiento civilista, científico, humanista y republicano.

De ahí que ambas propuestas pragmatistas sean útiles en tiempos de radicalismo y fanatismo religioso. Ellas pueden inspirar objetivos políticos y programas de acción basados en el método experimental, en la formación del juicio moral, en la apreciación estética, en el desarrollo de la sensibilidad social y la cooperación, tan cruciales para la formación democrática. Lenguaje y juicio (estético, moral, político, etc.) deben educarse con vistas a fortalecer la autonomía al mismo tiempo que a construir una inteligencia colectiva común. En este proyecto la religiosidad puede contribuir al fomento de la cooperación, no así la incorporación de los contenidos religiosos como normas obligatorias para todos. El derecho de la sociedad y el Estado de derecho no están al servicio de contenidos o “verdades” que no puedan ser evaluados críticamente y aceptados por todos, previa la deliberación libre y abierta, y la decisión democrática.

Constituye lugar común afirmar que la educación es el medio por excelencia para combatir el autoritarismo y la exclusión. Además de asegurar un mínimo material para todos (que desincentive actividades ilegales como narcotráfico, minería ilegal, criminalidad, corrupción, etc.), es igualmente oportuno asegurar una educación democrática. La construcción del sujeto de la democracia exige el cambio en las disposiciones; la revisión crítica de hábitos; y la renovación de las instituciones y prácticas sociales.

En cuanto a sus contenidos, el programa educativo, a la luz de la filosofía pragmatista de la acción, promueve la formación antiautoritaria del sujeto, individual y colectivo. Con tal fin intrínseco en mente y deseando alcanzar la mayoría de edad y la autodeterminación política, debemos formar las disposiciones; conservar o cambiar los hábitos; e instituir canales fluidos para que florezcan la libertad y la paz en igualdad real de oportunidades para todos. La ejecución de un tal proyecto permitirá ampliar una cultura política ajena al miedo, al resentimiento y a la desconfianza en el proceso vital de resolver colectiva y democráticamente los problemas sociales y atender cooperativa y solidariamente nuestras cambiantes y múltiples necesidades.

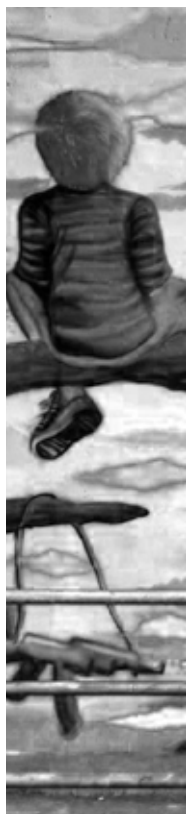
Bibliografía

- Dewey, J. (1959), *La reconstrucción de la filosofía*. Buenos Aires : Aguilar, 2ª ed.
- Dewey, J. (1964), *La fe común*. Buenos Aires : Lozada.
- Dewey, J. (2004), *Democracia y educación*. Madrid : Morato, 6ª ed.
- Kant, I. (1981), *La religión dentro de los límites de la mera razón*. Madrid : Alianza.
- Kant, I. (2004), *¿Qué es la Ilustración?*. Madrid : Alianza.
- Kant, I. (2009), *Sobre la paz perpetua*. Madrid : Alianza.
- Rorty, R. (1991), *Contingencia, ironía y solidaridad*. Barcelona : Paidós.
- Rorty, R. (2000), *El pragmatismo, una versión: antiautoritarismo en epistemología y ética*. Barcelona : Ariel.

Una historia de intransigencia

Darío Ortiz-Robledo

La guerra es una masacre entre gente que no se conoce, en beneficio de gente que si se conoce pero que no se masacra. Paul Valéry



Parece un ideal legítimo el que todos busquemos la paz con nuestros semejantes, un principio elemental de convivencia y mandato constitucional colombiano que en su artículo 22 dice que la paz es un derecho y un deber de obligatorio cumplimiento. Sin embargo la realidad nos muestra cuan lejos estamos de ese anhelo y cómo muchos no lo contemplan en sus perspectivas de vida, al menos en el conjunto cerrado llamado Colombia. Mientras termino de garabatear éstas líneas crece el enfrentamiento entre los que promueven votar por el SÍ en el plebiscito por la paz y quienes de manera beligerante y categórica defienden el NO en contrapeso a todo lo acordado durante tres años en la mesa de la Habana.

El tono de la discusión entre los bandos, las razones esgrimidas por unos y otros, la dura posición de los contradictores y el tono amenazante que se encuentra por doquier es una perfecta radiografía de quienes somos y porqué estamos como estamos. Las frases grandilocuentes, exageradas, falsas e hiperbólicas se adueñan de quienes dirigen la campaña por el No y afirman de los acuerdos de la Habana todo lo que ellos no dicen. Esas falacias que bajo el epíteto de castrochavismo invocan acuerdos secretos, el fantasma del comunismo y la

entrega del estado a esas fuerzas oscuras se escuchan en la radio, en la calle, en la televisión, en boca de intelectuales y de connotados líderes de opinión. No llevan la verdad pero representan un sentimiento profundo que sí es real y verdadero y que fue sembrado allí por años de equívocos y barbarie. Un sentimiento cargado de ira, de dolor, de desesperanza, de miedo y que pretende esgrimir un derecho legítimo a buscar una paz diferente y otro final a ésta guerra absurda. Porque absurdas son todas las guerras.

Por su parte los optimistas defensores de los acuerdos dan por sentada la paz y esgrimen cifras de crecimiento económico sólo comparables al boom de los países asiáticos. ¡Otro par de falacias! Comenzando porque las Farc representan tan sólo el 50% de los hombres alzados en armas, ya que el otro 50% lo representan las GAO (grupos armados organizados) y las Bacrim con un 25%, el ELN con un 20% y otros grupos minoritarios entre los que se encuentra el EPL con otro 5% según las cifras manejadas en diferentes informes de inteligencia militar. El crecimiento económico pos-acuerdo con esas cifras tan altas de quienes seguirían alterando el orden público es por supuesto errando.

Pero independientemente de lo que se decida en la Habana, o en el plebiscito, de las razones de unos y otros para votar a favor o en contra, o incluso independiente de las opiniones desbordadas del gobierno y la oposición, la paz en Colombia no está en los resultados de ese acuerdo. La horrible noche de nuestro cándido himno nacional está lejos de cesar y éste país dividido nos lo recuerda cada día.

Tras cada palabra de los líderes del centro democrático se desprende que si pierden el plebiscito no van a aceptar el resultado y no van a dejar de interponerse en el proceso de paz en dos puntos para ellos fundamentales: que todos los miembros de las Farc encontrados culpables de hechos delictivos vayan a la cárcel y que independiente de eso no puedan hacer política. La ley de justicia transicional que pretende convertirse en modelo para otros acuerdos de paz en el mundo y el deseo básico de hacer política de las Farc como una condición indispensable para la entrega de las armas hacen insalvable la posición de los opositores del proceso que no dudan, como temerariamente lo ha afirmado en radio varias veces el ex ministro Londoño, en estar preparados para lo que sea.

Si a esto sumamos las amenazas recientes de los fortalecidos paramilitares pareciera entonces que ante las puertas de la paz hallamos nuevamente es la amenaza de la guerra.

Sin embargo lo que está sucediendo no es nuevo pues es la historia misma de nuestro territorio que encierra una nación fragmentada. Uno tras otro, desde la independencia misma, los movimientos de oposición se han enfrentado de manera activa y no pocas veces beligerante a las decisiones de la mayoría, a las decisiones tomadas desde el poder o en general a aquellas en las que se

sientan vulnerados, incluso si emanan de fuerzas claramente minoritarias. Una intransigencia que raya en el absurdo y que dando un repaso por la historia reciente devela los rasgos fundacionales de nuestra guerra y, si no cambian pronto, del futuro que nos espera.

De la intransigencia bipartidista a la dictadura

En qué momento se decide acabar por las armas con la oposición política en Colombia es algo difícil de determinar. El asesinato político, el alzamiento popular y la lucha armada tras un ideario político o un líder carismático parecen hacer parte de nuestra historia como si fueran un símbolo de nuestra identidad. Sin embargo una serie de hechos y hombres caldearon los ánimos de nuestra sociedad a un punto que aún hoy parece imposible disminuir.

Sin duda el regreso al poder del partido liberal en 1930, tras los 44 años de la hegemonía conservadora, junto a la transformación que pretendieron hacer en el país en sus estructuras civiles y económicas entre las que incluyeron una profunda reforma constitucional en 1936 y una permisividad a la colonización de baldíos, llevaron rápidamente al endurecimiento de la posición conservadora temerosa, no solamente de perder sus privilegios y ventajas tras tantos años en el poder, sino de que a su vez el partido liberal les diera una dosis igual de abstinencia y revanchismo.

En el desorden del derrotado partido conservador surgieron líderes naturales como el extraordinario orador y aguda pluma Laureano Gómez, quien tras sus años en Alemania como embajador de Colombia en Berlín de 1930 al 32 había vivido de primera mano el ascenso del Nacional Socialismo que llegaría con Hitler al poder en 1933 y la manera como las *Sturmabteilung* del partido nazi, las fuerzas de asalto o camisas pardas como las llamaban, eran usadas para intimidar y desaparecer la oposición, así como para contrarrestar el crecimiento del partido comunista. La forma atizadora como los caudillos europeos, Hitler, Mussolini o Primo de Rivera encendían a las masas, desde la dureza de sus discursos pendencieros a las fuerzas de choque de sus partidos compuestas por milicias armadas y matones fanáticos; no solamente encontraría la emulación y el apoyo en el verbo de Laureano Gómez o de ese otro gran orador que fue Alzate Avendaño en el partido conservador sino en su contraparte Jorge Eliecer Gaitán, quien para entonces representaba la disidencia y la línea dura del partido liberal; y cuyo verbo incendiario lo hizo blanco natural de sus enemigos políticos temerosos de que cumpliera cualquiera de sus designios verbales. Esta línea de discurso en la cual el lenguaje de la violencia va tomando forma y se abre campo en la política Colombiana, sumado a la lucha por la tierra, comienza a producir enfrentamientos y víctimas desde mediados de los años treinta, recrudeciéndose con la llegada al poder de Mariano Ospina Pérez del partido conservador tras 16 años de gobierno liberal y

por supuesto estalla en una confrontación abierta con el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán en el 48.

Ese verbo de la violencia que llena sus palabras de sangre y que llama a la acción y a la venganza, el cual se apoderó de las mentes más lúcidas de su tiempo, termina encontrando eco incluso hasta en líderes naturalmente pacifistas como el tolimese Darío Echandía, algo que define muy bien Gerardo Muñoz en su ensayo *Genealogía de un Problema* (2005). Darío Echandía que invita a su partido a resistir (un partido que ha promovido la defensa armada), denunciará la falta de garantías para que los liberales acudan a las urnas en 1949 y renuncia a la candidatura del partido liberal tras el asesinato de su propio hermano. Al año siguiente Laureano Gómez sin opositores políticos gana las elecciones y asume la presidencia dando rienda suelta a la represión con ésas fuerzas de choque que fueron las milicias de los pájaros y la policía chulavita.

La insostenible política de Laureano termina abruptamente con el golpe de Estado de Rojas Pinilla en junio del 53, quien inmediatamente trata de resolver la escalada de la violencia proponiendo unos diálogos con los alzados en armas, creando una amnistía y un indulto con algunos estímulos económicos para aquellos grupos e individuos que depusieran sus armas. Pero pronto esa paz se vería truncada por completo.

De las autodefensas campesinas a la intransigencia insurgente

Para 1953 cuando Rojas llega al poder las autodefensas campesinas que se habían creado para defenderse de la presión de la fuerza pública y las milicias paramilitares del estado a la vez que colonizaban terrenos baldíos, se encontraban divididas en limpios y comunes (liberales y comunistas) con diferencias que terminarían siendo irreconciliables. Investigadores del periodo hablan de 21.000 hombres alzados en armas contra 40.000 miembros de la fuerza pública y de acuerdo a la Comisión Investigadora de las Causas de la Violencia de 1958, entre 1948 y 1957 solamente en el Tolima fueron asesinadas 35.294 personas y se abandonaron 93.882 fincas. (Alfredo Molano 2014)

Propuesta la amnistía y el indulto por el gobierno de Rojas Pinilla los dirigentes liberales lograron la desmovilización de sus guerrillas en la mayoría del país. “Al sur del Tolima llegó a caballo una comisión encabezada por los doctores Rafael Parga Cortés, Ismael Castilla y Severiano Ortiz, conocidos jefes liberales de Chaparral, a negociar la entrega” logrando el desarme de los limpios y una parte considerable de los comunes escribe Alfredo Molano (2014). Sin embargo el que Rojas fuera el comandante en Cali de la tercera brigada durante la masacre de la Casa Liberal realizada por la fuerza pública

contra la población desarmada y que se apoyara para su pacificación en Ángel María Lozano, alias el Cóndor, hizo que una parte de esas autodefensas no se desarmara y se viera enfrentada a la gran ofensiva de las tropas de Rojas tras la fecha límite que el general había dado para el desarme y el indulto. Para entonces Rojas había comprado la exorbitante cifra de 150 millones de dólares en armas a los norteamericanos de quienes recibía completo apoyo para sus planes.

En agosto de 1954 logró que la Asamblea Constituyente aprobara la prohibición del partido comunista con una ley copiada de la impulsada por el senador McCarthy en los Estados Unidos, dando un giro sin precedentes a lo que hasta entonces era considerada violencia bipartidista.

El incumplimiento de las promesas del gobierno que consistían en apoyo económico, regreso de las tierras despojadas, y legalización de los baldíos colonizados; sumado al asesinato de algunos líderes amnistiados por la fuerza pública y el establecimiento de ese “delito de opinión” que fue la prohibición del comunismo, radicalizaron a las escasas fuerzas que sobrevivieron a la ofensiva de Rojas e hicieron que se organizaran bajo estructuras militares como única salida para su supervivencia. Esa forma de proceder del estado, basada en el incumplimiento de lo pactado, la permisibilidad con los asesinatos de los líderes, la negación de los espacios políticos a la extrema izquierda y la represión desmedida se repetirá desde entonces durante los varios intentos de alcanzar una paz negociada con las fuerzas al margen de la ley.

En 1958 tras la caída de Rojas Pinilla y durante el gobierno de Lleras Camargo conscientes de los errores de la primera negociación crean la Comisión Especial de Rehabilitación y proponen la desmovilización a cambio de tierras, créditos, vías, asistencia técnica, salud y educación. En el Tolima, por centrarnos en una región fundamental del conflicto, durante la Gobernación de Darío Echandía vuelven los mismos negociadores (Parga, Castilla y Ortiz) a intentar acuerdos con los alzados en armas en apoyo de La Investigadora, nombre con el que se conoció La Comisión Nacional Investigadora de las Causas y Situaciones Presentes de la Violencia en el Territorio Nacional logrando al menos la firma de 17 micro pactos con las diferentes fracciones en conflicto (Jefferson Jaramillo Marín 2011).

La corta pausa propiciada por esos pactos permitió el retorno a la vida agraria de la mayoría de los combatientes y a que muchos de ellos trabajaran en la construcción de vías, principal esfuerzo económico del gobierno, como fue el caso de Tirofijo que trabajó de inspector de carreteras.

Un análisis de las cifras del Acta de la Oficina Nacional de Rehabilitación de 1958 donde dice que se gastaron 25 millones de pesos, el equivalente a 3,8 millones de dólares, de los cuales solamente 1 millón de dólares eran para créditos y educación, puesto en contexto contra la inversión en armas por

parte del estado, que solamente desde el comienzo del gobierno de Rojas en 1953 superaba los 150 millones de dólares, muestra la inequidad de una situación que garantizaba los sucesos siguientes.

El endurecimiento de las políticas de la guerra fría tras la revolución cubana, la presión sobre los comunistas, el nuevo incumplimiento de los acuerdos pactados en materia económica y finalmente el asesinato a sangre fría de líderes guerrilleros como Jacobo Prías Alape, alias Charronegro a manos de las bandas del “General Mariachi” , sin intervención de la justicia, hacen que Marulanda, antiguo subalterno de Charronegro, y sus hombres regresen a las armas en enero de 1960. Las autodefensas campesinas ya reacias a todo acuerdo con el gobierno se organizan y multiplican en pequeños frentes ayudados por un partido comunista arrinconado, alejado políticamente de la vida nacional y obligado a la clandestinidad por las intransigencias del Frente Nacional. La subsiguiente calma chicha de esas autodefensas armadas dedicadas más que todo a colonizar baldíos alejados de las zonas urbanas, criar ganado y sembrar café mientras recibían la cartilla del partido comunista, se rompe con la operación Marquetalia del 64 que lleva al nacimiento de las FARC y a la regularización del movimiento guerrillero.

Esa intolerancia de los gobiernos del frente nacional con la oposición, que tiene su clímax en el oscuro día de elecciones presidenciales del 19 de abril de 1970 en el cual el presidente Lleras Restrepo suspende la transmisión cuando los resultados electorales daban por ganador a Rojas Pinilla de la Anapo, para anunciar como ganador a la mañana siguiente a Pastrana Borrero del partido conservador, provoca el surgimiento de más organizaciones armadas y endurece la intransigencia de las guerrillas comunistas a una salida negociada.

Los pactos rotos de la Picota a Ralito

Durante los años setenta el crecimiento de los grupos guerrilleros fue lento y escaso. Pero en 1980 tras unos pocos actos espectaculares por parte de la guerrilla y unas batidas militares sin precedentes en nuestra historia que incluyeron la tortura de más de cien prisioneros (según datos de Amnistía Internacional), las cárceles colombianas, principalmente La Picota, estaban llenas de integrantes del M19, el movimiento de carácter nacionalista surgido tras las elecciones del 70. Siendo la apertura política la exigencia básica de éste movimiento armado, se propuso una ley de amnistía ante el congreso de la república cuyos puntos principales fueron acordados por los delegados del gobierno con la cúpula del movimiento. La ley finalmente promulgada por el senado en 1981 nada tenía que ver con la ponencia original presentada por los congresistas Ortiz Vidales y Bosa López, de manera que al ser una amnistía parcial, llena de exigencias como la entrega de los compañeros en libertad y otras condiciones no acordadas fue rechazada de plano por el grupo armado. Al fi-

nal solamente 20 sediciosos se acogieron a dicha ley (El Tiempo 24 de julio de 1981).

Pocos años después en agosto de 1984 se firmaría el acuerdo de Corinto entre el M19 y el gobierno de Belisario Betancourt, acuerdo al que luego se unirían otros grupos guerrilleros y que consistía en una tregua bilateral y el compromiso a encontrar una salida política al conflicto armado. Antes de cumplir seis meses la tregua bilateral fue rota por varias acciones del ejército nacional que atacaron los campamentos en tregua sin que el presidente o sus delegados pudieran dar explicación alguna.

De los intentos de paz y normalización política durante el gobierno de Betancur surge la Unión Patriótica, organización que en sus orígenes estaba ligada a las FARC y al ELN. Pero es de todos conocida la historia que pese a la distancia que tomó dicho partido de los grupos armados y de la extrema izquierda, sus dirigentes fueron sistemáticamente asesinados en crímenes aún hoy no esclarecidos (las cifras de muertos varían entre 3.500 a 5.000).

Completando el panorama hay que recordar que siendo los acuerdos de paz con el M19 de 1990 los únicos acuerdos exitosos desde el surgimiento del movimiento guerrillero en Colombia y que llevaron a la vida civil a varios otros grupos menores, no por ello estuvieron exentos de los asesinatos o de los criminales políticos. Solamente basta mencionar a Afranio Parra, quien firmó por el M19 junto a Carlos Pizarro y Germán Rojas Niño el segundo acuerdo con los delegados del gobierno Barco y que fue asesinado por iniciativa propia de unos policías en Bogotá pocas semanas después de la segunda firma. Carlos Pizarro por su parte fue asesinado durante su campaña presidencial de 1990 en un claro crimen político.

Tras dicha paz con el M19 se llegó a un acuerdo con el EPL y se logró la reinserción de 2.556 combatientes a la vida civil pero entre 1991 y 1995, las FARC asesinaron selectivamente a cerca de 200 ex miembros desmovilizados del EPL que se habían integrado al movimiento Esperanza, Paz y Libertad.

El irrespeto a todo acuerdo pactado, por parte de los diferentes gobiernos y el asesinato de los líderes desmovilizados no solamente ha afectado a movimientos de izquierda como las FARC, el EPL o el ELN, y a movimientos nacionalistas como el Quintín Lame o el M19 sino también a organizaciones de derecha como las AUC y a otros grupos paramilitares.

Desde la misma firma de los acuerdos de Ralito entre las AUC y el Gobierno de Álvaro Uribe, comenzaron los asesinatos selectivos de miembros de esa organización. Dichos acuerdos llevaron a la ley de Justicia y Paz, que aunque muy criticada por organizaciones dentro y fuera del país, entre otras porque de siete mil paramilitares que supuestamente tenía el país se desmovilizaron 31.671 permitiendo la rebaja de penas a narcotraficantes, testaferros y delin-

cuentas comunes y de todos éstos menos de 1.300 pagaron penas logrando tan sólo 14 sentencias, no fue respetada por el gobierno al extraditar contra los pactos a 14 supuestos jefes paramilitares en la mitad de sus confesiones y antes que dieran datos sobre quienes eran las fuentes de financiación, quienes eran los políticos que los apoyaban y quienes habían dado las instrucciones para los crímenes políticos que cometieron y que seguirán en la impunidad.

La cifra de los exparamilitares asesinados hasta la fecha no está clara pero cuando en julio de 2008 fue asesinado el desmovilizado ex jefe de las Auc Antonio López, Alias Job, vocero de los desmovilizados eran ya 184 los ex paramilitares asesinados únicamente en Medellín (Semana 28 julio 2008)

De los acuerdos en la Habana hacia un futuro incierto

Ese es a groso modo el panorama previo a los acuerdos con las Farc que pretenden su desmovilización, entrega total de armas, sometimiento a la ley de justicia transicional, un trabajo conjunto para la no repetición del conflicto y el ingreso a la vida política del partido que funden.

Como se ve en nuestra propia historia y en el lenguaje encendido de los opositores al actual proceso de paz, que atizan la hoguera de la venganza y de la total intransigencia política, es poco probable que tras la firma de los acuerdos y la dejación de las armas dichos compromisos se cumplan por parte del estado; vulnerables a cualquier cambio de poder político en el congreso o la presidencia. Al igual que es poco probable que se puedan garantizar las vidas de quienes logren reinsertarse a la vida civil tras la dejación de las armas.

El miedo de un viraje hacia la izquierda de la democracia colombiana presente desde los años duros de la guerra fría, ha revivido frente a la problemática venezolana y a la proliferación del número de gobiernos democráticos de izquierda o centro izquierda en América Latina que en el 2007 habían llegado a 13 y por supuesto se fortalece con el posible ingreso de las FARC a la vida política nacional tras el desarme. Así las cifras de la registraduría demuestren históricamente lo lejos que pueda estar una victoria política de la izquierda.

Esta claro que si Colombia, el pueblo y sus dirigentes, no cambia la dureza del discurso frente a sus adversarios, no desarma primero los ánimos y deja de disparar con sus palabras contra sus contradictores, no podrá hallar ninguna senda de paz y el desarme de las FARC no será más que otra pausa en el conflicto interno. No nos hemos educado para la paz, sino para la guerra. Las libertades y derechos que tan tardíamente entraron a nuestro panorama jurídico en la constitución del 91 aún son letra muerta.

El que las diferentes ideologías puedan expresarse públicamente, ser partidos políticos y ser parte de los procesos electorales es algo indispensable en

cualquier democracia. Por eso frente a nuestras verdades históricas, con su intransigencia proverbial y su cuota de barbarie, debemos intentar hacer un alto. Ya que aquí no se trata de que el primer paso sea obtener justicia, de lograr la verdad, ni de tener la razón política. No se trata de pertenecer al bando de los buenos o estigmatizar a los contrarios. Se trata de dejar de matarnos por medio de una salida negociada para que finalmente todos aprendamos a opinar en las urnas acerca de las FARC, o del santismo, o del uribismo. Opinar con el voto y no con las balas, en las urnas y no en las tumbas.



Lo que nace en la adversidad

Mario-Hernán López B.
Ricardo-Andrés Delgado C.



El Geólogo Andrés Felipe Calle fue secuestrado el 29 de junio de 2014, en la zona rural del municipio de Curumaní, departamento del Cesar, por la guerrilla del Ejército de Liberación Nacional –ELN-. Su secuestro duró 59 días y produjo una movilización social inédita en la Universidad de Caldas de donde es egresado. La prensa reportó el hecho como un secuestro en el momento en que realizaba tareas relacionadas con mitigación de riesgos asociados a fenómenos de origen geológico: trabajaba en la elaboración de estudios técnicos para el mapa nacional de amenaza por movimientos de masa; su trabajo aportaba a la planificación del territorio con implicaciones sociales en la prevención de desastres.

Por los mismos días del suceso, los analistas políticos consideraban cercano el inicio de diálogos públicos entre el gobierno nacional y la guerrilla del ELN. Dos años después del secuestro y liberación de Andrés Felipe, los avances en la agenda de negociaciones -al menos los que son de conocimiento público- dan cuenta de un plan de trabajo alrededor de cinco puntos centrales. Las informaciones ofrecidas por los medios de comunicación, señalan coincidencias de las partes en la definición de los países en los cuales se realizarán los encuentros de las delegaciones, así como un obstáculo que pone palos en la rueda del diálogo: el ELN aun no libera secuestrados como manifestación de voluntad política e inicio del desescalamiento del conflicto armado.

Los detalles del secuestro narrados en la entrevista, hacen parte del repertorio de hechos victimizantes generados por la confrontación armada con afectaciones para más de ocho millones de colombianos; sin embargo, también pueden ser interpretados como situaciones movilizadoras de múltiples expresiones de solidaridad en medio de las violencias. Al leer con detenimiento el relato, el lector podrá encontrar en sus intersticios gestos y acciones de apoyo, así como manifestaciones abiertas de compañía en la adversidad. Esta experiencia, parafraseando al poeta Hölderlin, puede ser leída como aquello que va naciendo para salvar en medio del peligro.

Ocho meses después de la liberación, Andrés Felipe concedió esta entrevista como parte de los trabajos que se realizan en la Maestría en Ciencias Sociales de la Universidad de Caldas, en los cuales el centro del análisis se localiza en la construcción humana y social en medio de conflictos y violencias, una perspectiva de trabajo académico y social conocida en la literatura especializada como Paz Imperfecta. Los trabajos que se realizan en este marco desplazan las miradas –tradicionalmente centradas en el estudio del daño– hacia las acciones de cooperación, redes de solidaridad, afectos, amistad y otros medios pacifistas desatados en medio de las violencias. El texto fue editado con autorización del entrevistado.

-Compártanos brevemente su recorrido profesional hasta el momento del secuestro.

Soy egresado de la Universidad de Caldas, mi primer trabajo fue como pasante en Medellín; durante un año y nueve meses hicimos un muestreo y una cartografía. También estuve en el sur de Bolívar en Buena Señá, Puerto Rico, Tiquisio y Montecristo haciendo un muestreo geoquímico buscando metales preciosos. Posteriormente vine a Manizales a trabajar con la Universidad de Caldas. En el proyecto Mapa Nacional de Amenazas nos correspondió el bloque No. 7, comprende los departamentos de Cesar y Norte de Santander.

Trabajé en el proyecto como parte de un equipo dedicado a realizar análisis geomorfológicos para determinar zonas susceptibles a movimientos de masa que pueden afectar la población civil e infraestructura, lo cual implica salidas de campo para realizar un inventario detallado de los deslizamientos, visitando lugares previamente identificados con sensores remotos y fotografías aéreas. Ese fue el trabajo hasta el momento de la retención en el municipio de Curumaní.

-¿Cuáles fueron las situaciones, hechos, vivencias durante el secuestro?

Llegamos a la zona de la Jagua del Ibirico y Curumaní con dos comisiones: éramos tres geólogos, un estudiante de la Universidad de Caldas y los trabajadores. Llegamos inicialmente a Valledupar, de ahí nos fuimos a Curumaní; allí distribuí el trabajo para cada uno. En la mañana salimos en los ve-

hículos contratados para el recorrido, nos repartimos las zonas, unos en la norte y yo en la sur.

Salimos a las siete de la mañana en el carro, durante el viaje un auxiliar informó que conocía el sitio; llegamos a un portal, allí había una camioneta con placas de Manizales y una motocicleta; más adelante encontramos una casa; hasta el medio día trabajamos en varios deslizamientos y alrededor de la 1:30 pm emprendimos el regreso, pasamos el portal y en el momento en el cual estoy apagando un GPS escucho que alguien atrás dice “ay jueputa”; el auxiliar se bajó del carro: a mi lado derecho veo un hombre vestido de militar, de aproximadamente 50 años, con botas pantaneras, pantalón camuflado, con corte militar. Le miro el pecho y no veo insignias, me doy cuenta que no es del ejército, lo saludo, me identifico: soy geólogo de la Universidad de Caldas; saco la cédula, un carné; nos repara, informa que harán una requisa, desciendo del vehículo, veo en el hombro la insignia del ELN.

En un momento, el comandante del grupo miró al otro geólogo de nuestra equipo de trabajo (tesista en ese momento). ¿Quién es él? es mi auxiliar, respondí; es estudiante; en ese momento pedí que los dejaran libres. Alrededor de las cinco de la tarde los del ELN dicen que no se han podido comunicar con el jefe e informan lo siguiente: usted nos acompaña, le daremos las instrucciones; les digo bueno, no hay problema y recojo el maletín con los instrumentos de trabajo.

Tuve tiempo para hablar con el geólogo tesista sobre qué debía hacer cuando llegara a Curumaní, a quien debía llamar y qué decirle a la familia. Alrededor de las seis de la tarde el conductor y el auxiliar se fueron; un compañero se quitó el anillo con el padrenuestro grabado: te va a proteger, dice. Es el momento más difícil, verlos partir; el comandante da la orden: ¡váyanse!

Los observo cuando inician el recorrido. A unos 500 metros el carro se detuvo –pensé que iban a llamar por ayuda, tal vez, en ese punto, habría señal de celular-, en ese momento los guerrilleros se asustaron; todos mirábamos la camioneta, pasados unos segundos el carro reinició la marcha. En libertad pregunté por ese episodio, el conductor se había desmoronado, se detuvo a llorar, luego continuaron la marcha.

Comenzamos el recorrido esa noche, caminamos seis horas, los guerrilleros no fueron hostiles; uno de ellos decía: tranquilo, descanse, vaya dándole. Llegamos al cambuche, cerca a una quebrada, allí tenían una poceta; en ese sitio pasamos alrededor de tres o cuatro días; siempre dormí en el piso, sobre una lona militar. Me atendían de forma preferencial. No hice preguntas acerca del motivo de la retención, no pregunté cuánto tiempo iba a durar aquello.

Luego comenzamos a movernos en las montañas, los desplazamientos siempre eran en la noche; trajeron una mulita la tercera noche; siempre iba un guerrillero detrás, los demás abrían trocha.

Después de pernoctar en tres sitios diferentes llegamos a una casa campesina de color rojo, encontramos un matrimonio de milicianos con un bebé de menos de un año. El comandante de la escuadra anunció la nueva instrucción: compa, llegó la orden de encadenarlo; listo, le respondí. ¿Dónde le pongo la cadena? donde quiera, dije. ¿En el pié? en la pierna izquierda entonces. Esa fue la peor noche, desperté muy asustado y agitado, finalmente concilié el sueño. Durante el día busqué en la casa y en el maletín, encontré como abrir el candado de la cadena cuando pudiera escapar. Al día siguiente, a las cinco de la mañana, quitaron la cadena.

Después vino la rutina: a las cinco de la mañana estaba despierto, a las seis de la mañana estaba esperando el tinto, a las siete el desayuno; esperaba a las 11 am el almuerzo y luego hasta las cinco de la tarde la comida, y así todos los días. A las ocho o nueve de la noche tocaba acostarnos a hacer nada; no estoy acostumbrado a dormir más de ocho o nueve horas; los guerrilleros se levantaban a las cuatro de la mañana y a las ocho de la noche ya estaban durmiendo.

En un momento ya no era consciente de que llevaba cerca de 40 días secuestrado. Uno de los guerrilleros dijo una tarde: he escuchado hablar mucho de usted en la radio, yo le pregunté: ¿cosas buenas? y él respondió que sí.

En una ocasión en el comedor, la ranchera (cocinera) estaba jugando con un guerrillero, él le apuntaba a la mano mientras ella la movía como un péndulo: “vos sos marica, no sos capaz de dispararme”. El tipo montó el tiro en la recámara y disparó el fusil. Yo me tapé la cara mientras la ranchera gritaba con la mano ensangrentada. Todos los guerrilleros se asustaron. Llegó el comandante, era sólo un dedo el que sangraba. ¡Necesitamos yodo y no tenemos! escuché decir a las guerrilleras encargadas de la sanidad. Dentro de las cosas que llevaba en el maletín, y que no me quitaron nunca, quedaba un botiquín, así que les dije tengo yodo, guantes, jeringas, gaza, utilicen lo que necesitan. Con esto le hicieron las curaciones y no perdió el dedo.

Pasados unos días se acercó el comandante: ¿le puedo decir algo que quede entre los dos? creo que lo van a liberar por ahí en unos 15 días, pero callado, no diga nada, es para que esté tranquilo.

-¿Cómo fue su liberación?

Un viernes en la tarde llegó el emisario encargado del mercado. El tipo saludó amable: “compa le voy a decir algo, tengo como buenas noticias”; luego miró al comandante y le dijo dígame usted, mejor dígaselo usted, respondió el otro. “Tengo la orden de libertad”. Me di la bendición; recuerdo haber mostrado tranquilidad: ah qué bueno, menos mal, gracias a Dios. ¿Ya se bañó? Preguntó el comandante; organícese, a las seis de la tarde nos vamos. Tengo todo listo, respondí.

Caminamos hasta otra casa grande, al día siguiente fui donde el coman-

dante del frente, él contó detalles: “llegó la orden de libertad, hay un protocolo de salida, ayer pasé las coordenadas para su liberación”.

Luego pasé a otra casa y se hizo más larga la espera.

Al día siguiente comenzamos a movernos temprano; pensé en la liberación inmediata porque la caminata inició a las nueve de la mañana y nunca viajábamos de día. Atravesamos ríos, quebradas, anduvimos por todo el Catatumbo, por zona selvática. No nos bajamos de las mulas, excepto para tomar algo. Después de 14 horas de viaje llegamos a una casa, en la entrada había una motocicleta con placas venezolanas. El día siguiente caminamos dos horas más hasta arribar a un caserío; al rato llegó una Toyota blanca también con placas de Venezuela, en la camioneta recorrimos otro par de horas. En un momento apareció una motocicleta a toda velocidad, detrás llegó la camioneta del Comité internacional de la Cruz Roja –CICR- con logos blancos, con la bandera; cuando los vi pensé ahora si es cierto, me emocioné mucho. Tranquilo, dijo alguien detrás de mí.

Del vehículo se bajó el encargado de la delegación, luego se bajaron el conductor, una abogada y una médica; el encargado se acercó y preguntó mi nombre: “no te preocupes vamos a evaluarte”; luego pasé a saludar al conductor, a la abogada y a la médica, ella tomó datos acerca de si había tenido fiebre, diarrea, vómito o gripa; estoy bien, respondí. Salieron algunas lágrimas, estaba emocionado.

Despedí de mano a los guerrilleros, abracé al operador de radio, al comandante del frente y al comandante político; agradecí a todos el cuidado. Subí al carro y salimos de allí, la felicidad era completa. No lo creía.

En el viaje comentaron que habían hablado con mi jefe y con papá. Más adelante entramos a una capilla donde estaba un sacerdote; luego, en otro caserío, nos comunicamos con mi padre, quien estaba en Medellín. Pensé que él sabía de mi liberación, el encargado de la misión lo llamó: Don Carlos, tengo buenas noticias, tengo a su hijo. Comencé a llorar emocionado, me pasaron al teléfono: Papá feliz cumpleaños -él había cumplido años el 18 de ese mes y la liberación fue el 26-, también lloró: “Llama a tu madre”. Respiré tranquilo al saber que mi papá estaba bien. Hablé con mamá y mi hermanita, la felicidad era completa.

-¿Qué siguió al momento de la liberación? ¿Cómo valora la solidaridad desplegada por tantas personas?

Llegamos al CICR de Bucaramanga, allí tuve la segunda conversación con papá: estamos manejando todo con un bajo perfil, contó. Pensé que aparte de mi familia nadie sabía del secuestro; el bajo perfil era la liberación: todo el país sabía lo que había pasado.

Nos reunimos papá, mamá, mi hermanita y una funcionaria del CICR, ella nos pidió responder unas preguntas teniendo en cuenta que era la primera vez que pasaban tanto tiempo con un secuestrado, porque generalmente llegan en helicóptero y los entregan inmediatamente.

La funcionaria preguntó a mi hermanita sobre cuál fue la primera cosa que hicieron al momento de la retención. Ella narró cosas como estas: “hicimos una página en Facebook donde hay alrededor de 5000 seguidores constantes, hicimos pancartas, camisetas, hablamos con la FM, RCN, Caracol...”. Luego habló del respaldo de la gobernación de Caldas, la alcaldía, la Iglesia, La Defensoría del Pueblo, el ejército, la policía... describió los pormenores de una marcha donde el rector de la Universidad de Caldas caminó con una pancarta con mi fotografía. Me costó mucho tiempo asimilar todas estas manifestaciones de cariño. En el periódico La Patria de Manizales día de por medio aparecía una nota sobre el secuestro; también en Caracol en la hora matutina decían los días que llevaba secuestrado. Mi papá logró que la FM hiciera un programa en vivo; demoré alrededor de 15 días en asimilar toda esta información.

Al regresar a Manizales y ver a los periodistas esperando entendí la magnitud de la movilización social, supe por qué me cuidaba la guerrilla.

Mi hermanita cuenta cómo la primera noche alcanzaron a tener las primeras 1000 personas pendientes en Facebook. Comencé a ver noticias y documentales. Pienso que cuando la guerrilla se dio cuenta que no era trabajador de una empresa tomaron otra actitud (en el momento del secuestro les dieron un bono a quienes me llevaron). Supongo que cuando se dieron cuenta que no trabajaba para una empresa minera, sino con la Universidad de Caldas, empezaron a darme otro tratamiento.

A uno lo tocan por dentro todas estas manifestaciones de solidaridad. Al llegar a la Universidad y ver pancartas, bombas, fiestas, fue impresionante.

Ahora celebro las cosas sencillas: un té, un vaso con agua fría, tener cama, almohada, escuchar música, tener el control remoto, salir a hablar con personas, es lo mejor del mundo. El secuestro debe terminar; no más secuestros.

La experiencia pacifista como apertura de los mundos políticos, eróticos y poéticos¹

Julián-Andrés Loaiza de la Pava²



Si se entienden las movilizaciones pacifistas en tanto ampliaciones de los mundos marcados por las violencias, entonces podemos entender a estas últimas como “*contracciones*” de la vida, marcadas por expresiones de totalitarismo: ocultamientos, homogenizaciones, estigmatizaciones, colonizaciones.

En esta otra perspectiva no se entienden la paz y la violencia como contrarios, sino más bien como continuidades, por lo que no interesa definir una y otra, sino encontrar en sus tensiones, las posibilidades de movilización del mundo, de transformación y acción fundacional de alternativas para habitar sus territorios, haciendo de este habitar un ejercicio de experiencia expandida.

Para este ejercicio se ha recurrido a figuras mitológicas que representan poéticamente tanto las herramientas conceptuales propuestas por J. Galtung (1998), así como las emergencias, los nacimientos en la comprensión de estas tensiones.

La primera expansión se encuentra entre la paz negativa y la

1 Este Artículo es resultado de la tesis doctoral: “Niños, Niñas y Jóvenes Constructores-as de Paz”. Una experiencia de Paz Imperfecta desde la potenciación de subjetividades políticas”. Esta tesis se ha desarrollado en el marco del programa doctoral en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud de la Universidad de Manizales y el CINDE. Fecha de terminación, noviembre de 2015.

2 Doctor en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud. Magister en Educación y Desarrollo Humano y Licenciado en Educación Física y Recreación. Su trayectoria investigativa se ha centrado en los procesos de socialización política en el despliegue de subjetividades y subjetivaciones desde la Escuela como escenario de prácticas educativas encaminadas a procesos de construcción de paz en una mirada epistémica de la paz plural e imperfecta. E-mail: jloaiza@cinde.org.co

paz positiva definidas por Galtung, con ella ha sido posible comprender la emergencia de una forma de paz sobre la que se ha construido la idea de una paz política que emerge como posibilidad para entrar en relación con el mundo y fundar nuevas posibilidades. Esta experiencia de la paz política está mediada fundamentalmente por la palabra, la razón, la utilidad al proyectar aquello para lo que se hace y fundamentalmente acontece en el mundo de la polis, de lo público.

La segunda expansión de la experiencia pacifista que se reconoce es aquella que emerge de la relación entre la paz negativa y la paz cultural. Esta relación está determinada por la erótica, en la que el cuerpo (*desnudo*) dispone la relación con los otros en el campo de la inutilidad, del ocio y del habitar en presente, y acontece en la pasión desatada en el espacio íntimo, del iokos, donde el cuerpo puede aparecer desnudo (sin ocultamientos, sin disfraces) ante los otros.

La tercera emergencia a reconocer es la de la poética, resultante entre la paz cultural y la paz positiva. La poética como ejercicio de la ficción del mundo capaz de poner en relación, la heterotopía como posibilidad, como puente que permite el tránsito entre las pasiones y las razones, entre las políticas y las eróticas, entre la polis y el oikos. En este sentido la *paz poética* se ubica en el lugar del útopos, del (no)lugar donde la perspectiva es la estética como punto de inflexión del acontecimiento pacifista.

Virtudes: La justicia, la amistad y la pluralidad. Expresiones de la experiencia pacifista

La virtuosidad es la capacidad de hacer comprensiones de la vida haciendo de esta una obra de arte. Las virtudes se han definido en términos de la *Justicia* y la *Amistad*.

La primera entendida como equilibrio, armonía y reciprocidad, las cuales describen el carácter y la impronta de las acciones que tienden al fin del horizonte común, al bien común que no está dado más que por la felicidad. Esta forma de justicia valida dos de sus expresiones como posibilidades para alcanzar la felicidad; por un lado el principio del agonismo, como condición propia del universo en tanto todo se crea y recrea en un constante movimiento entre las fuerzas, sin que con ello se pretenda la prevalencia absoluta de una sobre la otra. La otra forma de la justicia para alcanzar la felicidad es el reconocimiento de la igualdad; siguiendo la idea anterior, en la que se reconoce la contradicción como generadora de movimiento, es necesario entonces validar la propuesta de la igualdad en la diferencia. De esta manera lo distinto no aparece como contradicción, sino como complemento obligado.

En este marco, la paz podría ser entendida como la capacidad para aconte-

cer en la felicidad de la comunidad como *praxis* que se realiza en su propio acontecer y que implica su propia causa, sin que ninguna causa ajena lo impida. Es decir, la paz es causa de sí misma.

La segunda virtud, la amistad, se puede reconocer en tres escenarios: ser amigo de sí mismo, amigo de otros y amigo de los parientes. La primera es la más compleja, pues exige un descentramiento de lo que se cree ser, y se propone como ejercicio de la coherencia entre las razones y las pasiones, las consecuencias para saber y hacer; y finalmente, la soledad como escenario para encontrarse y valorar lo que se es, sin el ruido ensordecedor y abrumador del afuera.

Este ejercicio de la amistad consigo mismo (*filautía*), permite a la persona un ejercicio de libertad, al alcanzar la capacidad para “ser causa de sí mismo”; es decir, la posibilidad de que el sujeto mismo ponga límites a las acciones; se trata del fundamento de la ética.

Por otro lado, la amistad con los otros se reconoce en: la convivencia, el placer, la utilidad y la bondad. La amistad lograda en la convivencia permite a los seres humanos ser amigo de otros, la amistad por placer y utilidad permiten la construcción de amistades contingentes y efímeras, mientras que la amistad por bondad nos permitirá hablar de una “amistad política” en tanto deseo de vida-buena sobre el otro que garantiza su permanencia y por lo tanto la idea de una comunidad política. La amistad bondadosa se rige por su carácter de reciprocidad necesario en la comunidad política de permanencia.

Erótica como afirmación de la vida

Teniendo en cuenta la idea de Bataille (1971) de que el “*erotismo equivale a afirmar la vida incluso hasta la muerte*” es necesario comprender que la idea de la vida, aquí será entendida como continuidad del ser, en la que la muerte no es sino una confirmación de la vida, en la que la vida se expande y contrae permanentemente.

La aprobación de la vida, acontece cuando el hombre abre la puerta que posibilita el erotismo, pues este entra en el pasaje de lo desconocido en el que los participantes se la juegan todo. Construyendo, por un instante, un espacio soberano donde el azaroso juego de mantenerse en la obra de la muerte que rompe a cada momento el ser cerrado, significa poner a prueba toda voluntad o fuerza de querer siempre más. (Bataille citado por Pérez, 2015:128)

El evento erótico como afirmación de la vida lleva a lo desconocido, y allí el conocimiento y la razón son desplazados por el gusto y el desborde de la existencia (de lo existente) y lo desconocido se abre a partir del desplazamiento de la seguridad que brinda la razón al hombre.

El erotismo se concibe como la puerta de entrada a lo desconocido, lugar en el cual el hombre se arriesga experimentando eventos accidentales que renuevan la vida misma. (Pérez, 2015:129)

El erotismo al centrarse en el presente y superar el futuro/proyecto, suprime la violencia del deseo que acontece en la necesidad del futuro; su papel es arrojarnos a un deseo del otro, del encuentro y la permanencia en común. En el momento erótico se debate el hombre entre lo habitual y lo desconocido, allí la razón no alcanza a asistir, porque esta está puesta en el mundo por-venir y no en el presente cotidiano.

La búsqueda psicológica que entraña el erotismo es una respuesta que expresa la necesidad profunda de comunicarse con la vida no aislada, no separada. Esto implica un desgarramiento violento de su ser, de sus propios límites enraizados en su individualidad, ponerse fuera de sí en la aventura de amar a otro. Es por eso que el erotismo es la exigencia de la muerte del individuo en la disolución de su ser discontinuo, es necesario que perezca en la experiencia amorosa, para acceder a un sentimiento en la fusión con el otro, participando por breves instantes del todo de la vida. (Pérez, 2015:130-131)

Siendo la erótica la deconstrucción de la humanidad (en el sentido de la labor y el trabajo en la razón arendtiana), es la poética la que pone el horizonte —utópico— para ficcionar el mundo y crear nuevas posibilidades, dispone de los nacimientos de nuevos mundos, de nuevas experiencias que se expanden con esos nuevos mundos.

El abrazo entre dos cuerpos disuelve por un instante la individualidad de los seres y funda, también en un instante, el entre-nos, la emergencia, el nacimiento del sujeto en el que se disuelve el individuo.

Experiencia poética

La imagen poética nos concierne en el sentido de hacerse experiencia poética que atraviesa la conciencia trascendente del individuo. La perspectiva poética genera resonancias en una imagen completa, que ve el todo y no solo las partes, lanzando la complejidad del fenómeno observado, abriendo nuevas posibilidades, significados y sensaciones. Se trata de pasar fonomenológicamente a imágenes no vividas, de vivir lo no vivido y abrirse a una apertura del lenguaje (Bachelard, 1993:18)

La poética trae el pasado y lo relanza al futuro ficcionando tanto lo que fue como lo que puede ser, haciéndolos más amplios, expandidos. En igual ejercicio, la poética encuentra el umbral como horizonte entre la pasión de la erótica y la razón de la política, en una resonancia de lo íntimo y lo privado de la experiencia y más allá de esta.

En este sentido, la imaginación, como una potencia mayor de la naturaleza humana aparece como facultad de producir imágenes. “La imaginación, en sus acciones vivas, nos desprende a la vez del pasado y de la realidad. Se abre al porvenir” (Bachelard, 1993:21) ¿cómo prever sin imaginar?

Con la poesía, la imaginación se sitúa en el margen donde precisamente la función de lo irreal viene a seducir o a inquietar –siempre a despertar– al ser dormido en su automatismo (Bachelard, 1993:21)

El momento estético no “*da tiempo*” a la reflexión o los juicios de quien está en frente de estos. El cuerpo estético está libre de las trabas de la lógica o la explicación; permitiendo, de esta manera, el desborde de una nueva percepción o visión en una producción orgánica, del todo, más allá de las partes.

El “momento estético” ocurre, tiene un lugar y tiempo con la aparición de la *resonancia* de la experiencia con la que nos encontramos; resonancia que conecta la inmediatez de la realidad, como lo finito. Lo trascendente con la permanencia de la experiencia, como potencia. El *momento estético* es la ocurrencia de una imagen que nos deja sin aliento, solo un suspiro por el cual liberamos el ejercicio del acercarnos a la experiencia y que solo se expresa como un leve eco, que retumba en nuestro cuerpo y en nuestro territorio; provocando la disponibilidad para estar, por ejemplo, frente al conflicto, desde un todo orgánico, desde la complejidad de la experiencia y con la apertura al resonar, al eco de esta en el cuerpo y, de este, al territorio habitado.

El recuerdo-imagen nos permite separarnos del presente para lanzarnos al pasado en una actualización afectiva de la experiencia, que desemboca en un re-acontecer que es capaz de performar el cuerpo que somos y de esta manera, dar paso a la imaginación estética en la transformación de los conflictos.

La poética emerge al sujeto como posibilidad de re-existencia agotada en la corrupción del escenario y los actores políticos y encerrada en la intimidad del oikos donde se esconde para guardarse del miedo que funda lo corrupto en lo público. Nos lanza a la natalidad desde la apertura de preguntas como ¿qué es lo real y qué es lo especular? Preguntas que hacen eco y resuenan en la conciencia para mover los límites difusos entre lo real y lo especular que precipitan una nueva manera de pensar el habitar poético (Pineda, 2014:62)

La poética no es simple mimesis que representa una realidad, es la condición de posibilidad de ampliar, expandir el mundo representado, *utopizar* esa realidad, expandiendo el mundo, hacen de la poética una experiencia que configura al sujeto en tanto sus categorías, pero al mismo tiempo desde la posibilidad perceptiva del mundo una “experiencia viva no una imitación” (Pineda, 2014:76). La poética actúa como experiencia creadora que da lugar al nacimiento del mundo vivido, a la potencia del sujeto en el mundo, un sujeto desatado a la creación y no solo a la reproducción del mundo que desea, siente e imagina vivir.

Poéticamente nada le pertenece al hombre, lo que aparecía en el interior del hombre se desliza hacia el afuera de la naturaleza que deviene en un poema (Pineda, 2014:83)

De esta manera, si según Pineda (2014:135) “la guerra aparece allí donde la palabra se torna imposible”, entonces allí donde la palabra poética emerge, la guerra se torna imposible, por eso la paz política se hace obligada en la emergencia del acontecimiento dialógico y relacional con la erótica y se establece como *útopos*, umbral, entre la *polis* y el *oikos*.

Así el *útopos* es el (no)lugar de la experiencia en tanto escenario de la aparición de la sensación y el saber qué hace al ser, ser. El ser es en la utopía. De esta manera, el ser es experiencia en tanto comprensión que a su vez permite la experiencia.

La poética permite “convivir con el natural miedo de lo oscuro, como aquello que todavía no es apreciable, impidiendo que este se convierta en terror” (Sorrentino, 2009:23) contrario a lo que sucede en el ámbito de la metafísica en el que se espera que todo aparezca. Por ello, la poética nos permite movernos entre la obsesión totalitaria de verlo todo, de iluminar lo oscuro, y el miedo a los monstruos que habitan en la oscuridad, ficcionando en la construcción del horizonte de la apariencia, de la utopía. Si todo fuera público (luz) no habría acción posible, igualmente si no existieran espacios comunes-públicos.

Puntos de arribo

La expansión de la experiencia no se alcanza en la inmediatez de la erótica, ni en la prolongación del futuro en la política, ni olvidando la acción poética que ficciona los mundos posibles; más bien, la expansión de la experiencia se logra en la emergencia de todas estas en un *continuum*.

El mundo común es el correlato de prácticas (praxis y poesis) que lo sacan a la luz, que es aquí, el horizonte de la apariencia y se construye como el espacio pre-político en Arendt. (Sorrentino, 2009:21)

Así, la experiencia se comprende como expansión, no solo de lo que se conoce, sino del mundo que se habita. Dicha expansión logra transitar en un movimiento que abre al sujeto a nuevos mundos.

Erótica	Deconstruye	Desfallecer de sí	Desmesura	Inmanencia
Poética	Ficciona	Nacimiento de sí	Fundación	Permanencia
Política	Construye	Permanecer de nos	Control	Trascendencia

Tabla 1: Elaboración propia

Bibliografía

AMENGUAL, G. (2007). El concepto de experiencia: de Kant a Hegel. Tópicos, (15), 1-20. Recuperado en 29 de abril de 2016, de http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1666-485X2007000100001&lng=es&tlng=es.

ARENDT, H. 2012. La condición Humana.: Paidós.

BACHELARD, 1993, La Poética del Espacio. Fondo de Cultura Económica. Colombia.

BATAILLE, G. 1971. Erotismo. Madrid: Taurus

GALTUNG, Johan. 1998. Tras la violencia. 3 R: reconstrucción, reconciliación, resolución. Afrontando los efectos visibles e invisibles de la guerra y la violencia. Bilbao: Bakeaz.

PEREZ, M. 2015. El Sentido del Erotismo. Revista Ciencias y Humanidades, Vol 1, No. 1. Junio – Diciembre. pp: 125-150. Medellín

PINEDA, J. 2014. Geopoéticas de la Guerra. Tesis Doctoral. Doctorado en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud. Universidad de Manizales – CINDE.

SORRENTINO, V. 2009. Amor Mundi y Política en Hannah Arendt. Rev. Laguna No. 25, pp: 19-30. España



Pensando en otras maneras de la paz

Jaime Pineda-Muñoz



Una extraña sensación abriga nuestro deseo de pensar. La sensación de estar aconteciendo en el preámbulo de una nueva época convoca nuestras miradas y desata nuestras palabras. Hace algún tiempo venimos conversando en torno a la construcción de la Paz en Colombia, y después de sesenta años destinados a imaginar la vida en medio de la guerra, el rostro del presente parece cambiar de expresión. Ya no somos tan sólo el eco solitario de la denuncia, ni el susurro temeroso de la disidencia, ya no comparecemos ante lo cotidiano bajo el peso del conflicto armado, ya no exigimos una solución política, ahora la estamos viviendo.

Las negociaciones volvieron a nuestra historia, y las memorias de lo sucedido en anteriores procesos de paz debe permitirnos reconocer la complejidad de lo que hoy esperamos de la Habana, y debe permitirnos exigir garantías de no repetición. Nos deberíamos obligar a decir que no soportamos otro fracaso más, ni un exterminio más como el que tuvo lugar después de los acuerdos de La Uribe Meta, que los esfuerzos de la Insurgencia y el Estado deben conducir a otra comprensión de la política en Colombia, al margen de la Doctrina de la Seguridad Nacional, por fuera de la tesis del Enemigo Interno y sin más criminalizaciones de la lucha social, que hagan posible vivir el conflicto, inherente a toda sociedad, en clave del agonismo y no del antagonismo.

Porque no basta con exigirle a la insurgencia que abando-

ne la lucha armada, si al mismo tiempo no le exigimos al Estado que abandone todas las formas de Terrorismo que ha puesto en práctica desde el siglo pasado para asegurar el despojo de tierras, el poder del Capital y el estatus quo de la clase dominante.

Desafortunadamente las señales siguen siendo contrarias a nuestros anhelos, y por eso la sensación que abriga nuestro deseo de pensar, se torna tan extraña. Las conversaciones en la Habana parecen avanzar, y los desafíos jurídicos parecen resolverse poco a poco, sentimos que estamos cerca del desarme de miles de combatientes, que ya no estamos condenados a una pacificación del territorio (barbarie paramilitar) sino a una territorialización de la paz (concentración insurgente); pero al mismo tiempo la represión y la estigmatización de los campesinos e indígenas de las Mingas que hoy exigen en las calles lo que se les ha negado en las mesas del Ministerio, dejan un aterrador saldo de 3 manifestantes muertos, 178 detenidos y 200 heridos... Como si se tratara de un teatro de operaciones o de un campo de batalla...

En la Habana se discute el final del conflicto armado, mientras en el Cauca y el Catatumbo se agudiza el Conflicto Social... Lo paradójico es que seguimos hablando de Paz sin vivir una sola transformación estructural que ponga fin a las causas que generaron los alzamientos armados en las décadas del cincuenta y el sesenta. Lo paradójico es que seguimos hablando de Paz sin asistir a una sola transformación cultural que interrumpa la estigmatización de quienes luchan sin armas por ese espacio de dignidad que nadie está dispuesto a entregar tan fácilmente.

Será una Paz extraña la que respaldaremos con un Plebiscito, una Paz que saca de la contienda una facción de las fuerzas beligerantes pero que no desarma la mentalidad esculpida por décadas de confrontación.

Un antiguo jefe Paramilitar insistía en la tesis de los dos fusiles en Colombia: De un lado el fusil físico, ese que entregaron más de 30.000 combatientes de las Autodefensas en el marco de Justicia y Paz, y que de seguro entregarán otros miles de combatientes de la Insurgencia en el marco de la Justicia Transicional; pero de otro lado está el fusil mental, ese que parece no entregarse en ningún acuerdo, en ninguna negociación, en ninguna desmovilización. El fusil mental camina por las calles de las grandes ciudades, habla airadamente desde el Capitolio, es la justificación de toda limpieza social y por desgracia, será la legitimación de un nuevo exterminio político...

El fusil mental también mata, es el que portan las Transnacionales mineras que lentamente se apoderan de las tierras de los campesinos e indígenas para convertir el país en una mina a cielo abierto; es el que portan los aparatos de seguridad del Estado que aún declaran enemigo al líder sindical, al dirigente estudiantil y al activista de Derechos Humanos...

El fusil mental es el que alimenta la cultura de la ilegalidad, la normalización de la muerte, el hábito de matar por ajuste de cuentas... El fusil mental estructura toda una gramática de la guerra que nos enseñó a decir que si lo mataron fue por algo, que declara enemigos al por mayor, que llena la página de Sucesos de la Patria y reproduce el ciclo de las violencias cotidianas. El fusil mental no se está negociando.

Quizá por ello debemos ocuparnos de las guerras que quedan después de la Habana, con la mirada puesta sobre las otras paces que estamos obligados a construir. Tal vez las palabras de un filósofo y pedagogo colombiano nos permitan imaginar este desafío: “Un pueblo maduro para el conflicto es un pueblo maduro para la paz”...

Y en el intervalo que estas palabras producen en nosotros y nos dan que pensar, nos preguntamos, ¿somos un pueblo maduro para el conflicto? ¿Estamos cambiando nuestra mentalidad guerrera y nuestra tradición violenta para encarar de otra manera los conflictos que atraviesan este presente?

No todo en Colombia se puede leer bajo el espectro del Conflicto Armado, existen mínimo tres modos de comprender la Violencia y por ende, tres modos de comprender la Paz: La Paz Negativa, que es ausencia de guerra; la Paz Estructural, que es ausencia de desigualdad social y la Paz Cultural que es ausencia de fusil mental.

Como los negociadores plenipotenciarios del Gobierno han aclarado hasta el cansancio que en la Habana no se está negociando el Modelo Económico que en Colombia genera la desigualdad Social, la Paz Estructural no la podemos esperar con el Post-Acuerdo, habrá que conquistarla desde abajo, en una negociación postergada entre los Movimientos Sociales, los Gobiernos de turno y los dueños de los medios de Producción.

La Paz Cultural por el contrario será una conquista de la Escuela, una gesta del Maestro en el aula, un triunfo de la pedagogía, una deconstrucción de imaginarios, un reencantamiento de Paideia...

Y es esta hermosa palabra la que nos hace comunes, la que nos entreteje y nos devuelve un horizonte común; nosotros que no somos combatientes sino Maestros, que no somos represores sino profesores. En nosotros recae la responsabilidad de desarmar a la sociedad, extirpar el fusil mental, abrazar de nuevo la palabra... No olvidemos que la guerra comienza allí donde la palabra se torna imposible.

La Escuela es el lugar donde sólo la palabra tiene sentido. En la Escuela acontece aquello que el poeta Roberto Juarroz declaraba:

“Detener la palabra un segundo antes del labio, un segundo antes de la voracidad compartida, un segundo antes del corazón del otro, para que haya

por lo menos un pájaro que puede prescindir de todo nido. El destino es de aire. Las brújulas señalan uno solo de sus hilos, pero la ausencia necesita otros para que las cosas sean su destino de aire. La palabra es el único pájaro que puede ser igual a su ausencia”.

En la Escuela hay que detener la palabra Paz un segundo antes del labio, un segundo antes de la voracidad compartida. Detenerla para donarla de sentido, densidad y mayor profundidad que lo que logra el Estado o el Mercado. En la Escuela es preciso detener la palabra para saborearla, profesarla, amarla, y una vez pronunciada, esa palabra será sentida, habitada, amada. Sólo en la Escuela la palabra Paz cobra vida, porque en la Habana es un cálculo de la correlación de fuerzas, en el Congreso es un botín electoral, en las Cortes es un desafío jurídico. ¿Dónde es la Paz una palabra que abriga y orienta la vida? Como muchas de las palabras que soportan nuestra existencia, es el aula el vientre que las ha dado a luz. Por fuera del aula son sólo consignas, nunca llegarán a ser ideas.

Es por ello que a diferencia de lo que pensaba la poetisa Alejandra Pizarnik, cuando afirmaba que las palabras no hacen el amor porque hacen la ausencia, la palabra Paz hace su presencia, marca su existencia. Su realidad depende de nuestra profesión, porque somos nosotros los que profesamos, es ese el fondo de ser profesor. Somos los que por una filiación misteriosa con el saber, estamos obligados a enunciar lo que sabemos y a escuchar lo que otros saben. El profesor es aquel que asegura la supervivencia de una Cultura.

La Escuela es el territorio en el que se construye la Paz Cultural, allí nacen no sólo las emancipaciones del presente, sino también las imaginaciones del futuro. Para nosotros la Paz es una palabra cercana a la utopía, y va más allá de la Habana. Una utopía no es lo irrealizable, es lo que se convierte en horizonte y nos ayuda a caminar, nos devuelve la esperanza. Para construir la Paz Cultural desde la escuela, es preciso un reencantamiento de Paideia.

Paideia es una hermosa palabra que se nos manifiesta cuando meditamos en torno a la educación y acontecemos en medio de la Escuela. Aunque leve y muy tenue, esta palabra resuena en el sentir de la época.

Se preguntarán para qué hablar de la Paideia, de su esplendor y decadencia, de sus límites y sus fisuras; se preguntarán para qué evocar la Paideia en la construcción de la Paz; se preguntarán para qué anunciar una palabra desplazada ya por el dominio instrumental de la pedagogía, por el dispositivo axiológico de la escuela y por la impronta economicista del sistema educativo...

Se preguntarán para qué movilizar el pensamiento hacia estas márgenes donde yacen antiguas y venerables palabras; más aún, se preguntarán por qué en clave de un re-encantamiento, y al mismo tiempo se preguntarán, ¿será acaso que se ha consumado el desencantamiento de Paideia como correlato del desencantamiento del mundo que adviene con la guerra?

La fecundidad de una respuesta depende de esta condición: Aceptar que toda inquietud educativa implica, en su espesor filosófico, pensar la Paideia de la época que somos. La historia de nuestra civilización occidental es evidencia de lo que aquí decimos. Cada momento histórico inscribe un tipo de humanidad en un orden de saber, en tensión y permanente conflicto. ¿Qué tipo de humanidad somos? ¿Qué tipo de humanidad dejamos de ser?

Werner Jaeger, quien gozó de la serenidad para mostrarnos las profundidades de la Paideia, comprendió que el tipo de humanidad sobre el cual se edifica esta civilización se aloja en los ideales de la cultura griega. Desde Homero hasta Demóstenes, Werner Jaeger acudió a la Paideia como una trama esencial de los saberes, los hábitos, las acciones, los principios de una época, aquello que nos confiere humanidad...

Allí donde Jaeger encontró los cimientos de nuestras maneras de ser en el mundo, también halló esperanzas en medio de la tempestad de la segunda guerra mundial. Sus palabras son el mejor motivo para anunciar lo que nos proponemos en este pequeño exergo:

“Todo pueblo que alcanza un cierto grado de desarrollo se halla naturalmente inclinado a practicar la educación... la educación es el principio mediante el cual la comunidad humana conserva y trasmite su peculiaridad física y espiritual... el hombre sólo puede propagar y conservar su forma de existencia social y espiritual mediante las fuerzas por las cuales la ha creado, es decir, mediante la voluntad consciente y la razón (...) En la educación, tal como la practica el hombre, actúa la misma fuerza vital, creadora y plástica, que impulsa espontáneamente a toda especie viva al mantenimiento y propagación de su tipo... Pero adquiere en ella el más alto grado de su intensidad, mediante el esfuerzo consciente del conocimiento y de la voluntad dirigida a la consecución de un fin (...) Este libro se escribió durante el periodo de paz que siguió a la primera guerra mundial... Ya no existe el mundo que pretendía ayudar a reconstruir... Pero la Acrópolis del espíritu griego se alza como un símbolo de fe sobre el valle de muerte y destrucción, que por segunda vez en la misma generación atraviesa la humanidad doliente... en este libro esa fe de un humanista se ha convertido en contemplación histórica...”

Educar es un acontecimiento colectivo, una huella de la cultura, rasgo ejemplar de una Comunidad de ideales. ¿Para qué educar? Para conservarse y preservarse como comunidad; para instaurar un eidos, un telos; para fundar algo que permanezca...

Si esperamos que la Paz perdure, debemos inscribirla como un rasgo peculiar de nuestra cultura, imaginarla como un signo que guía nuestro destino histórico, encararla como un símbolo que se alza sobre el valle de muerte y destrucción que nos ha asolado durante tanto tiempo.

El pedagogo contempla la esperanza en la Paideia y en su espíritu se refleja la necesidad de re-encantar el mundo. En el aula tiene lugar el lamento pero también el consuelo de todos los humanismos... La Paz es un asunto de humanidad, prepararnos para la Paz implica saber que esa palabra no está por fuera de nosotros, que no viaja en la maleta de los negociadores, que no está en el fallo de la Corte. Prepararnos para la Paz implica reconocer que tenemos que disponernos para pronunciarla, para enseñarla, para inscribirla en el alma de esta época, sin más epopeyas ni cantos épicos, sin himnos de guerra, sin fusiles mentales. La Paz Cultural reclama otra pedagogía que no se agota en una cátedra ni en una exigencia ministerial. Su instrumentalización es su pérdida, el camino allanado hacia otro fracaso más... Y eso es precisamente lo que no nos permitiremos.



Una guerra que se extingue

Ricardo Correa-Robledo



El 23 de junio de 2016 se ordenó el fin de la confrontación bélica más prolongada que ha sufrido el país en su vida republicana. Ese es el sentido del acuerdo logrado por el Gobierno Nacional y la guerrilla de las Farc en La Habana sobre el punto específico de “Cese al fuego y de hostilidades bilateral y definitivo y Dejación de Armas”. En últimas, esa es la esencia de las negociaciones que se han surtido en Cuba por casi cuatro años: que acabe la guerra.

Si bien esta guerra ha tenido una densidad diferente, más baja que las pasadas confrontaciones entre ejércitos u organizaciones armadas bien definidas, con mando y estructura militar, su efecto acumulado ha sido similar, de la misma envergadura que las peores guerras que hemos padecido en nuestra vida republicana. Los dos referentes más significativos en esta materia han sido la Guerra de los Mil Días (1899 a 1902) y el período de confrontación bipartidista liberal conservadora que arranca con el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán en 1948 y se extiende por aproximadamente diez años. En ambas guerras civiles, los muertos se han estimado entre 200.000 y 300.000. El período de guerra que estamos cerrando, de medio siglo, ha dejado por lo menos 220.000 muertos, decenas de miles de secuestrados y extorsionados, millones de desplazados, centenares de pueblos afectados de forma grave, daños tremendamente cuantiosos a la infraestructura eléctrica, petrolera y vial del país y afectaciones serias a la economía nacional. A este propósito es útil acudir al informe del Centro

Nacional de Memoria Histórica sobre el último medio siglo de violencia en el país y que lleva por nombre ‘¡Basta Ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad’ (2013). Este medio siglo de conflicto armado se ha incrustado de manera transversal en la vida cotidiana de miles de comunidades a lo largo y ancho del país, generando una patología social que de tanto durar llega a percibirse como normal. Por último, la guerra que estamos cerrando ha permeado totalmente el espíritu nacional, ese estado de ánimo que de una u otra manera está presente en las diferentes comunidades y en general en todos los ciudadanos. Tal vez esto último se empezará a percibir una vez se firme el pacto de paz definitivo entre el Gobierno Nacional y las Farc. Solo por la ausencia de esa perturbación colectiva, solo cuando empecemos a ver que esta guerrilla ya no existe, en ese momento, haremos conciencia de que vivíamos en un estado alterado.

Ahora bien, se podría argumentar que el inventario de muerte y destrucción de estos últimos cincuenta años va mucho más allá de lo hecho por las Farc, que han sido muchos más los actores del conflicto armado que hemos padecido, que por lo tanto es exagerado hacer una relación directa de todo lo sucedido con esta guerrilla, por lo cual el capítulo que estamos cerrando no tiene el peso histórico que se le quiere atribuir. Esto tiene algo de cierto, pues los actores han sido múltiples, todos con sus respectivas responsabilidades. Además de las Farc ha habido un número plural de guerrillas: M-19, Eln, Epl, Prt, Quintín Lame, y otras más desconocidas; a su vez fuerzas de contrainsurgencia como los paramilitares y las autodefensas, y por último el Estado mismo que ha participado en esta guerra bajo mandato constitucional, pero que en no pocas ocasiones a lo largo de medio siglo ha quebrantado la ley y ha cometido delitos y crímenes, unas veces por su propia cuenta a través de la Fuerza Pública y otras veces en asocio con privados.

Sin embargo, las Farc han sido el epicentro de esta larga confrontación, han tenido mayor peso específico militar que las otras guerrillas y han sido la principal causa de las respuestas armadas de paramilitares y autodefensas, a cuya cuenta se puede acreditar una buena parte del daño causado, especialmente en los últimos veinte años. Las Farc han sido en términos clásicos de la estrategia militar, el centro de gravedad del conflicto armado interno colombiano. Y esto no es de poca monta.

Una vez desaparezcan las Farc como guerrilla no quedará resuelto el problema de la violencia de naturaleza política en Colombia. Queda un remanente de consideración: el Eln. Sin embargo, su peso es sustancialmente menor que el de las Farc. Además, si bien hay dificultades en el camino y no hay claridad para el inicio de las negociaciones, la probabilidad de que se adelanten y salgan adelante son altas, y esto en parte por lo ya andado con las Farc. Y si en el peor de los escenarios no arranca una negociación, el Estado tendrá más recursos concentrados para su contención, lo cual tarde que temprano

llevará a la mesa. Eso sí, cuanto antes haya negociación formal mucho mejor.

Un acuerdo de paz con las Farc no significa el cese de la violencia en Colombia, pues esta tiene muchas fuentes. Por una parte, queda la violencia generada por problemas de convivencia ciudadana y la delincuencia común, la cual es grave. Por otra parte, tenemos que afrontar el fenómeno de las Bandas Criminales Emergentes – BACRIM, herencia del paramilitarismo de la década pasada, que si bien no son organizaciones políticas con aspiraciones de poder nacional, sí van mucho más allá del ejercicio de una actividad criminal exclusivamente con fines económicos, pues llegan a ejercer poder real en muchas comunidades, restringen los derechos civiles y políticos, controlan un espectro muy amplio de actividades económicas y constriñen el ejercicio de la autoridad de las gobiernos locales y en ocasiones algunos departamentales. La mejor prueba de su creciente poder son los llamados que hacen a ‘paros armados’, que se traducen en la parálisis total de amplias regiones que cubren varios departamentos. Si bien estas organizaciones tienen su epicentro delictivo en el narcotráfico, su actividad se extiende, como ya se dijo, a muchas dimensiones sociales con gran afectación. Sin duda que acabada la confrontación con las guerrillas, las BACRIM quedarán como el principal desafío de seguridad para el Estado. Pero no se puede controvertir que el elemento más perturbador en este terreno desaparecerá con la firma del acuerdo final entre el Gobierno Nacional y las Farc y el posterior respaldo ciudadano que este acuerdo reciba a través del plebiscito.

Un poco de historia

La confrontación guerrillera que hemos vivido por más de cincuenta años es en últimas una continuación de La Violencia, período de sangrienta lucha entre conservadores y liberales que si bien se establece con límites temporales entre 1948 y 1958, tiene sus raíces un poco más atrás, a mediados de los años cuarenta del siglo pasado. El asesinato del candidato presidencial liberal Jorge Eliecer Gaitán el 9 de abril de 1948 marcó el principio de una década tremendamente sangrienta para el país y con eventos en alguna medida similares a los que hemos vivido en las últimas dos décadas, en especial en lo relativo al desplazamiento de personas, el despojo de tierras y la sevicia en los homicidios.

Sin lugar a dudas, la figura central de toda la historia de las Farc es Manuel Marulanda Vélez, llamado realmente Pedro Antonio Marín. El jefe histórico de esta guerrilla tomó su nombre de combate de un sindicalista antioqueño asesinado bajo detención en 1953 durante el gobierno de Laureano Gómez. También fue conocido como Tirofijo, pues parece que en sus primeros años de guerrillero se hizo célebre por su buena puntería.

El levantamiento liberal ocurrido con el asesinato de Gaitán provocó que Marulanda tomara las armas en compañía de un buen número de familiares. Para ese entonces se movía entre el Quindío y el norte del Valle. Muy pronto estaba liderando las guerrillas liberales de la región, y al muy poco tiempo estaba operando en sintonía con las guerrillas comunistas. En escasos años él mismo hizo el tránsito a comunista, y para finales de la década del cincuenta no había duda de su orientación política. Desde 1948 hasta su muerte en 2008, sesenta años, su vida estuvo dedicada a la guerrilla, con una breve interrupción entre 1959 y 1960, cuando se desmovilizó y reincorporó a la vida civil trabajando como inspector de caminos en las carreteras del Huila. Regresó a las armas luego de que su amigo de guerrilla Jacobo Prías Álape, alias 'Charro Negro' fuera asesinado por José María Oviedo, quien fuera también guerrillero liberal y luego una especie de paramilitar de la época apodado 'Mariachi'.

Prácticamente se podría decir que no hay interrupción del movimiento guerrillero desde 1948 hasta hoy. Lo que sucede es que desde ese año a 1964, año de fundación de las Farc, se da una sustancial transformación en su naturaleza política y sus pretensiones. De una guerrilla básicamente liberal se pasa a una comunista y de un movimiento de reacción a la violencia conservadora se pasa a un movimiento de reivindicación agraria y luego de ideario comunista por un Estado socialista. En esta transición jugó un papel central el Partido Comunista Colombiano.

En 1964 el Gobierno Nacional despliega una gigantesca ofensiva militar contra cuatro asentamientos de campesinos comunistas: Marquetalia, Guaya-bero, el Pato y Río Chiquito, regiones que quedaban en la confluencia de los límites de los departamentos de Tolima, Cauca y Huila. El Gobierno consideró que estas poblaciones representaban un riesgo para la estabilidad política de la nación, pues su rebeldía y resistencia a reconocer las autoridades estatales representaban un peligro para la seguridad del Estado. Hay que recordar que se estaba viviendo una época exacerbada de la Guerra Fría y que apenas año y medio atrás había pasado la Crisis de los Misiles de Cuba, evento que sacudió de manera grave la geopolítica regional.

En 1966, los guerrilleros que combatieron al ejército dos años antes, y que habían decidido quedarse en pie de lucha, realizaron lo que se llamó la Segunda Conferencia del Bloque Sur, en la cual decidieron convertirse en Las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC, y redactaron un amplio programa agrario y revolucionario de orden socialista. Este grupo de hombres no pasaba de doscientos. Decidieron establecer el año de 1964 como el de su creación, aquel en el que empezaron a combatir. A finales de 1965, los guerrilleros que combatieron en las zonas atacadas por el ejército, habían realizado una primera asamblea de miembros de la naciente organización.

Desde este momento en adelante fue claro y público su ideario comunista

y su relación con el Partido Comunista Colombiano. El núcleo de su actuación se trasladó a la Cordillera Oriental y su piedemonte y a las nacientes zonas de colonización agraria y campesina de Meta y Caquetá, expandiéndose luego a diversas regiones de lo que se llamaba en ese entonces los Territorios Nacionales, además del Magdalena Medio.

Hasta finales de los años setenta su crecimiento fue moderado, pero en la década siguiente su expansión fue considerable, esto en ejecución de las decisiones de su séptima conferencia de 1982. Para ese entonces contaban con 3.000 hombres en armas. Este fue, sin duda, un momento de transformación sustancial de las Farc, pues su crecimiento empezó a ser vertiginoso y su presencia poco a poco penetró muchas regiones del país. Además, empezaron a ser totalmente autónomos del Partido Comunista.

Es en los años ochenta que esta guerrilla se involucra con el narcotráfico. Primero de manera tangencial y solo cobrando tributos a los narcotraficantes. Luego y paulatinamente incursionaron en más eslabones de la cadena de producción de la cocaína. Los recursos de esta actividad les permitió crecer y expandirse. De otro lado, el secuestro y la extorsión se fueron volviendo práctica cotidiana como fuente de financiación y ejercicio de poder en las regiones.

La octava conferencia de las Farc se desarrolló en 1993. Si bien no se había cumplido a cabalidad lo que se propusieron once años atrás, la transformación era radical para el momento de esta nueva asamblea, en la que establecieron un plan de gobierno para el país que terminó siendo su propuesta de agenda en las negociaciones del Caguán. Igualmente trazaron ambiciosos planes militares, los que se vieron reflejados en el crecimiento que tuvieron en los cinco años siguientes, el cual llegó de la mano de un proceso de deterioro estratégico de las Fuerzas Armadas en este mismo período.

Así llegaron a las negociaciones del Caguán, tiempo durante el cual no pararon de crecer. Pero su adversario militar también experimentó desde 1998 un mejoramiento radical de la mano de la asistencia norteamericana a través del Plan Colombia. Para 2002, una vez rotas las negociaciones, si bien el crecimiento había sido de ambos, el Estado, por su tamaño y capacidad, sacó ventaja sobre la guerrilla y bajo el primer gobierno del presidente Uribe definió con creces su superioridad estratégica, la que se empezó a ver reflejada en el orden operacional y en la recuperación de territorios claves para la seguridad de las diferentes comunidades, la economía nacional y la percepción ciudadana. El peligro fue ahuyentado de las ciudades y sus periferias, y la guerrilla dio un paso atrás, regresando a un modo de operación de pequeños contingentes, abandonando las grandes concentraciones de hombres armados, pues en los golpes dados al Ejército entre 1996 y 1998 llegaron a concentrar aproximadamente mil guerrilleros en cada ocasión.

A raíz del fracaso de las negociaciones del Caguán, en el 2002 el entonces candidato Álvaro Uribe llegó a la presidencia con el mandato explícito y casi que único de combatir con dureza a las guerrillas y muy especialmente a las Farc. Con una base sólida de modernización de las Fuerzas Armadas, el nuevo presidente hizo de la lucha contra la guerrilla una cruzada que aglutinó a su alrededor a la mayoría de la ciudadanía y de la opinión pública. Disponiendo de amplios recursos económicos, políticos y de cooperación de Estados Unidos, todo bajo la sombrilla de la lucha mundial contra el terrorismo luego del ‘11 de septiembre’ de 2001, el Gobierno movió más a su favor el pulso militar en lo estratégico y la guerrilla fue perdiendo espacios donde más le dolía a la mayoría de la ciudadanía: los corredores viales y las periferias de las ciudades; Se hizo evidente una mayor presencia estatal y de fuerza pública en cada vez más regiones de todo el país. Fue un continuo de progresos estatales desde el 2002 al 2008. En este año, algo que no fue conocido por la opinión pública en general, y solo fue tema de estudiosos del fenómeno y expertos, se empezó a hacer evidente una reorganización estratégica de la guerrilla que de alguna manera empezaba a neutralizar el avance de las Fuerzas Militares y a ocasionarle sensibles golpes, ya no con grandes tomas y combates de numerosos contingentes, sino a través de acciones puntuales e individuales que acarrearían un sensible daño humano: francotiradores, minas antipersona y pequeñas emboscadas. Los muertos y heridos en las filas del ejército se multiplicaron de manera dramática. Por otro lado, fue quedando en evidencia que acabar con la guerrilla por la vía militar iba a ser mucho más oneroso en términos humanitarios, además del gigantesco costo fiscal que representaría.

La perspectiva de estas dos etapas: 2002 a 2008 de debilitamiento de las Farc y 2008 a 2010 de imposibilidad del Estado para ponerle un punto final a la confrontación, son los elementos estructurales que llevaron al entrante presidente Santos en 2010 a pensar en que si había una posibilidad sensata de negociación la iría a contemplar.

Negociaciones frustradas

La perspectiva de una salida negociada al conflicto armado interno con las guerrillas se instaló en el gobierno en 1982 con la llegada a la presidencia de Belisario Betancur. Ha sido una constante desde entonces explorar esta solución a la violencia política. En ocasiones se ha tenido éxito: con el M-19, EPL y la Corriente de Renovación Socialista (miembros del Eln), así como con pequeñas organizaciones, siendo la de más renombre la guerrilla indigenista Quintín Lame. Pero con las Farc y el Eln se ha ido de ruptura en ruptura, de fracaso en fracaso.

Betancur fue el pionero en la búsqueda de la paz en la mesa de diálogo. Lo buscó con el M-19 y las Farc. La ruptura fue más rápida con el primer grupo.

Con las Farc hubo avances significativos: se estableció una tregua y la creación de un partido político de izquierda -la Unión Patriótica-, que incluía a guerrilleros (Iván Márquez, jefe negociador de la guerrilla en La Habana fue representante a la cámara por este partido). También se dio una reforma política administrativa que introdujo la elección popular de alcaldes y que estaba en sintonía con la negociación. Sin embargo, de lado y lado la voluntad no fue suficiente para tomar la decisión definitiva de dejar las armas. Surge el paramilitarismo en buena medida como respuesta a esta negociación, los militares cooperaron precariamente con la iniciativa de paz y sectores claves dentro de la sociedad no veían con buenos ojos la llegada de los guerrilleros a la política. Como telón de fondo, el ajedrez de la Guerra Fría se estaba moviendo en el vecindario, especialmente en Centroamérica. La guerrilla por su parte no paró de crecer y de prepararse para la guerra mientras negociaba. La tregua se fue quebrantando y la suma de nuevos encuentros armados entre las partes terminó con esta primera negociación seria con las Farc. Un saldo perverso de este acercamiento fue la aniquilación de la Unión Patriótica. Más de 3.000 de sus miembros fueron asesinados, entre ellos varios congresistas con que contaba, así como diputados, concejales y un sinnúmero de activistas. El Estado fue responsable en una muy buena cantidad de casos, por acción directa o por omisión en la protección. También sectores políticos de extrema derecha, gamonales locales y el narcotráfico pusieron sus manos asesinas en esta tragedia.

El presidente Gaviria quiso revivir los acercamientos para lograr una paz en la mesa con Farc y Eln, luego de un periodo muy duro de confrontación entre 1991 y 1992. Después de encuentros en Caracas y Tlaxcala-México, los diálogos se rompieron sin ningún avance.

En 1997, y con el conflicto al rojo vivo, el cual había crecido de manera dramática en costos humanitarios, en afectación de la población civil y en el irrespeto permanente a la dignidad humana, la ciudadanía se manifestó en lo que se denominó el “Mandato Ciudadano por la Paz”, una votación sin consecuencias jurídicas explícitas, pero que envió un mensaje contundente sobre la necesidad de buscar nuevamente el fin de la guerra en la mesa de diálogo. El paramilitarismo actuaba sin contención alguna, incluso con aprobación de sectores de la población y la complicidad de un buen número de políticos, militares y agentes del Estado. La guerrilla había incrementado el secuestro a niveles nunca conocidos, la extorsión se había masificado y las tomas cruentas de poblaciones eran del día a día. La campaña presidencial de 1998 se permeó de esta realidad y la posibilidad de una negociación con las Farc principalmente, y en segundo orden con el Eln, pasó a ser el principal asunto de la disputa presidencial en su recta final.

Andrés Pastrana ganó las elecciones porque fue percibido como el que tenía más posibilidades de llegar a un acuerdo negociado con las Farc. En con-

secuencia, su gobierno tuvo como principal política la paz. En enero de 1999 se inician los diálogos con las Farc. Los dos ejes sobre los que se fundó este proceso de paz fueron un diseño logístico o procesal y una agenda. En lo logístico el principal elemento fue el establecimiento de una zona desmilitarizada en la cual se llevaría a cabo la negociación y en la que las Farc se podrían establecer sin presencia militar. Esta área abarcó 42.000 kilómetros cuadrados entre los departamentos de Meta y Caquetá, en una zona de gran influencia y poder de esta guerrilla. En lo sustantivo se pactó una agenda que tuvo como insumos el ideario político de las Farc que resultó de su octava conferencia y los asuntos sobre los cuales el gobierno consideró que era posible establecer algunas reformas.

El proceso de paz del Caguán, como fue conocido porque en esta región del Caquetá se surtieron los diálogos, duró tres años y dos meses y se rompió de forma abrupta el 20 de febrero de 2002, luego de que las Farc secuestraran un avión en Neiva, lo hicieran aterrizar en una carretera del Huila y se llevaran al senador Jorge Eduardo Gechem, pasajero del vuelo. Esta fue la gota que rebasó la paciencia del gobierno y de la opinión, pues la violencia por parte de la subversión nunca disminuyó. Fue la estocada final a un proceso maltrecho y con muy pocas posibilidades de éxito.

La zona de distensión se convirtió en un territorio ‘soberano’ para la guerrilla, en el cual cometieron un sinnúmero de abusos que desprestigiaron todo el proceso. En lo sustantivo, nunca se pasó del punto primero de la agenda: el empleo. Una agenda demasiado extensa que comprendía casi todas las facetas de la vida nacional hizo imposible un avance real. En últimas, esta iniciativa de paz no tuvo avances, fue de tumbo en tumbo debido a la continuidad de un conflicto armado exacerbado y a la miopía de las partes para encontrar puntos comunes que fueran haciendo una masa crítica favorable. También es preciso decir que durante esta negociación los paramilitares crecieron como nunca y complicaron mucho más el panorama.

El Caguán creó un fantasma, por un largo tiempo hablar de salida negociada al conflicto armado se convirtió en tabú. Mayoritariamente la ciudadanía y la opinión solo querían ‘mano dura’ con la guerrilla. Se llegó al convencimiento durante el gobierno del presidente Uribe de que la victoria militar sobre la insurgencia era posible, y a ésta se le negó cualquier carácter político. La virulencia de sus acciones hizo que el sello de terroristas fuera aceptado por la gran mayoría, y así las cosas solo se optó por su contención y aniquilamiento por parte del Estado. Aunque es preciso decir que Uribe realizó aproximaciones con el Eln por un buen tiempo y buscó, afanosamente al final de su segundo mandato, establecer una mesa con las Farc.

Cuando solo se pensaba que la contención militar de la subversión sería la única línea de conducta del presidente Santos, como sucesor de Uribe, el rum-

bo empezó a cambiar. Su discurso de posesión el 7 de agosto de 2010 dio algunas puntadas en este sentido, pues dijo que la llave de la paz no sería arrojada al mar, que la guardaría en su bolsillo y que la puerta de las negociaciones se podría abrir si la guerrilla mostraba con los hechos su voluntad de paz.

Cuando nadie lo pensaba y a contra corriente de una voluntad nacional poco amiga en ese momento de la negociación, Santos inició contactos con las Farc para ver si era posible sentarse nuevamente a la mesa.

Las negociaciones de La Habana

Una idea rondaba la cabeza del recién posesionado presidente Juan Manuel Santos: explorar la posibilidad de iniciar negociaciones con las Farc con el fin de terminar la guerra en una mesa de diálogo. Con este propósito se establecieron contactos discretos entre gobierno y guerrilla, los que desembocaron en una etapa de diálogos privados y confidenciales en Cuba, en los cuales se pudiera precisar los alcances de una posible negociación formal y cómo se llevaría a cabo. Estos diálogos confidenciales duraron de febrero a agosto de 2012, al final de los cuales se firmó por las partes el documento que guiaría las negociaciones formales y al cual debía ceñirse el proceso de diálogo. Este documento se denominó “Acuerdo general para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera” (<https://www.mesadeconversaciones.com.co/sites/default/files/AcuerdoGeneralTerminacionConflicto.pdf>). Con este acuerdo inicial se establecieron unas bases firmes y ciertas para empezar la negociación. A su vez, este texto refleja los cambios políticos y militares que se dieron en el país en los diez años previos a su firma, luego de la ruptura del proceso del Caguán. Las premisas básicas que establece el acuerdo como principios rectores del proceso de negociación muestran cómo se quiso marcar una distancia sideral respecto a lo que fue el Caguán, un cambio de 180 grados.

Sea este el momento para reconocer el enorme servicio que ha prestado Cuba. Tal vez habría sido imposible adelantar con éxito estas negociaciones en otra parte. En Colombia era impensado, el recuerdo del Caguán era aún una pesadilla. En otros países el riesgo judicial para los negociadores de las Farc era considerable. En Venezuela hubiera recibido el rechazo de la opinión colombiana. Era Cuba o Cuba. Hoy, sin duda, hay que agradecer al gobierno cubano, independiente de cualquier consideración que se tenga sobre el régimen de la isla, el haber sido anfitrión durante más de cuatro años de esta mesa de negociación y sus participantes.

La agenda de temas objeto de discusión se puede calificar de bien delimitada, precisa y razonable. Los asuntos sujetos a negociación fueron los siguientes: Desarrollo agrario integral; participación política; fin del conflicto;

solución al problema de las drogas ilícitas; víctimas; implementación, verificación y refrendación. Al leer su contenido detallado se puede ver una agenda acorde a las posibilidades de las partes y al momento. En ningún momento implicaba riesgos para la soberanía estatal o un cambio de régimen político, económico y social. Su naturaleza se puede calificar de reformista y con los elementos que se requieren para acabar una guerra interna, incluyendo el novedoso de justicia transicional.

Al momento de escribirse este artículo faltaba por definirse cómo sería la participación política directa de las Farc en la política y qué representación podrían tener en una primera etapa de post acuerdo en instituciones como el Congreso de la República. También está por establecerse lo relativo a una ley de amnistía que no cobijará a responsables de crímenes de guerra o lesa humanidad.

Son los puntos de justicia transicional y de representación política en cabeza de jefes de las Farc los más difíciles de presentar ante la opinión pública. Los críticos y opositores al proceso de paz han centrado sus ataques en la impunidad que a su parecer va a generar la negociación y en el ejercicio político y de representación que puede llegar a existir en cabeza de responsables de serios delitos, entre ellos crímenes de guerra y de lesa humanidad. No cabe duda de que estos son los temas más complejos, sensibles y espinosos de todo el acuerdo.

En cuanto al primero, o sea la aplicación de justicia, es bueno decir que el acuerdo logrado el 23 de septiembre del año pasado que crea una jurisdicción especial para la paz, diseña todo un aparato de aplicación de justicia que está lejos de ser sinónimo de impunidad. Cabe recordar, y la lectura del acuerdo lo deja claro, que se contemplan sanciones de carácter penal para quienes hayan cometido delitos graves: crímenes de guerra y de lesa humanidad. Lo que sucede es que no es posible aplicar la justicia común en su plenitud, la de tiempos de normalidad, cuando se está terminando una guerra en una mesa de negociación, este es un principio y una experiencia universal. Por esto surgió en las últimas décadas el concepto y el cuerpo de principios que a nivel mundial configuran la justicia transicional, aquella que si bien reduce la severidad penal de tiempos normales, tampoco es tan laxa que sea sinónimo de impunidad. Es, si se puede llamar así, la justicia posible. Es bueno leer el acuerdo salido de la mesa que crea una 'Jurisdicción especial para la paz' y ver que sí habrá aplicación de justicia. Sucede algo curioso, por decir lo menos, con los más fieros opositores del proceso de paz de La Habana, que sus críticas son por lo general frases sueltas, lugares comunes, que nada tienen que ver con los textos de los acuerdos de la mesa. En este caso de la justicia sí que es cierto esto. Por eso, es bueno leer lo que las partes acuerdan, que en últimas es lo único que vale. En el tema de justicia este es el acuerdo: <https://www.mesadeconversaciones.com.co/comunicados/comunicado-conjunto-60-sobre-el->

acuerdo-de-creaci%C3%B3n-de-una-jurisdicci%C3%B3n-especial-para-la

El otro tema complejo es la posibilidad de que jefes de la guerrilla, que sin duda han tenido responsabilidad en graves delitos cometidos a lo largo de tantos años, vayan a instituciones como el Congreso. Sin duda lo querrán hacer, pues han sostenido un propósito político a lo largo del tiempo. Habrá que encontrar maneras de concretar esta participación política directa de los jefes de las Farc, lo que con seguridad generará profunda rabia y malestar en muchos, especialmente en los opositores al proceso, pero que servirá al propósito de hacer viable el acuerdo como un todo. Por ejemplo, algunos jefes de la guerrilla llegarían al Congreso, pero no ocuparían todas las curules que se acuerden, otras sillas estarían en cabeza de personas cercanas ideológicamente a la insurgencia y que no hayan militado en ella. Esto debe ir de la mano de los procesos de justicia transicional que habrán de afrontar estos mismos jefes guerrilleros que irían al Congreso. Sanciones que impliquen restricciones a sus derechos, la obligación de revelar su participación en delitos y elementos de reparación a las víctimas, podrían atenuar el malestar que producirá su presencia en el Congreso. Este tema de la representación política directa de las Farc es lo que está sobre la mesa en La Habana en este momento, prácticamente el último asunto que pueda llegar a implicar un pulso entre las partes. El acuerdo resultante es clave para la transición exitosa de la guerra a la paz.

Los otros pendientes por definir serán tramitados sin mayor inconveniente.

¿Qué faltaría luego? La opinión última y definitiva de los ciudadanos sobre este proceso de paz, un pronunciamiento popular en las urnas que ratifique lo acordado en La Habana.

Se debatió bastante si era necesario llevar a votación popular el resultado de este proceso de paz, incluso el ex fiscal Montealegre demandó ante la Corte Constitucional el hecho de que se propusiera un plebiscito con efectos jurídicos para refrendar el acuerdo final, pues lo consideraba innecesario dentro del ordenamiento jurídico. Pero hay una razón de peso para que sean los ciudadanos los que aprueben en última instancia lo logrado en Cuba: generar una legitimidad absolutamente indispensable en este momento para que podamos dar el paso de dejar la guerra atrás. La sistemática oposición a la salida negociada del expresidente Uribe desde el inicio de los diálogos, la cual es compartida por un porcentaje de la población, es sin duda la razón para llevar los acuerdos a las urnas. El voto positivo por la negociación, el cual se estima en este momento que representará el 70 % de los sufragios, aclarará el panorama y permitirá que se dé el paso siguiente al post acuerdo, sin un ruido de opinión y legitimidad que podría ser tremendamente nocivo. Con el plebiscito la discusión queda resuelta, y si bien la oposición al acuerdo de paz seguirá esforzándose por poner más palos en la rueda, no tendrá la capacidad de frenar o paralizar la transición de la guerra a la no guerra.

Queda un cabo suelto en este momento: el Eln. Ojalá más pronto que tarde emprendan el camino de la negociación. Ya las bases están sentadas con un texto acordado por las partes y presentado este marzo pasado en Caracas-<http://www.noticiasrcn.com/sites/default/files/acuerdo-dialogos-paz-gobierno-colombia-eln.pdf>

Hay asuntos pendientes que deben resolverse, como el abandono por parte de esta guerrilla del secuestro. Antes de que den este paso el Gobierno no iniciaría la negociación formal. Así fue con las Farc. Confiamos en que hagan un razonamiento adecuado y tengan claro que llegó el momento de dejar las armas. Un camino diferente a la negociación sería suicida para esta guerrilla.

Sin duda alguna la negociación que pronto se cerrará con las Farc en forma de un acuerdo de paz, de cesación de la guerra, marcará un muy profundo cambio en la vida del país. Lo más importante es que traerá alivio a millones de personas en una buena parte de la geografía nacional que han padecido de forma cotidiana los rigores y horrores de la confrontación, alivio que también llegará a miles y miles de jóvenes contendientes de ambos bandos: la Fuerza Pública y la guerrilla. Acabar una guerra que ha durado tanto tiempo, que ha dejado más de doscientos mil muertos y millones de afectados de diversas maneras, que ha desviado gigantescos recursos a las trincheras en vez de haberlos destinados a fines sociales, es sin duda un logro enorme y un hecho histórico para una sociedad y un Estado.

Lo que viene después es concentrarnos en la solución de problemas agobiantes que están afectando de manera dramática a la sociedad colombiana, como lo son la escalofriante corrupción, la salud y la educación, la infraestructura de transporte, el empleo y la seguridad social, la pobreza y la inequidad, entre tantos.

Ya es hora de saber cómo se vive sin una guerra.

Los acuerdos de La Habana: un paso definitivo para la construcción de paz

Mario-Alberto Puerta

1. Introducción

Definitivamente los acuerdos logrados entre el Gobierno Nacional y las FARC en la Mesa de Conversaciones de La Habana trascenderán en la realidad nacional no sólo como aquellas resoluciones que lograron silenciar las armas de quienes han estado al margen de la ley por más de 50 años, sino como una verdadera oportunidad para transformar las realidades en esos territorios invisibilizados históricamente como consecuencia del conflicto y el desinterés de la institucionalidad.

Gobierno y FARC trazaron desde agosto de 2012 una hoja de ruta que ha permitido ponerle orden a las discusiones que desde entonces vienen abordando. Las experiencias vividas en anteriores procesos de paz, tanto a nivel nacional como internacional, indicaron el camino que debía dársele a esta nueva oportunidad de ponerle fin al conflicto y empezar una verdadera fase de construcción de paz.

La paz no puede ser vista exclusivamente como el silenciamiento de unos fusiles. La paz implica la garantía de derechos y oportunidades para todos los colombianos, la garantía del goce pleno de derechos de todos los que habitamos este territorio.

La instauración de la Constitución de 1991 trajo grandes cambios positivos que han permitido la transformación de



nuestra sociedad hacia una sociedad con mayores compromisos de protección de los derechos humanos, mayores garantías para las minorías, ampliación de la democracia y una autonomía territorial que por lo menos en el papel se encuentra relativamente bien desarrollada. Desafortunadamente muchas de esas promesas consagradas en la Constitución no han podido materializarse, en algunos casos porque el conflicto lo ha impedido, y en muchos otros porque nuestros gobernantes se han escudado en la existencia del conflicto para no cumplir con sus tareas.

El logro que significa quitar ese obstáculo del conflicto, generará mayores oportunidades para los territorios, señalará el principio del fin de una guerra que nos ha marcado por más de cinco décadas y obligará a nuestros gobernantes a fijarse en las necesidades inmediatas de nuestros territorios y nuestras poblaciones.

El propósito de este artículo no es desmitificar las falsas ideas que se han construido en torno a la Mesa de Conversaciones y los acuerdos allí logrados. Lo que pretende es mostrar las oportunidades que se generarán a partir de los acuerdos para una verdadera construcción de paz.

2. Los acuerdos de La Habana como una oportunidad de transformación

Son más de tres años y medio de conversaciones formales en La Habana entre el Gobierno y las FARC. Tres años y medio que han dado frutos sin precedentes en la historia de Colombia, respecto a temas centrales como el desarrollo agrario integral, la participación política, la solución al problema de las drogas ilícitas e incluso víctimas. Con su reconocimiento, hemos logrado sacudirnos de una realidad que se convirtió en cotidiana para quienes han vivido el conflicto armado de manera directa pero que, desafortunadamente, han pasado desapercibidos para la mayoría de los ciudadanos urbanos de Colombia, en un momento tan importante como el que vivimos con el desarrollo de estas conversaciones.

Es obligación de cualquier gobierno la búsqueda y materialización de muchas de las tareas que surgen de los acuerdos logrados en La Habana, y debe ser imperativa la búsqueda de dichos objetivos con o sin acuerdos entre las partes involucradas en este conflicto armado interno. Sin embargo, no podemos vendarnos los ojos y pensar que es lo mismo hacerlo con conflicto que sin él.

Pedalear una bicicleta libre de obstáculos permite un mayor avance que aquel que debe hacerlo con un palo en la rueda. Liberar la bicicleta de ese palo, permitirá a su ciclista liberar cargas y hacerla rodar mucho mejor. Poder identificar la realidad para liberarnos de los obstáculos no es tarea fácil. Los

acuerdos logrados en La Habana parecen identificar verdades de perogrullo que construyen nuestras realidades y que definitivamente no hemos podido solucionar. La identificación de esas verdades y la eliminación del palo en la rueda llamado conflicto armado interno, permitirán dar un paso fundamental hacia la consolidación de un país con una paz estable y duradera.

2.1. Transformación del campo colombiano.

El primer punto de discusión en la Mesa de Conversaciones fue el denominado “Política de desarrollo agrario integral”, finalizado en junio de 2013. Era definitivamente el presagio de un buen comienzo. Se acuerda entonces una Reforma Rural Integral (RRI) en la que “las comunidades desempeñan un papel protagónico en la definición del mejoramiento de sus condiciones de vida”. Así suene a retórica, el poder hacer énfasis en necesidades tan primarias como el papel protagónico que deben cumplir las comunidades en la construcción de sus realidades, nos demuestran el atraso de construcción democrática que principalmente han tenido que padecer nuestros territorios más apartados, generalmente rurales y afectados históricamente por el conflicto.

Los acuerdos logrados en la Mesa hasta el momento y consecuentemente el Acuerdo Final, contienen un componente fundamental de fortalecimiento y puesta en marcha de los mecanismos de participación ciudadana que permiten un alentador avizoramiento del logro de aquella gran promesa de la Constitución de 1991, de desarrollar una democracia representativa pero también participativa, que pueda verse materializada y que sirva a la construcción de paz en los territorios.

No podemos seguir viviendo ese patrón de comportamiento inequitativo consistente en que desde el centro se decide lo que debe pasar en la periferia, sin tener en cuenta las realidades y las dinámicas que allí se desarrollan.

Cuestiones tan básicas pero fundamentales como la actualización del catastro rural, que permita incrementar el recaudo efectivo de los municipios, así como el estímulo a la desconcentración de la propiedad rural improductiva, son tareas que implicarán una mejor distribución de las tierras y consecuentemente unas mejores oportunidades de desarrollo para los territorios más afectados por el conflicto y la falta de presencia institucional.

Las brechas existentes actualmente entre el campo y la ciudad son evidentes. Definitivamente la posibilidad de asegurar el acceso a servicios y bienes públicos por parte de nuestros campesinos generarán mayores garantías de desarrollo en el campo, consecuentemente en la economía y por ende un desarrollo digno de quienes lo habitan. En el acuerdo logrado en el punto de “Desarrollo agrario integral” se hace un énfasis especial en el desarrollo social. Salud, educación, vivienda, erradicación de la pobreza, son políticas fundamentales que deben ser desarrolladas para superar la desigualdad y conse-

guir una paz duradera y estable. Adicionalmente, la finalización del conflicto debe permitir llenar esos espacios que el Estado no ha podido ocupar, llegando con verdadera condición institucional que permita el desarrollo local de las poblaciones invisibilizadas como consecuencia del conflicto.

2.2. Consolidación y ampliación de la democracia.

La Constitución de 1991 permitió la apertura democrática en un país donde únicamente dos partidos se turnaban el poder y donde los ciudadanos no tenía verdaderos mecanismos para involucrarse en la construcción de país, excepto el día en que elegían a sus representantes.

Los acuerdos logrados en materia de participación política de La Habana, permiten fortalecer y consolidar la democracia colombiana.

Vale la pena recordar el comunicado conjunto del 6 de noviembre de 2013 entre el Gobierno Nacional y las FARC en el que anuncian el acuerdo logrado en materia de participación política. Una lectura detallada del mencionado anuncio permite evidenciar en uno de sus apartes el reconocimiento del Gobierno de que existe una democracia que requiere su profundización y robustecimiento, y del otro lado la declaración de una guerrilla, que ha estado en contra de la institucionalidad, pero que la acepta como propia y en consecuencia se dispone a acogerse a sus reglas de juego: “Lo que hemos convenido, en su desarrollo, profundiza y robustece nuestra democracia, ampliando los derechos y garantías para el ejercicio de la oposición, al igual que espacios de participación política y ciudadana”.

Ampliar la democracia bajo la lupa de los acuerdos logrados, implica la eliminación de barreras para elegir y ser elegido. Eliminar obstáculos como el umbral del 3% para poder acceder o conservar una personería jurídica por parte de los partidos y movimientos políticos facilita que nuevas voces puedan representar minorías en las altas esferas del poder. La creación de Circunscripciones Especiales Transitorias de Paz busca, en el mismo sentido, que aquellos territorios más afectados por el conflicto y el abandono puedan elegir unos representantes de manera temporal para que ocupen una curul en la Cámara de Representantes. Pero también que el acceso a puestos de votación y las garantías de transparencia en desarrollo de las elecciones, deben estar plenamente garantizadas para todo el territorio nacional.

Igualmente el fortalecimiento de la democracia participativa para que sean los propios ciudadanos los que puedan involucrarse en la toma de decisiones que los afectan.

2.3. Solución al problema de las drogas ilícitas.

Son muchas las comunidades que han derivado su subsistencia de los cultivos de uso ilícito, especialmente comunidades campesinas en situación de pobreza.

Uno de los principios que han enmarcado las negociaciones entre el Gobierno y las FARC en La Habana ha sido el de “Nada está acordado hasta que todo esté acordado”, y tiene varios objetivos: uno de ellos, es poder desarrollar de manera integral los puntos que ambas partes consideraron como esenciales para ponerle fin al conflicto y comenzar la construcción de la paz. Muchos de estos puntos comparten vasos comunicantes. Es el caso específico del desarrollo del punto de “Solución al problema de las drogas ilícitas” que tiene una conexión directa con la Reforma Rural Integral acordada en el primer punto. Sus objetivos primordiales son la superación de la pobreza, especialmente de aquellas comunidades campesinas afectadas por los cultivos de uso ilícito, promoción de la sustitución voluntaria de cultivos de uso ilícito, promoción de políticas y oportunidades productivas para los cultivadores, entre otras.

La generación de verdaderas oportunidades para el campo podrá tener implicaciones muy positivas para acabar con el detonante que ha perpetuado el conflicto armado en Colombia.

2.4. Las víctimas en el centro del Acuerdo.

Lograr un Sistema Integral de Verdad, Justicia, Reparación y No Repetición es un hito no sólo a nivel nacional sino internacional. Definitivamente los retos que se vienen para lograr la consolidación del mencionado Sistema son muy grandes, pero sobretodo muy esperanzadores.

Permitir que la sociedad pueda tener una explicación de lo ocurrido durante estos años de conflicto armado, y buscar el reconocimiento de las víctimas y las responsabilidades de quienes han participado en él, son pasos fundamentales hacia la reconciliación.

Así mismo, satisfacer el derecho de las víctimas a la justicia, proteger sus derechos y contribuir al desarrollo de una paz estable y duradera son objetivos de las tareas consignadas en los acuerdos logrados en La Habana, que requerirán el compromiso decidido del Estado colombiano, de las FARC y de quienes de una u otra manera han participado de manera directa o indirecta en el conflicto armado interno.

Y finalmente, reparación y garantías de no repetición, permitirán resarcir a quienes de manera directa han sufrido como consecuencia de esta guerra que hemos vivido por más de 50 años, pero sobretodo garantizar que esos capítulos atroces que hemos presenciado no se vuelvan a repetir nunca más.

2.5. El fin de la guerra.

Después de 3 años en que la Mesa de Conversaciones se dedicó a pactar una serie de medidas que permitieran preparar el terreno para una construcción verdadera de paz, se logra el 23 de junio de 2016 un acuerdo fundamen-

tal: “El cese al fuego y de hostilidades bilateral y definitivo y dejación de las armas”.

Como lo hemos planteado desde el principio de este documento, la paz no es exclusivamente la búsqueda del silenciamiento de los fusiles por parte de quienes han estado al margen de la ley, pero sí permite la materialización del resto de los objetivos tratados en los acuerdos logrados en La Habana de una forma mucho más eficaz y expedita.

El camino recorrido no ha sido fácil y los retos que se vienen hacia delante permitirán la construcción de un país en paz, pero su éxito depende de todos.

3. La construcción de paz en los territorios

Lo ha planteado reiterativamente el Alto Comisionado para la Paz, Sergio Jaramillo, y hacemos nuevamente énfasis en una idea: “La idea básica de este proceso es que primero hay que terminar el conflicto para luego abrir una fase de construcción de la paz”.

Lo ocurrido en La Habana es un primer paso fundamental que requiere de un complemento decidido en el territorio. El fortalecimiento de la institucionalidad, la satisfacción de los derechos.

El reto más importante que tendrá el Estado en una fase de transición, será la de ocupar los espacios que dejan los grupos armados al margen de la ley y que como consecuencia del conflicto o desidia estatal no ha logrado copar la institucionalidad.

Esos espacios se ocupan no únicamente con seguridad, esos espacios se intervienen con oportunidades, con protección de derechos, con participación.

Necesitamos que los colombianos volvamos a confiar, no sólo en los otros como lo planteó Ingrid Betancourt en su discurso del 5 de mayo pasado : “Reconciliarse implica aprender a confiar en el otro. Duro reto en un país donde ser confiado es visto como una falta de carácter”, sino poder confiar en nuestras instituciones, esas que deben garantizar el goce pleno de nuestros derechos en todo el territorio nacional.

4. Las cartas están echadas

El camino recorrido ha sido largo y tortuoso: más de 220.000 muertos, un registro de víctimas que supera los 8 millones, más de 25.000 desaparecidos y 4.744.046 desplazados, según cifras del informe “Basta YA” publicado en noviembre de 2013 por el Centro Nacional de Memoria Histórica.

Los acuerdos logrados en La Habana no se ejecutan automáticamente por

la firma de las partes que en ellos participan. Son una puntada fundamental para la construcción de la paz en Colombia, pero definitivamente requieren del compromiso de los 48 millones de colombianos que habitamos este territorio.

Ponerle fin al conflicto no implica la paz en sí misma. Con la firma de un Acuerdo Final que le ponga fin al conflicto armado y trace las bases para la construcción de la paz empieza una segunda gran etapa que requiere de la determinación de todos los colombianos.

Las cartas están echadas, requerimos de decisión, decisión que implique un compromiso irrestricto con el futuro que les vamos a dejar a quienes vienen detrás.

Bibliografía referenciada

Gobierno de la República de Colombia y Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia – Ejército del Pueblo. Acuerdo General para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera. La Habana, Cuba, 26 de agosto de 2012.

Betancourt, Ingrid. Discurso. Foro “Reconciliación, más que realismo mágico” Fundación Buen Gobierno. Bogotá D.C., Colombia, 5 de mayo de 2016.

Grupo de Memoria Histórica. Informe: ¡Basta YA! Colombia: Memorias de guerra y dignidad. Bogotá D.C., Colombia. Imprenta Nacional, 2013.

Jaramillo, Sergio. Discurso: “La paz territorial”. Universidad de Harvard. Cambridge, Estados Unidos, 13 de marzo de 2014.

Mesa de Conversaciones de La Habana. Borrador conjunto: Hacia un Nuevo Campo Colombiano: Reforma Rural Integral. La Habana, Cuba, 26 de mayo de 2013.

Mesa de Conversaciones de La Habana. Borrador conjunto: Participación política: Apertura democrática para construir la paz. La Habana, Cuba, 6 de noviembre de 2013.

Mesa de Conversaciones de La Habana. Borrador conjunto: Solución al Problema de las Drogas Ilícitas. La Habana, Cuba, 16 de mayo de 2014.

Mesa de Conversaciones de La Habana. Borrador conjunto: Sistema Integral de Verdad, Justicia, Reparación y No Repetición, incluyendo la Jurisdicción Especial para la Paz; y Compromiso sobre Derechos Humanos. La Habana, Cuba, 15 de diciembre de 2015.

Mesa de Conversaciones de La Habana. Borrador conjunto: Acuerdo sobre cese al fuego y de hostilidades bilateral y definitivo y dejación de las armas entre el Gobierno Nacional y las FARC-EP. La Habana, Cuba, 23 de junio de 2016.

Del campo de concentración al campo de la vereda

Dos experiencias de hacer literatura testimonial sobre el conflicto armado

Alberto Antonio Verón-Ospina



Resumen

Entre el relato testimonial del llamado Holocausto Judío y el relato testimonial de la violencia colombiana parecieran levantarse unas radicales distancias de carácter cultural, geográfico, hasta de tiempo histórico. Pero al recoger ideas de Walter Benjamin y Giorgio Agamben, especialmente la noción de “campo” y las confrontamos con la violencia histórica que ha padecido el mundo campesino colombiano encontramos toda una serie de posibilidades que se expresan a través del relato testimonial.

La vereda

Considerarse *pensador de vereda* es algo que no entra en los calificativos del pensamiento humanístico, pues la vereda prefigura una dimensión reducida, marginal. ¿Quién es el pensador de vereda? ¿Aquel que conceptualmente no ha trascendido su territorio? ¿El escritor de provincia agobiado por el olvido y la melancolía? La vereda es un lugar preciso y es también un camino que se abre en varios senderos, y en distintas rutas. Durante siglos los pensadores han reclamado para sí todo lo contrario a la vereda: el cielo infinito de la universalidad, solo que, a cambio, han realizado un olvido o hasta un desprecio de su propio terruño. Dicho de manera más

pretenciosa: por ganar la universalidad han sacrificado su pequeño espacio cotidiano. La vereda se define como un camino generalmente estrecho, formado para el paso de animales y de personas, mientras en Colombia vereda es un término usado para definir un tipo de subdivisión territorial de los diferentes municipios del país. Las veredas comprenden principalmente zonas rurales, pueden contener un centro micro-urbano poblado desde 50 hasta 1200 habitantes aunque en algunos lugares podría variar dependiendo de su posición y concentración geográfica.

No había considerado la vereda como posibilidad de pensamiento hasta que participé como director de investigación de un proyecto para el Centro Nacional de Memoria Histórica: *Quinchía una memoria de resistencia oculta entre montañas*¹. Lo que vivió este municipio de Risaralda, a dos horas de Pereira y Manizales, fue una guerra contra la población civil que padeció entre 2000 y 2004 la llegada del paramilitarismo. Mientras eso pasaba a dos horas en carro de mi vida en Pereira, nuestra atención estaba absorbida por los acontecimientos del 11S en Nueva York. Lo que se ha llamado el inicio de la guerra mundial contra el terrorismo activó entre los filósofos una serie de reflexiones que se habían trabajado en tiempos de la II Guerra, una de ellas fue el Estado de Excepción, reflexionada por Walter Benjamín pero repensada por Giorgio Agamben a partir de 2001. Se tuvo que esperar años, para que la voz de las víctimas empezara a ser reconocida en Colombia y que los intelectuales y académicos aprendiéramos a reconocer junto a la magnitud histórica del “holocausto judío”, la magnitud más próxima de los relatos de las víctimas del conflicto armado en Colombia.

Confieso que me costó entender la idea de Agamben acerca del planeta transformado por la guerra en un gran campo de concentración.

El campo como localización dislocante es el cuarto, inseparable elemento, que ha venido a unirse, resquebrajándola, a la vieja trinidad estado-nación (nacimiento)-territorio.²

Pero en la medida que el tema de los refugiados y el terrorismo dejó de ser un asunto de quienes fuimos llamados habitantes del “tercer mundo” para volver a tocar las fibras de las antiguas naciones coloniales (Francia y Alemania, entre otras) fue que pudimos acercarnos a la noción de “campo” en el sentido que adquiere para Agamben. Campos de concentración, campos de refugiados, zonas de despeje, zonas de reserva pasan a ser territorios donde lo excepcional se convierte en un prolongado día a día que vuelve a reaparecer a lo largo de la historia de la modernidad.

De allí que la vereda, en la acepción que le otorgamos los colombianos, sea

1 Universidad Tecnológica de Pereira. Proyecto código CIE: 4-13-10

2 Agamben Giorgio. Tomado de Internet: <https://aquileana.wordpress.com/2012/07/14/giorgio-agamben-que-es-un-campo-de-concentracion/>

una manera distinta de interpretar la noción que pasa de ser el campo rural, el campo campesino a la de “campo” de guerra. De allí que la vereda rural, campesina, puede significar una invitación al reconocimiento de lo que no ha sido valorado o de quienes han padecido la experiencia de la violencia y del desplazamiento. En la vereda esos conceptos con los cuales usualmente los estudiosos tratan de arrinconar y reducir la realidad estallan, pues lo que se observa no son entramados de conceptos sino hechos tumultuosos, dispersos, dolorosos, que emergen de la oscuridad del monte y de la cañada.

En un artículo escrito por Alfredo Molano, el autor deja entrever que es en la vereda donde finalmente se ha padecido la mayor parte del conflicto colombiano y es allí donde se continuará resolviendo el día a día de los campesinos de a pié.

Para los campesinos la vereda es su mundo: ahí viven los abuelos, los vecinos, los amigos; ahí se conoce cada camino, cada atajo, cada quebrada, cada árbol.³

Ese conflicto armado que nos ha costado entender a pesar de lo extenso de su orígenes; esa lucha entre gentes del mismo territorio, ese desangre para apropiarse de la tierra y de sus recursos, justificada y hostigada por la ignorancia y la indolencia de los ciudadanos es lo que sigue sin resolverse, la cicatriz que muchos quisieran encubrir. De allí que la figura del pensador de vereda, aquel que caminando por las afueras de la ciudad recoge en el sendero diminutas y humildes flores amarillas, pueda tomarse como el esfuerzo por desentrañar una realidad y una memoria pura y dura de violencia. Para Molano el papel histórico de la vereda conduce a que:

Si se quiere institucionalizar la propiedad en Colombia con base en el trabajo, es imperativo reconocer la vereda, en ella se esconde su secreto y su tradición. ¡El asunto que tanta sangre ha costado!

La vereda es un lugar privilegiado del tema de la violencia en Colombia, lo cual no significa que la ciudad, los barrios no lo sean también, pero ha sido el mundo rural donde se ha privilegiado una construcción narrativa acerca del conflicto armado colombiano donde los actores armados insurgentes iniciaron su historia durante los años cincuenta y continúa siendo en el mundo rural donde los actores contra- insurgentes iniciaron durante los años noventa sus acciones vengadoras, y continúa siendo la tierra que, a nombre de los cultivos “ilícitos” o de la “megaminería” el lugar donde los civiles son convertidos en víctimas.

3 Molano Alfredo. Tomado de Internet: <http://www.elespectador.com/opinion/reconocer-vereda>

La importancia de la memoria

Frente a la tradición universalista - occidental, algunos pensadores reclamaron el derecho al pequeño territorio y desde allí hicieron una toma del cielo filosófico por asalto: Nietzsche, Heidegger o Benjamin son ejemplos europeos. Lo anterior se hace más evidente cuando se considera que en sus orígenes el pensamiento y la literatura occidental ocurrieron en espacios geográficos pequeños, como los del Mar Egeo y sus vecindades, pues la cultura que crece alrededor del Mar Mediterráneo ocurre en un territorio semejante al del mundo andino: Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia.

En uno de sus más recientes trabajos, Traverso⁴ entra en una de las discusiones en boga en nuestros días: la relación entre Historia y Memoria. Para eso acude al marco de historiadores que en el siglo XX se han preocupado del tema de la historia reciente. Propone algunas consideraciones de lo que podría entenderse como el tiempo de la historia y el tiempo de la memoria, el papel del historiador que oscila entre juez y escritor, así como los usos políticos que se han hecho del pasado, acudiendo a dos casos: la memoria de la Shoa y la memoria del comunismo. “Hay memorias oficiales alimentadas por instituciones, incluso Estados, y memorias subterráneas, escondidas o prohibidas”⁵

Esa discusión ha permitido que las víctimas pasen al primer lugar de la discusión, lo que se ha llamado memoria histórica en el campo de la historia. Lo considero inquietante porque separar la historia de la memoria es negar que en sus orígenes la historia fue memoria, y que en el siglo XX la memoria tiene como elemento fundamental el testimonio, lo cual hace que su temporalidad vaya signada por la existencia de los sobrevivientes y sus narraciones.

La memoria termina siendo historia cuando ya no quedan testigos o regresando a la idea inicial de este texto: si en la capital habla la historia, en las veredas se expresa la memoria. Si en la “capital” más que como realidad física, como concepto de centro, de dominio, de control sobre el resto, lo que se considera histórico es canonizado, ordenado, archivado; será en la vereda donde emerge el día a día, donde se hable más de lo que se escribe, donde se trabaja más que lo que se clasifica y se estudia.

La memoria es un discurso moral, una manera de comprender las injusticias que se han realizado en el pasado. La mirada de la memoria abre los archivos y aspira a que por medio de ese abrir lo que fue desechado, algo de las ofensas sobre las víctimas del pasado puedan repararse por medio del lenguaje que recuerda. La memoria parte del reconocimiento de la singularidad que

⁴ Traverso Enzo. El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política. Madrid: Marcial Pons, 2007

⁵ Traverso, opcit. p.48

está presente en cada daño causado. Esa singularidad se encuentra no tanto en las generalizaciones propias de un argumento con pretensiones universalistas sino en esa almendra concreta y particular que habita en expresiones individuales como son los relatos autobiográficos, la crónica periodística, la historia de vida.

Los escritores de los campos de exterminio

En la película “El hijo de saul” hay una escena donde se ha logrado introducir una cámara fotográfica en el campo de exterminio. Con esa cámara se logra fotografiar desde el interior del campo el momento en que guardias nazis obligaron a los judíos a incinerar los cuerpos de quienes habían pasado previamente por el gaseado. Esa escena fue tomada de un capítulo de la historia del holocausto, donde gracias a unas fotos deficientes en su luz, y por las condiciones del humo fruto de la incineración, el resto del mundo se enteró de las horribles prácticas de destrucción del pueblo judío por parte del Reich.

Los escritores a quienes me quiero referir pueden clasificarse en dos momentos históricos y en dos maneras de contar el mundo que les correspondió vivir :

1) No vivieron el horror de los guetos, de los Campos de trabajo y del exterminio, pero fueron capaces de presentirlo.

2) Sí les correspondió vivir una experiencia ominosa, de la cual ofrecen testimonio por medio del recurso de la memoria.

En el primer grupo están Walter Benjamin y Franz Kafka. En el segundo grupo junto a Primo Levi, se encuentran Jean Amery, Elie Wiessel quienes representan de manera emblemática el destino de los intelectuales en el universo concentracionario Nazi.

A Walter Benjamin (1892-1940) se le considera uno de los principales anunciadores del fuego que incendia a Europa durante la primera mitad del siglo XX. En su ensayo *El Narrador*⁶ Walter Benjamin deja caer sobre el pozo de la literatura donde se multiplica el eco de sus palabras dos ideas fundamentales en el caso de los escritores que han padecido la experiencia del totalitarismo: la idea según la cual narrar consiste en entregar a los lectores algún tipo de experiencia. Su segunda idea es que luego de la Gran Guerra quienes la vivieron regresaban en silencio.

Para el crítico literario Walter Benjamin, una de las cualidades principales del narrador de cepa pura, consistía en recoger las experiencias de la vida y poder compartirlas con los otros. La narración, a diferencia de la novela, aspi-

⁶ Benjamin Walter. *El Narrador*, en: *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*. Madrid: Taurus, 1991.

ra a ofrecer algún tipo de consejo a los lectores. Benjamin encuentra en la literatura de su tiempo, sobretodo en la novela, que de ella ha ido extinguiéndose la capacidad de ofrecer algún tipo de consejo, lo cual le lleva a considerar que la posibilidad de compartir experiencias se encuentra en declive. Contrario al declive del compartir experiencias, Benjamin observa la mudez de quienes regresan de la guerra. Es el reverso del uso de tecnologías masivas de amplio espectro y el carácter silencioso de los mortíferos gases que se expanden por el aire. Las nuevas tecnologías remplazan el enfrentamiento entre infanterías, el cuerpo a cuerpo de las guerras clásicas.

Kafka se cuenta entre los escritores que, sin haber alcanzado a vivir la experiencia de la persecución a gran escala sobre los judíos, previó el tamaño del horror. Parábolas literarias como “La metamorfosis” o “El proceso” donde un hombre común y corriente amanece y muere transformado en insecto bajo la aceptación e indiferencia de la familia, o donde un ciudadano es sometido a un siniestro juicio del que no logra llegar a explicarse las razones que lo lanzan por los laberintos de un poder aplastante. En Kafka el futuro no alberga nada bueno para él y por extensión, para el resto de sus congéneres. Un hombre no puede esperar nada de otro hombre. Los personajes de Kafka no pueden prestarse ayuda, no llegan tampoco a encontrarse. Kafka es el primer testigo de la modernidad: la indiferencia y el miedo son las experiencias fundamentales del hombre moderno.

En el segundo grupo, los que sí vivieron la experiencia del campo, están entre otros Jean Amery y Primo Levi⁷. En el inicio de su novela *Los hundidos y los salvados* escribe sobre como llegaron las noticias del horror:

Eran noticias vagas, pero acordes entre sí: perfilaban una matanza de proporciones tan vastas, de una crueldad tan exagerada, de motivos intrincados, que la gente tendía a rechazarlas por su misma enormidad.⁸

Amery nació en 1912 en Viena, donde estudió Filosofía y Letras. Hizo parte de la resistencia anti nazi de los belgas y fue arrestado en el año de 1943 y deportado a Auschwitz hasta 1945. Se suicida en 1978. Levy y Amery escriben a partir de su propia experiencia, reflejando de este modo con sus palabras el sentido preciso del conocimiento padecido en primera persona. Amery es el autor que coloca el dedo en la llaga sobre el tema crucial del perdón. “Solo perdona realmente quien consiente que su individualidad se disuelva en la sociedad, y quien es capaz de concebirse como función del ámbito colectivo, es decir como sujeto embotado e indiferente. Acepta con resignación los acontecimientos tal y como acontecieron. Acepta como dice un lugar común, que el tiempo cura las heridas. (...) Pieza des individualizada e intercambiable del mecanismo social, vive plenamente integrado en su seno, y al perdonar

7 Levi Primo. *Los hundidos y los salvados*. Barcelona. El Alpeh editores. 1989

8 Opcit.p.9.

se comporta de acuerdo con la reacción social...” Para Amery⁹ resulta fácil un perdón dependiente de la idea de que el tiempo en su decurso natural terminará borrando las heridas. Lo pasado, pasado: he ahí una sentencia tan verdadera como hostil a la moral y al espíritu. La capacidad de resistencia moral, incluye la protesta, la rebelión contra lo real...” Desde la visión de Amery la deuda con las víctimas no está saldada; por eso los motivos que tuvo el carnicero y el sufrimiento de la víctima siguen pendientes, han de mantenerse a flote, ser actualizados, pues evidencian los motivos que se tuvieron en el pasado y conducen a una historia común entre víctima y verdugo.

Hasta acá la génesis del testimonio y de la memoria en el mundo europeo. Ahora el propósito es establecer unos hilos de cercanía, de familiaridad, más no de dependencia entre el papel que la memoria de las víctimas tuvo en Europa y lo que puede haber en el caso de la memoria del conflicto armado en Colombia.

Construir nación desde la vereda

El planteamiento que deseo hacer extensivo es que si bien en Colombia, la vereda está en el corazón del campo rural, su significado no ha sido aun dimensionado. La vereda no es solamente el lugar, es el lugar de las luchas de sectores campesinos que han vivido en condiciones de olvido, ha sido lugar de violencia, pero también lugar de producción de riqueza y de afán por apropiarse de esa riqueza.

La vereda como lugar de reflexión es una muestra de cómo la nación colombiana no se ha podido terminar de construir. Si recurrimos a la triada Estado- nación- territorio podríamos preguntarnos por el lugar que ha tenido la vereda en el ámbito de construcción de nación. La exclusión de amplios sectores de la población durante el siglo XIX y el siglo XX (población negra e indígena) tendrán en la vereda la demostración del olvido.

Las explicaciones de la historia sobre la concentración de la tierra en pocas manos, la dificultad en el acceso a niveles superiores de educación, lo intrincado de una geografía donde existen poblaciones a las que solamente se puede llegar en chalupas o en pequeños aviones, la diversidad profunda de las mismas regiones del país, las consecuencias negativas que tuvo el modelo de gobierno bipartidista (partidos liberal y conservador) dibujan en las zonas veredales la génesis de una sociedad donde los esfuerzos de modernidad de sus élites chocan con el desprecio y la indiferencia hacia sus campesinos.

¿Pero qué lugar tienen en la vereda las víctimas, su memoria y su testimonio? y sobre todo ¿qué consideraciones podemos hacer desde nuestro trabajo

9 Amery Jean. Más allá de la culpa y la expiación. Valencia. Pre-textos. 1999

como filósofos? El tránsito de una perspectiva explicativa de la violencia en Colombia a través de las ciencias sociales hasta llegar a una perspectiva narrativa, testimonial de la violencia ha sido un asunto atravesado por fenómenos recientes como la aparición cada vez más consistente de la figura del campesino desplazado, del ciudadano desaparecido, del político y militar secuestrado y convertido durante años en materia de intercambio por prisioneros de guerra. Todas estas experiencias se han agrupado bajo el nombre general de víctimas.

El testimonio del desplazado: la voz del escritor testigo

Las crónicas y reportajes de Alfredo Molano¹⁰ ofrecen una mirada narrativa que articulará en sus relatos las voces de indígenas, campesinos, en el escenario de la vereda. Autores como este serán los grandes referentes del posterior estallido de testimonios acerca de los asesinatos selectivos contra grupos sindicales, políticos, o comunitarios, o étnicos que aparecerán en la primera década del siglo XXI, justo en momentos donde se habla en distintos lugares del planeta de palabras como memoria y víctimas. En sus textos se narran acontecimientos de la historia nacional que con el tiempo han ido adquiriendo nombre propio: el drama cotidiano de los campesinos que para salvar sus vidas, emprenden la huida de la vereda, dejando un patrimonio que les dota no sólo del sustento diario sino que define en gran medida su identidad: la tierra.

En una nación donde los más pobres padecen el analfabetismo, y donde la oralidad es el medio para comunicar sus experiencias, tenemos que la incursión de esos escritores- testigos que narran esas experiencias en las veredas se ha convertido en el recurso para el rescate de sus memorias.

La intención de Molano como de otros ha sido realizar un acercamiento a los llamados grandes hechos colombianos y mostrar sus escombros, sus cicatrices, centrándose en un solo pueblo, una sola persona, permitiendo así realizar una lectura de la vida, de la guerra, del dolor por medio de la experiencia de sus fuentes. Lo anterior recuerda y como lo pensó Walter Benjamin¹¹, la importancia que merece el cronista que narra los acontecimientos sin distinguir entre los grandes y los pequeños, dando cuenta de una verdad: que nada de lo que una vez haya acontecido ha de darse por perdido para la historia.

El escritor testimonial es el cronista por excelencia, es él quien se atreve a buscar y mirar de frente el rostro y el sufrimiento de la víctima pudiendo con este gesto contemplar su voz, sus palabras, su tono. El escritor- testigo busca

10 Molano Alfredo. Del Llano llano. Bogotá. El Áncora editores. 1996

11 Benjamin Walter. Tesis de filosofía de la historia. En: Walter Benjamin. Ensayos escogidos. Buenos Aires: Editorial Sur. 1967. Pp 43-52.

en una persona, en un paisaje recóndito de la geografía colombiana, otras historias con las que pueda reconstruir mediante pequeñas narraciones, una muestra del sentir, pensar, actuar y decir de voces que no son usualmente escuchadas. Esta cercanía, aproximación e intimidad a la vereda, ofrece al escritor testimonial la posibilidad de vincularse a la vida rural. El disfrute de dejar hablar y escuchar al otro genera una común-uniión, en el que el narrador intuye que existe una buena historia que merece ser contada, una historia cargada de experiencia y que justamente por eso pueden mantener vivos los ecos de la tradición.

Llegados a este punto y para cerrar, quiero señalar como el campo veredal, podría dejar de ser en futuras narraciones, el lugar donde se muestre el paso de un campo signado por la guerras a un campo donde la triada Estado-nación-territorio busque imponer y defender unos principios básicos de justicia social. Eso no es asunto de la filosofía propiamente, sino de la historia y de la política. Si los escritores testimoniales hasta ahora han mostrado el paso de los distintos ejércitos por las veredas dejando desplazamiento y unas heridas que se expresan en los testimonios de las víctimas, se espera que a futuro en las narraciones del mañana, emerjan también los modos efectivos de construir nación junto a los habitantes de esos territorios en que se configura el otro país rural que es también Colombia.

Bibliografía

Agamben Giorgio. <https://aquileana.wordpress.com/2012/07/14/giorgio-agamben-que-es-un-campo-de-concentracion/>

Traverso Enzo. El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política. Madrid: Marcial Pons, 2007

Benjamin Walter. Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV. Madrid: Taurus, 1991.

Levi Primo. Los hundidos y los salvados. Barcelona. El Alpeh editores. 1989

Amery Jean. Más allá de la culpa y la expiación. Tentativas de superación de una víctima de la violencia. Valencia. Pre-textos. 1999

Walter Benjamin. Ensayos escogidos. Buenos Aires: Editorial Sur. 1967.

Molano Alfredo. Del Llano llano. Bogotá. El Áncora editores. 1996

Molano Alfredo. Tomado de Internet: (<http://www.elespectador.com/opinion/reconocer-vereda>)

¿Cuál paz y cuál educación para la paz?

Aldemar Giraldo-Hoyos



Concepto de paz

Pocas palabras han sido usadas tan a menudo y de pocas se ha abusado tanto debido, tal vez, a que la paz sirva de medio para obtener un consenso verbal: es difícil estar por completo en contra de la paz (Galtung, 1985)

No sabemos a qué paz se refiere el sistema internacional, acaso, al silencio en medio de la opresión, al aplauso de los alineados o a la ausencia de guerra en su contra. Tampoco es posible descifrar la paz que se asignaturiza en las escuelas, cuando enmascarada en la mal llamada neutralidad, convierte a los estudiantes en seres serviles, acrílicos y perpetuadores de un statu quo que nos duele a todos.

Debido a ese abuso al que hago referencia, como también a la falta de una idea precisa, nítida y clara de lo que es la paz, han levantado sus voces pensadores como Hicks, Galtung, Jares, Fisas, Grassa, Lederach, Monclus, Tuvilla, entre otros. Gracias a esa múltiple conceptualización, como también a la ausencia de una idea cabal, transparente y clara sobre la misma, nos encontramos en una situación confusa sobre su significado verdadero.

A lo largo de la línea del tiempo ha habido distintas versiones de Paz: Eirene en Grecia, pax romana, santhi hinduista, ahimsa, paz jainista, la paz taoísta, shalom hebreo, pax hispá-

nica y pax americana, con sus diferentes modos, tanto de concebir y organizar el mundo, como de resolver y enfrentar los conflictos; al tomar cualquier forma o definición, se ha convertido en pretexto para muchas acciones políticas y en su nombre se han cometido grandes crímenes, violaciones, masacres y barbaries.

En las últimas décadas han existido dos grandes nociones de Paz: una restringida (paz, igual a ausencia de guerra o violencia directa; se fundamenta en la no-agresión, no conflictos); a esta concepción de paz se la llama Paz Negativa, la cual se ha definido siempre en función de la guerra y el hecho bélico y se restringe, casi exclusivamente, al sentido de pactos, haciendo caso omiso de la violencia estructural que corroee por doquier y que ocasiona más sinsabores y muertes que la guerra legitimada por los poderosos.

Muchos autores, como Enguita y Giddens, son seguidores de un concepto restringido; para ellos sólo existe la violencia en sentido estricto y, por supuesto, su negación equivale a paz; además, afirman que las nuevas propuestas, incluida la de Galtung, son vagas y proponen un concepto extendido de violencia que haría referencia a una gran variedad de condiciones que inhiben el desarrollo de las oportunidades vitales de los individuos. Así las cosas, hay que esperar el estallido de las armas o la arremetida física de los hombres, para poder tipificar un acto como violento. ¿En dónde se ubicarían, por ejemplo, las diferentes formas de opresión que pueden sufrir las personas? No podemos caer en el juego semántico de que estamos perdiendo de vista lo específico de la violencia tal como se interpreta, es decir, el uso de la fuerza para causar daño físico a otro; éste sería, a mi juicio, un reduccionismo restrictivo y temerario, para el que la sociedad y la escuela no tendrían respuestas apropiadas; bastaría con que actuase la violencia legitimada con las normas y armas oficiales para conseguir la paz, o en otras palabras, incrementar la carrera armamentista.

Esta idea negativa de paz, unida a su acepción de serenidad, no conflictos, etc., ha desarrollado una imagen pasiva de la paz, sin dinamismo propio y más bien creada como consecuencia de factores externos a ella, que son a los que se otorga esa capacidad dinámica. Es, en definitiva, el “estado entre guerras” que define el eirene; “el tiempo de paz” en el que los conflictos no afloran.

Gracias a las investigaciones sobre Educación para la Paz, realizadas a finales de los sesenta, comienzos de los setenta, y principios de este siglo, la atención se ha desplazado de la violencia directa a la indirecta o estructural, es decir, una noción de “paz” omniabarcadora (paz, igual a ausencia de violencia directa y de violencia estructural; paz, igual a justicia y armonía personal); en pocas palabras, se piensa en lo que pueden padecer las personas como resultado de sistemas sociales, políticos y económicos. Esta violencia estructural puede conducir a la muerte, la desfiguración o a una disminución del

bienestar y del potencial humano a consecuencia del racismo y del sexismo, por ejemplo; del hambre, de la denegación de los derechos humanos o de ingentes gastos militares. Esta reflexión condujo a definiciones más extensas y, en vez de considerarla simplemente como ausencia de guerra, la paz pasa ahora a suponer una cooperación y un cambio social no violento, orientado a la creación de una sociedad de estructuras más equitativas y justas (Paz Positiva).

De acuerdo con este concepto, la paz “ya no es lo contrario de guerra, sino de su antítesis que es la violencia, dado que la guerra no es más que un tipo de violencia, pero no la única y la violencia no es únicamente la que se ejerce mediante la agresión física directa o a través de los diferentes artilugios bélicos que se puedan usar, sino que también se deben tener en cuenta otras formas de violencia, menos visibles, más difíciles de reconocer, pero también generalmente más perversas en la provocación de sufrimiento humano” (Jares, 1999).

Según Galtung (1976), “los problemas de la paz son, en términos generales, quintuples y a estos cinco problemas corresponden cinco valores que deben ser subyacentes a cualquier definición de paz:

Problemas de la paz	Valores subyacentes
Violencia y guerra	No violencia
Desigualdad	Bienestar económico
Injusticia	Justicia social
Daño ambiental	Equilibrio ecológico
Alienación	Participación”

Hago relación a estos problemas, pues hacen parte de nuestra realidad colombiana; son la impronta y origen de la violencia que se pasea por campos y ciudades; contribuyen a algo que se ha convertido en paisaje cultural ante la indiferencia de la sociedad civil y el contubernio de políticos y victimarios; problemas que han estado en la agenda de los candidatos, pero que una vez son elegidos pasan al cuarto de San Alejo para facilitar el programa de empalme y transición que hará posible el pago de favores y la perpetuación del statu quo. Imposible cualquier paz completa o incompleta sin enfrentarlos con el compromiso de todos y sin la búsqueda de la no violencia, la justicia social, la participación, el equilibrio ecológico y el bienestar económico.

A pesar de que la literatura menciona otro tipo de paz, la paz cultural (existencia de valores mínimos compartidos), opuesta a la violencia cultural, por su manifestación y características, la ubico dentro de la violencia estructural, pero no comparto con Galtung el “que no sea visible”; asistimos todos los días a la “la masculinización de la violencia” (más del 90% de la violencia directa en todo el mundo es ejercida por hombres); éste es un ejemplo importante del papel de la violencia cultural. Esa violencia cultural está constituida por aquellos aspectos de la cultura en el ámbito simbólico de nuestra experiencia (materializados en la religión e ideología, lengua y arte, ciencias empíricas y ciencias formales - lógica - matemáticas- símbolos: cruces, medallas, medias lunas, banderas, himnos, desfiles militares, etc.) que pueden utilizarse para justificar o legitimar la violencia directa o estructural. Además, debe tenerse en cuenta que la violencia cultural impacta fuertemente las necesidades humanas, como la supervivencia, la identidad y la libertad.

Han transcurrido más de quince años de un nuevo siglo, de un nuevo milenio y aún persiste el concepto negativo o restringido de paz en muchos sitios de la geografía mundial y nacional y esto, necesariamente, incide en la orientación de las propuestas, proyectos, programas, acuerdos y convenios de paz. En este momento conviene dilucidar un interrogante: ¿Lo que se ha vivido en Colombia, durante los últimos 52 años, entre las FARC y el Estado colombiano, corresponde a una guerra o a un conflicto? Ya hay Ministro para el después y se han creado ONGs para sembrar y enfrentar el futuro, o mejor, para “administrar y beneficiarse” de los fondos destinados para ese fin. ¿Sacarán provecho del “posconflicto” o de la “posguerra”?

A propósito de la Educación para la Paz (EP)

La Educación para la Paz no es nueva; ha nacido dos veces. La primera, en los años veinte y treinta de la mano de los movimientos de renovación pedagógica que, impactados por la Primera Guerra Mundial se hicieron eco del “nunca más” que se generalizó en la sociedad occidental, especialmente, en la europea, y se propusieron llegar a la paz a través de la escuela. La segunda, en los años sesenta, cuando el riesgo de holocausto nuclear y la guerra del Vietnam llevaron a la Investigación para la Paz a proponer una estrategia de divulgación de sus resultados.

La Educación para la Paz ha sido siempre reactiva a lo largo del tiempo y deudora de la urgencia y del impacto de los grandes conflictos y ha reaccionado al medio internacional, de allí su carácter recurrente como tarea educativa y lo cambiante de sus objetivos, métodos y corrientes. Al apostar por la Educación para la Paz debemos ser conscientes de que ésta suele entender la educación como un componente necesario, pero no suficiente para el cambio social, es decir, que no puede sustituir a la acción. Como han indicado diversos

pensadores, la educación por sí misma no puede erradicar las violencias estructurales que niegan la paz y que afectan la propia supervivencia de la especie humana. La paz no va a llegar por la vía escolar; ello se realiza, básicamente, a través de la acción social y política. Sin embargo, la escuela y la E.P. pueden ayudar a ese logro en su trabajo de facilitar la conciencia que nos ejercite en la acción social.

Una de las características de la Educación para la Paz es que es realista y posible; se trata de contrarrestar la creencia que asocia la E.P. a algo utópico en el sentido quimérico, conceptos claramente diferenciados, pero que comúnmente se confunden, mucho menos, la que la asocia a un sueño. Educar para la paz es una tarea “realista y responsable, en vista de la situación y las necesidades del mundo en que vivimos” (Lederach, 1984); además, debe rechazarse el denominado “utopismo pedagógico”, propio de la Escuela Nueva, el cual se caracteriza por otorgar a la educación el protagonismo del cambio social y, en consecuencia, el medio para conseguir la paz.

Hasta tal punto ha calado en el discurso pedagógico el utopismo en cuestión, que todavía en la actualidad se encuentra muy arraigado en la E.P.; sin embargo, más que ningún otro argumento, la cruda realidad de la historia ha demostrado la inexactitud de este planteamiento o de esas expectativas hacia la educación en general y hacia la E.P. en particular.

En la escuela es pertinente referirse al debate sobre la agresión humana, usualmente considerada como característica innata en los humanos; sin embargo, son numerosas las investigaciones que indican que la violencia y la agresión pueden ser culturalmente aprendidas; si esto es verdad, quizá exista una nueva esperanza para la condición humana, aunque se asegure, también, que el ser humano es agresivo por naturaleza, pero violento por cultura (Agresivos somos todos; violentos, algunos).

Al hablar de E.P. deben tenerse en cuenta los planteamientos anteriores, siempre recordando que la paz es una realidad multidimensional y dependiente de muchos factores; de lo contrario, caeríamos en un juego sin salida; la paz tiene que ver con la finalización de los conflictos armados y, en general, con la superación de las distintas formas de violencia, con el logro de la justicia social y la armonía personal, por eso, en la Educación para la Paz, y en la resolución positiva de los conflictos, se funden lo afectivo y lo cognoscitivo; no podrán faltar argumentos y estrategias para afrontarlos en nuestros centros y aulas de manera cooperativa y creativa para evitar la dialéctica entre vencedores y vencidos. Esto exige una mayor comunicación, diálogo, consenso y, cuando sea necesario, procesos de mediación. Educar en y para la Paz es hoy uno de los principales retos de la educación en valores y de la escuela democrática.

Al mirar distintos Programas de Educación para la Paz, debe recordarse

que unos y otros responden, en muchos casos, a las diferentes posiciones ideológico-científicas, a la propia determinación de lo que deben ser los objetivos o intereses prioritarios de la E.P., al medio sociopolítico en el que se produce la reflexión o experiencia, e incluso, al propio nivel educativo en el que se trabaja.

Tras un rastreo de la literatura al respecto, algunas tipificaciones de la E.P. delimitan demasiado el análisis y hacen caso omiso de factores implícitos en cualquier Programa Educativo, a veces, no “visibles”, pero cargados de intención y que en un momento dado determinan no sólo la operacionalización de los mismos, sino -lo que es más grave- sus resultados. Aunque no es profunda la justificación, hago caso omiso de ellas y me guío por los tres modelos o paradigmas expresados para el conjunto de las Ciencias Sociales y que Jares (1999) relaciona con las reflexiones y experiencias de la Educación para la Paz; este investigador aporta suficientes elementos para un análisis más profundo, con lo cual se señalan caminos más seguros. En función de la relación mencionada, el autor propone los siguientes modelos de Educación para la Paz: técnico positivista, hermenéutico interpretativo y sociocrítico.

Sin ser utópico, apuesto por un Programa de Educación para la Paz que pueda acercarse al modelo hermenéutico-interpretativo o al socio-crítico, reconociendo que es difícil encontrarlo en su estado puro; en cualquiera de las dos opciones, se educará “en la paz” y ésta será tema vertebral del currículo, pero dentro de una escuela democrática y con coherencia entre el discurso y la acción. Mi posición, aunque cerrada, me lleva a descalificar aquellos programas centrados en la información y el activismo, cuyos resultados, de antemano, son precarios, por no decir, desastrosos.

Al trabajar Educación para la Paz, fuera de la escuela y con adultos, no dudo en inclinarme hacia el paradigma sociocrítico, el cual ayude a las personas a desvelar críticamente la realidad para poder situarse ante ella y actuar en consecuencia; así, la educación tendría verdadera naturaleza política y la paz se construiría desde la justicia. Insisto en que cada vez que nuestro país tenga problemas no podremos crear nuevas asignaturas o cátedras para solucionarlos; se trata, eso sí, de transformar los espacios donde se enseña y aprende, en verdaderos territorios en los cuales “se educa en y para la paz”, siempre en un contexto verdaderamente democrático, de lo contrario, seguiremos pintando el suelo con palomas que borrará el tiempo.

Bibliografía

- Galtung, J. (1976). Peace, war and defense. University of North Carolina, Chapel Hill.
Galtung, J. (1985). Sobre la paz. Fontamara, Barcelona.
Jares, X. (1999). Educación para la paz. Su teoría y su práctica. Popular, Madrid.
Lederach, J. (1984). Educar para la paz. Fontamara, Barcelona.

Relaciones civiles-militares en un país en conflicto armado

Francisco Leal-Buitrago

Las relaciones entre civiles y militares deben considerarse a partir de dos contextos: El primero, los militares en su relación con el Estado y el segundo, los militares con respecto a la sociedad civil. De esta manera, se busca definir las funciones y los objetivos a favor de una política estratégica eficiente, que conduzca a la prosperidad, en paz, de una nación.

A continuación presento una muy breve referencia histórica a esas relaciones en Colombia, a partir del Frente Nacional (1958-1974) hasta el presente, para luego plantear unas conclusiones y algunas recomendaciones sobre los objetivos militares hacia el futuro.

Desde el período del Frente Nacional se buscó definir un principio básico de relaciones entre civiles y militares, donde los políticos no intervinieran en los asuntos militares y a su vez éstos mantuvieran su condición de apolíticos.

Como consecuencia de ello, a través de sucesivos gobiernos hubo ausencia de una política estatal de seguridad, con lo que las Fuerzas Militares tuvieron que llenar este vacío, empeorando la situación dada la carencia de lineamientos claros acerca de los objetivos para la resolución de los conflictos armados por los que atravesaba el país. De igual manera, se presentó un desmejoramiento en las condiciones sociales de la población, pues no había presencia definida del Estado en varias regiones del país y las Fuerzas Militares solamente



adelantaban labores de control de orden público. Durante ese tiempo, las relaciones entre los militares y el Estado se enmarcaron dentro de un panorama tenso que condujo a un deterioro de las relaciones entre los militares y la sociedad.

A partir de la presidencia de César Gaviria (1990-1994) se buscó mejorar las relaciones entre los militares y la clase política, centradas en la lucha contra el narcotráfico. Sin embargo, las relaciones entre militares y sociedad civil no mejoraron. Durante el siguiente gobierno, el de Ernesto Samper (1994-1998), el conjunto de relaciones civiles militares se deterioró, sumándose a ello una mayor presencia de los narcotraficantes. El gobierno de Andrés Pastrana (1998-2002) buscó definir una estrategia de seguridad –a instancias de Estados Unidos–, mediante la reestructuración del dispositivo militar para la guerra irregular, enfocado hacia el narcotráfico. Pero, tras los acontecimientos terroristas del 11 de Septiembre de 2001 en Estados Unidos, tal enfoque se amplió hacia la insurgencia, afectando de paso sectores de la población civil por razón de la dispersión de las guerrillas en zonas críticas del país, caracterizadas por el abandono en que se hallaban –y se hallan– por parte del Estado.

Durante los dos períodos del gobierno de Álvaro Uribe (2002-2010), por primera vez en medio siglo un Presidente asumió la dirección de la seguridad, aunque saltándose con frecuencia los escalones de mando y mezclando funciones de relaciones militares con el Estado y con la sociedad civil. No obstante, el gobierno logró compaginar los intereses castrenses con los del Ejecutivo, así como el apoyo de una gran cauda de la sociedad civil, a la luz de una represión efectiva contra la guerrilla, además de una actitud complaciente con el paramilitarismo. La polarización de la sociedad civil, bajo el estímulo del gobierno en su búsqueda de favorecimiento de la nueva política, fue un resultado poco positivo para las relaciones entre civiles y militares.

En el curso de los dos períodos del gobierno del presidente Juan Manuel Santos (2010-2018) surgió una nueva tentativa de negociación para el fin del conflicto con la guerrilla de las FARC, la cual –a diferencia de intentos anteriores con esta guerrilla desde el gobierno de Belisario Betancur (1982-1986)– está llegando a su culminación. Sin embargo, azuzada por la oposición del Centro Democrático –partido creado por el ex-presidente Uribe, hoy senador– la anterior polarización de la sociedad se volcó a favor y en contra del llamado proceso de paz. Dado el carisma del neo-caudillo Uribe, frente al deficiente manejo de la opinión pública por parte del Presidente, se han presentado numerosas trabas innecesarias en el proceso de negociaciones. En ello, la oposición de sectores castrenses a este proceso ha contribuido a alimentar las tensiones políticas y sociales alrededor de la presente coyuntura. Sin embargo, el liderazgo del actual Comandante del Ejército ha servido para contrarrestar parte de los efectos negativos de esta situación, a partir de planteamientos acerca de las reformas militares que deben implementarse en el mal llamado

posconflicto, pues debería denominarse pos-acuerdos.

Menciono en seguida algunas conclusiones referidas a lo que he expuesto, que pienso vale la pena destacar, para finalmente señalar unas recomendaciones hacia el futuro inmediato.

En el contexto histórico por el que atravesamos –no sólo en el país sino en gran parte del mundo globalizado actual–, los conflictos armados no pueden ganarse si se concibe únicamente una solución armada. Esta debe ir acompañada siempre de una solución política complementaria, por lo que las relaciones civiles militares deben apuntar hacia ese objetivo.

La base para una política de Estado coherente, sólida y sin ambigüedades es la aplicación de la transparencia en los procesos administrativos y judiciales, el incremento de medidas de control contra la corrupción y la veeduría al cumplimiento de los derechos humanos y el Derecho Internacional Humanitario.

Para el óptimo desarrollo democrático de un país, las relaciones entre las Fuerzas Militares, el Estado y la sociedad civil deben ser las mejores y cada uno de estos tres entes debe servir como apoyo y complemento de los otros dos, sin llegar a ocupar sus funciones o delegar las propias en uno o en ambos de los otros dos. Es decir, debe haber siempre una autonomía explícita y compartida.

Acerca de las recomendaciones que cabría hacer, señalo cuatro que me parecen relevantes para este foro.

Desarrollar un tratamiento más profundo y positivo de la información que se entregue a la población civil, con el propósito de que se genere una imagen positiva de la labor de las Fuerzas Militares frente a los problemas del país.

Crear la conciencia en la clase política de que el problema de orden público no le corresponde solamente a la Fuerza Pública, sino también a la forma como el Estado y sus instituciones administren su poder de manera democrática en todos y cada uno de los rincones del país.

Es importante que el gobierno mantenga el apoyo incondicional a las Fuerzas Militares, con el fin de que se maneje un concepto de unidad y trabajo en equipo tanto del Estado como de la Fuerza Pública.

Debe diseñarse una política de seguridad y defensa que le proporcione las herramientas operativas necesarias y suficientes a la Fuerza Pública para cumplir con su labor de manera adecuada. Vale la pena recordar acá que una política tal debe comenzar por una ley de seguridad y defensa –que sea acorde con la situación estructural de amenazas reconocidas– para que le sirva de fundamento para su aplicación y desarrollo. Esta ley ha brillado por su ausencia en Colombia, caso inaudito en un país que ha sufrido conflictos armados permanentes durante la mayor parte de su historia.

Algunas columnas de “El Espectador”

Armando Montenegro-Trujillo

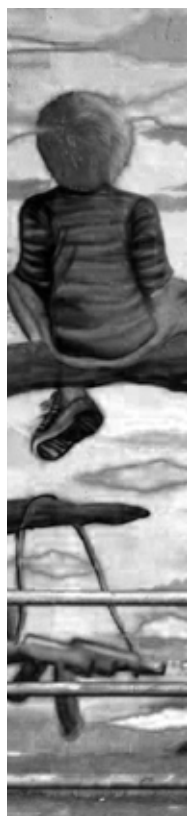
El populismo de aquí y allá

El Espectador, 03.VII.2016

Se suele decir, en una cruda generalización, que los movimientos proteccionistas y opuestos a la inmigración están impulsados por los pobres de los países ricos y, en el otro extremo, por los ricos de los países pobres. Lo que está sucediendo en Inglaterra con el Brexit y en Estados Unidos con la candidatura republicana es una evidencia en favor de esta idea, pero con una interesante adición: los obreros, desempleados y marginados de ambos países han sido capitaneados por dos millonarios elitistas que atizan, sin ningún escrúpulo, sus frustraciones, resentimientos y temores.

Boris Johnson, el líder del Brexit (quien sorpresivamente renunció a su aspiración de ser primer ministro), un personaje educado en Eton y Oxford, con su exquisito conservatismo y su red de relaciones privilegiadas, es la persona menos parecida a un caudillo de los desposeídos. Y en Estados Unidos, el líder que ha logrado el respaldo de millones de desposeídos, con sus promesas de construir un muro en la frontera con México, liquidar los acuerdos de libre comercio y armar a los blancos contra los islamistas, no es otro que el magnate de los hoteles y casinos, Donald Trump.

La gran mayoría de quienes votaron por el Brexit son blancos pobres, con escasa educación, mayores de 30 años, en buena parte desplazados o amenazados por los cambios tecnológi-



cos (en cambio, los más educados, jóvenes y confiados en sus capacidades, masivamente optaron por quedarse en la Comunidad Europea). Y la base que apoya a Trump tiene un perfil parecido: trabajadores blancos, desempleados; gentes temerosas, poco educadas y llenas de prejuicios frente a los latinos y asiáticos; que apoyan el bloqueo a las importaciones de China, Vietnam o México (el perfil de los seguidores de Trump no es muy distinto al de quienes votaron por Bernie Sanders).

El mensaje central del populismo de Johnson y Trump es recuperar la independencia de sus países por medio del cierre de las fronteras. Su vaga promesa es la de reconstruir un mundo del ayer, que en su memoria fue mejor, sin competencia ni extranjeros. En el caso de los británicos de edad avanzada, el Brexit vendió la promesa de reconstruir la pujanza de unas industrias hoy muertas y las glorias del que fue un gran imperio. En el caso de los norteamericanos, el sueño es volver al mundo de antes de los carros y electrodomésticos japoneses y coreanos y, por supuesto, antes de que todo llegara de China y pusiera en duda el predominio de lo “Made in USA”. Estas promesas, por supuesto, son una estafa.

El populismo de América Latina, usualmente de izquierda, también estimula y explota el resentimiento, los miedos y temores de grandes grupos de personas de bajos ingresos. Pero tiene una gran diferencia con el populismo de derecha de Estados Unidos e Inglaterra. Sus líderes —Perón, los Kirchner, la camarilla de Chávez y Maduro, la gente de Lula— no llegan ricos al poder, pero, eso sí, salen millonarios del gobierno. De hecho, esos regímenes son el trampolín para crear nuevas clases dominantes que compiten en riqueza y poder con las antiguas.

A pesar de que está transitoriamente en retirada, nada asegura que el populismo no volverá a tener nuevas oportunidades en América Latina. Los problemas económicos, las desigualdades sociales y, claro, los ejemplos de Trump y el Brexit le abonan el terreno.

Sobre el dividendo de paz

“El Espectador”, 19.VI.2016

Numerosos estudios muestran que la paz con las guerrillas tendría un impacto positivo sobre el crecimiento económico de Colombia. Sin embargo, algunos de ellos difieren en sus cálculos sobre el tamaño y la duración del llamado “dividendo de la paz”. Y existen otras divergencias frente a estos temas.

Se han identificado algunos riesgos, derivados de la forma de implementar los acuerdos de paz, que, si no se toman las debidas precauciones, podrían hacer que el “dividendo de la paz” se achique o, incluso, en casos extremos, sea negativo. Existen, por lo menos, tres de estos riesgos.

En primer término, un crecimiento excesivo del gasto público, por encima de las capacidades de la economía, con el fin de desarrollar los distintos programas previstos en los acuerdos de paz, podría elevar el déficit fiscal, disparar el endeudamiento público y poner en riesgo la calificación crediticia del país, un evento que claramente tendría consecuencias negativas sobre el desempeño de la economía. Este riesgo se ve especialmente acentuado en la actualidad porque el país ya se encuentra sufriendo de un grave desequilibrio macroeconómico —un enorme déficit en cuenta corriente— que ha sido señalado con preocupación por los observadores internacionales y está siendo manejado con cautela por las autoridades económicas.

En segundo lugar, existe el riesgo de que, después de la desmovilización de las Farc, una fracción de sus guerrilleros engrose las filas de la Bacrim, el Eln o algún otro grupo criminal, de tal forma que podrían aumentar la violencia y la inseguridad, un hecho que tendría consecuencias negativas especialmente para los sectores agropecuarios y mineros. Este fenómeno, que se evidenció en Centroamérica después de sus procesos de paz, tiene probabilidades de materializarse por cuanto la producción de cocaína en Colombia, el principal combustible de la violencia organizada, ha venido creciendo en los últimos años y está atrayendo a muchos grupos armados que se benefician del tráfico y cultivo de estos productos.

En tercer lugar, numerosos analistas han señalado el riesgo de que el desarrollo de los acuerdos en materia rural, algunos de cuyos temas todavía no están cerrados en la mesa de negociación, si no se toman precauciones, podrían, en la práctica, disminuir la seguridad jurídica y, por esta vía, desincentivar numerosas inversiones y obstaculizar el desarrollo de nuevos proyectos en zonas rurales. Se anularía, de esta forma, una de las fuentes de mayor crecimiento económico esperado, según los estudios de quienes esperan y estiman el llamado “dividendo de paz”.

La materialización de estos riesgos no es inevitable. El manejo cuidadoso de la situación fiscal, ya deteriorada a raíz de la caída de los precios del petróleo, podría garantizar que los gastos adicionales que exige el desarrollo de los acuerdos se hagan dentro de plazos y parámetros que mantengan el equilibrio macroeconómico. El fortalecimiento de la Policía y otras fuerzas de seguridad, por su parte, podría impedir que se consoliden los grupos criminales después de la desmovilización de las Farc. Y, por último, la protección de las reglas de juego para la agricultura comercial privada podría asegurar que un sector rural moderno y en expansión coexista con una revitalizada economía campesina de las zonas beneficiadas por los acuerdos de paz.

Impuestos y la plata del posconflicto

“El Espectador”, 26.VI.2016

El Marco Fiscal de Mediano Plazo (MFMP) es la carta de navegación de las finanzas públicas y, en esta coyuntura, en sus cifras se encuentran respuestas, a veces en forma implícita, a muchas de las preguntas que han venido haciendo los analistas sobre el tamaño del déficit, aumentos de impuestos, gastos del posconflicto y otros temas. Lo primero es que el MFMP adopta metas del déficit fiscal para el resto del período presidencial: un 3,3% del PIB para 2017 y un 2,7% para 2018. El ministro de Hacienda, además, ha reiterado que el Gobierno, como un todo, se encuentra comprometido con estas cifras y que sus distintas decisiones apuntan a mantener las limitaciones impuestas por la regla fiscal.

La fijación de estas metas tiene importantes consecuencias sobre los planes del Gobierno. Para lograr un déficit del 3,3% del PIB en 2017, con la estructura de recaudos tributarios vigente, sería necesario imponer una draconiana reducción de la inversión pública para que no supere el 1% del PIB en ese año (la inversión pública fue del 3% en 2014 y se estima que será apenas de un 1,9% del PIB en 2016). Como estos bajísimos niveles son claramente insuficientes frente a las necesidades del país, la única manera de aumentar la inversión pública a partir del año entrante y, al mismo tiempo, cumplir las metas fiscales será elevar los recaudos tributarios en los próximos meses. El mensaje es claro: si los Ministerios, las regiones y líderes de programas bandera del Gobierno quieren más recursos de inversión, tendrán que apoyar el incremento de los impuestos. El MFMP es una invitación indeclinable a que todos empujen el carro del ministro de Hacienda.

Pero esto no es todo. Una lectura cuidadosa de las metas del MFMP permite concluir que los gastos del posconflicto, aunque sus cifras no fueron incluidas en este ejercicio, tendrán que acomodarse dentro de las metas fiscales del 3,3% y el 2,7% del PIB para 2017 y 2018. Los recursos para la financiación del posconflicto, entonces, tendrán que surgir de dos fuentes: (i) de la mayor inversión pública que podrá ser financiada con la reforma tributaria (algún publicista palaciego podría acuñar una frase como los “impuestos para la paz”); y (ii) de la necesaria e inevitable recomposición de los gastos de los Ministerios que estarán al frente de los programas del posconflicto, especialmente el de Agricultura (cuyos programas de inversión hoy están fuertemente concentrados en el otorgamiento de subsidios directos a grandes productores).

En conclusión, el MFMP despeja dudas y traza el camino del manejo económico en el resto del período presidencial. Ya estamos avisados de que los impactos financieros de los grandes asuntos que se discutirán en el segundo semestre —la tan anunciada reforma tributaria y el diseño de los programas del posconflicto— tendrán necesariamente que acomodarse dentro de las res-

tricciones presupuestales impuestas por la regla fiscal y los demás imperativos macroeconómicos. Si esto se consigue, la economía colombiana no sólo habrá superado exitosamente la crisis de la caída de los precios petroleros, sino que habrá incorporado a sus cuentas fiscales los efectos de las decisiones sobre la paz, y todo esto de una manera consistente con el tradicional buen manejo económico que ha caracterizado al país durante varias décadas. Un logro notable.



Sobre la experiencia con niñas, niños y jóvenes excombatientes

Juan Pablo Mejía-Giraldo



El presente texto, escrito en primera persona, pasa por las reflexiones que durante años han atravesado mi propia experiencia en este oficio de escuchar a personas víctimas del conflicto armado interno colombiano. En principio, y sin la pretensión de saturar el texto con la formalidad de la cita, me propongo situar la reflexión en términos de la experiencia, como una forma de acercamiento al “otro” que me permita dibujar algunas de las reflexiones que intento expresar. En segundo lugar, trato de ubicar estas reflexiones en los escenarios de encuentro con los jóvenes excombatientes para, finalmente, pensar aquello que podríamos intentar narrar en otras formas distintas a un informe.

El campo abierto de la experiencia

Entiendo por experiencia aquello que se aproxima tanto a la subjetividad humana como para no ser considerado seriamente. En la búsqueda de luces, pensé que Walter Benjamín, un judío en Europa durante los tiempos de la dictadura Nazi, podría acompañarme en el intento de re-pasar la experiencia a través de un ensayo que lleva por nombre “Experiencia y pobreza”:

“Entonces se pudo constatar que las gentes volvían mudas del campo de batalla. No enriquecidas, sino más pobres en cuanto a experiencia comunicable. Y lo que diez años después se derramó en la avalancha de libros sobre la guerra era todo menos experiencia que mana de boca a oído.”(Benjamin, 1933, p1)

No puedo evitar pensar en esta frase como aquello que ocurría en el encuentro con jóvenes sobrevivientes de la guerra. Los veía llegar enmudecidos de los campos de combate y desorientados en un mundo urbano del cual tenían imágenes muy borrosas.

Si la experiencia es lo que nos pasa, lo que nos atraviesa, lo que de alguna manera, al pasar por nosotros, nos transforma, no creo que el encuentro con jóvenes excombatientes quepa en el campo ambiguo de la experiencia. No experiencia, como lugar de saber (experticia), sino, precisamente, como un lugar por descubrir, por atravesar, una experiencia que siempre está a merced de lo imprevisto, de la incertidumbre.

Foucault, en una entrevista con Duccio Trombadori, (París, 1978) refiere que la experiencia es algo de lo que uno mismo sale finalmente transformado, no está antes y solo se puede dar cuenta de ella después de la travesía; ese primer capítulo lo nombran; “El libro como experiencia”. Por otro lado, el profesor Larrosa, en un texto que lleva por nombre “Experiencia y pasión”, escribe: “La experiencia es el paisaje de la existencia, el paisaje de un ser que no tiene escancia, razón o fundamento, sino que simplemente existe de una forma siempre singular, finita, inminente, contingente.” (Larrosa, 2003:176)

En este sentido, la narración es el medio que siento más cercano para retratar la experiencia de estos encuentros, en todo caso, parciales. A continuación, sitúo el lugar donde comenzó el encuentro con jóvenes excombatientes:

Entré a trabajar al CEDAT -Centro de Estudios sobre Conflicto, Violencia y Convivencia Social, como Psicólogo Clínico, en el año 2008. Esta institución se creó en el 2001. Entre los años 2006 -2013 coordiné un programa llamado Hogar Tutor, en convenio con el ICBF, dedicado a la atención integral de niñas, niños y jóvenes excombatientes, un fenómeno del que apenas se tenía noticia en el país, en ese entonces.

Algunos autores me acompañaban en el ejercicio de la atención psicológica, entre los cuales estaban Freud, Jung y Marta Cecilia Vélez; los leía con la urgencia de encontrar algunas pistas para el encuentro con esos excombatientes; desde ese momento, asumí toda una disposición de escucha en el marco de un dispositivo clínico de control, con un manual diagnóstico de enfermedades bajo el brazo y unas técnicas más o menos precisas para intervenir lo sintomático, todo ello fruto de la validación disciplinar en la que tanto se nos insiste en la formación y las exigencias de las instituciones de diagnosticar bajo el criterio del DSM V (en ese momento). De otro lado, tenía un interés oculto, latente y muy potente de escuchar la guerra, sus testimonios, sus relatos e intentar, de alguna manera, comprenderlos fuera de esos dispositivos y manuales disciplinarios.

También me encontré, gracias a un diálogo exigente y florido, con trabaja-

doras sociales que me orientaban sobre las dificultades de la vida cotidiana de jóvenes en la ciudad y en sus familias tutoras.¹ De estos diálogos (que por fortuna se conservan) se desprendieron las orientaciones necesarias para atender un fenómeno inexplorado. El espacio del consultorio empezó a parecer estrecho para los encuentros y empezamos a trasgredir juntos la normatividad clásica de la psicología clínica.

Me encontré con algo que me asombró mucho: jóvenes que caminaban a tientas por la ciudad, intentando reconocer un lugar para nada familiar, lugares que no hablaban de sus orígenes. Llegaban de la guerra, como veteranos, a los 15 años. Uno de ellos lo expresó en una forma transparente cuando juntos reconstruíamos la experiencia en el programa Hogar Tutor, años después (2014) con el esfuerzo del Semillero de investigación Niñas, Niños y Jóvenes desvinculados del conflicto armado; jóvenes, en su mayoría mujeres, interesadas en comprender el conflicto y pensar una Colombia posible, éstas son las palabras de Jaime:

“en el programa parece uno como un niño pequeño... ésta es la vaina que cree Bienestar, es que como uno sale menor de edad, entonces, es un niño pequeño. Por qué?, porque la gente aquí no ha vivido la vida que uno ha vivido allá; es muy distinta a como la vive un niño de aquí de la ciudad... a mí, a veces, me dicen: uy, pero usted está muy niño, pero tiene una mente, Virgen Santísima, más que un mayor, si ve, uno sale con mucha experiencia... entonces en el programa lo creen a uno un niño” (Jaime)²

Nuestros encuentros empezaron a buscar nuevos lugares, desplazándonos de aquel dispositivo de control para habitar otros espacios de la ciudad donde se sentían extraños, foráneos y que en mi historia de vida reconocía cotidianos y familiares: las calles, las busetas, el río de gente y la idea de familia que acoge; todo era extraño. Los problemas no hacían falta. Era necesario que se regularan en el nuevo escenario de participación, que acataran normas, que se proyectaran sobre un futuro, que encontraran sentido a la vida y todo contra el tiempo, antes de los 18 años. Dejar listas las bases para que pudieran ser unos cuidanos de “bien”, prósperos y con proyectos productivos para esta nueva sociedad de la que hacían parte. Una vez cumplida la mayoría de edad pasaban a hacer parte de la ACR (Agencia Colombiana para la Reintegración); ya no eran más, menores de edad.

Escuché silencios prolongados que desafiaban el oficio y unas miradas que se dirigían hacia mí con duda y sospecha; parecía que los ojos expresaban miedo y fuerza; silencios ensordecedores con rastros de experiencias bélicas

1 Familias que albergan a niñas, niños y jóvenes desvinculados, bajo la coordinación del ICBF.

2 Notas del Diario de Campo del día 30 de julio de 2014. A propósito de la experiencia en el Programa Hogar Tutor. (Proyecto de investigación: Jóvenes egresados de programas de protección a víctimas de reclutamiento forzado: situación y experiencias post-egreso.)

que dejaron inmóvil, casi pétrea, la vida. No lograba escuchar sus asombros frente a la novedad y sus preguntas profundas acerca de la libertad. Recuerdo, a propósito, sus preguntas, una en particular que no pude acompañar: “¿Por qué debo obedecerle a alguien que no tiene un fusil?” Debo decirlo, mi formación me llevó a intervenir lo patológico y traumático, casi en forma exclusiva, sin advertir las preguntas éticas que hacían en estos nuevos contextos de vida.

Un silencio que se expande y se dilata: muy pocos de ellos querían hablar sobre lo ocurrido en la guerra, sobre la confrontación armada, sobre los campos de batalla. Les gustaba hablar sobre los amores que se levantaban, explorar sus nuevas relaciones en el ámbito de la ciudadanía, “entretener la mente en algo” como llegaron a decir muchas veces, en última instancia, hablar sobre lo que les era ajeno, la sensación de encontrarse en un campo sin coordenadas. ¿Qué hacer con la libertad de elección y con las oportunidades que apenas se abrían?

Ausencia de ánimo, baja tolerancia a la frustración y dificultades de adaptación plagaron los informes presentados a la institución; parecía estar justificando sus dificultades en la vida ciudadana. Recuerdo haber escrito, con mucha ansiedad, los informes trimestrales presentados al ICBF, con la intención de que sirvieran para algo, no sólo para rendir indagatoria, para instaurar un orden de vigilancia o para informar sobre sus comportamientos. Tenía la intención de que sirvieran para algo más; ahora puedo entender que de algo sirvieron, eran apuntes de las reflexiones sobre las experiencias con jóvenes excombatientes.

Tal vez, debido a los recuerdos de aquellos informes, he decidido, para acercarme a la experiencia, escribirlos de otra forma, desde otros lugares, entrando en las rupturas, dejándome afectar por ellas, sin conservar una línea del tiempo plana y constante, sin la objetividad que acredita el hablar; una forma de narración que permita retratar aquellos encuentros tan espontáneos y humanos donde parecía que no pasaba nada.

Lina o Hija del aire y del viento

Recuerdo a una chica que sentía vergüenza en los descansos del colegio, en donde estudió cuando llegó al Programa Hogar Tutor de la ciudad de Manizales (7 de abril del 2006), tenía 15 años aproximadamente. La hacían sentir una campesina, robusta, con fuerza y cierto montañerismo evidente en su mirada. El colegio y la sociedad de consumo, en general, tenía ya todo un dispositivo para diseñarla. Pronto se convertiría en una mujer objeto de miradas deseables, con rutinas extensas de ejercicios y cirugías plásticas que definían su cuerpo. Cierta confianza se desprende hoy de su mirada una vez lee y ma-

niobra las dinámicas y exigencias de una sociedad donde la cotización de la experiencia ha bajado y la capacidad de consumo se convierte en calidad de vida.

“Me decían que yo era una boba, que parecía campesina, que miraba como bestia y que yo no le daba ni a los talones a ellas, comenzando por una loción que Yolanda siempre me compraba, a-gugu rosada, ella me peinaba (risas).³

-Quiénes son tus padres?

-¡Yo soy hija del aire y del viento! No tengo recuerdo alguno de sus rostros.

¿Cómo se relaciona esto en un informe clínico? Distorsión de realidad, ausencia de figuras parentales, recuerdos distorsionados. ¿Cómo se coloca esto en un informe sin las técnicas de control?

Pienso que podemos adentrarnos en vías imaginables para comprender experiencias que se encuentra distantes de nuestra existencia civil:

La atmosfera psíquica que se recrea en la florecencia de la campos colombianos cuenta con una diversidad y frondosidad que nos es extraña en la vida ciudadana, toda vez que se considera en la ciudad que la familia es un espacio al que se le conceden diferentes tipos de supervisión y se intenta velar por los derechos de la infancia y el cuidado. Los recursos de jóvenes excombatientes están al servicio de la huida por la sobrevivencia, sus formas de resistencia pasan por el cuidado de la vida mediante la recursividad anímica: la fuga (huida) se convierte en un recurso imprescindible ante la emoción del miedo.

Ella es una mujer que se consume toda en sus vivencias, siempre vuelve y se levanta con nuevos vientos. Ella misma se describe fénix.

Escuadras de formación...

Reconocía el miedo en su miradas, no lo sabía en ese momento, porque yo también temblaba de miedo. Sus miradas eran atentas y desconfiadas, lo que puede llegar a ser entendible bajo un sistema de disciplina militar; me asombraba ver cómo se organizaban en esquemas triangulares para los recreos del colegio, cómo recobraban alguna seguridad en esta ciudad extraña y ajena. Sus cuerpos tensos y crispados me generaban amenazas; después vinieron los abrazos con una torpeza extraordinaria, se despertaba un vínculo que me parecía extraño cuando pensaba precisamente en niñas, niños y jóvenes desvinculados y en mi rol como psicólogo. El vínculo floreció entre todas las personas que pasaron por el CEDAT; escuchar a las víctimas nos interpelaba

³ Notas del Diario de Campo del día 5 de septiembre de 2014. A propósito de la experiencia en el Programa Hogar Tutor.

hondamente y aunque el Programa Hogar tutor fue entregado al ICBF en diciembre del 2013, esa experiencia nos permitió conservar vínculos que hoy cuidamos y nutrimos. Lo azaroso del vínculo resulta ser para mí hoy una incógnita, pero también, una gran potencia.

Alejandro o...

Pude ver a un niño llegar a la ciudad con rastros de la guerra sobre su cuerpo y rostro. Una bomba le cayó cerca. Ese niño llamaba la atención al pasar; su piel exponía la vida en los campos de batalla y evidenciaba el horror al cual era imposible ser indiferente. Puedo asegurar que no es pesar o lástima lo que generaba. Era, en parte, terror y, en parte, gesto de vida y resistencia. La vida en los albores conservándose a sí misma en ausencia de protección estatal. Ese niño llegó de 12 años al CEDAT.

Vanessa y el mito del arco Iris

Una niña me explicaba el alboroto del arco iris por medio de un mito exquisito y montañoso: la Madremonte tenía una hija muy desobediente, la tiró al mar para deshacerse de ella, pero se convirtió en mitad pescado, mitad persona, logrando de esa forma sobrevivir con cierta mutación. Cuando sale a respirar el oxígeno que le hace falta, proyecta, por medio de su aleta, todo aquella superposición de colores.

Me pareció que su explicación era más honda que la mía, la que conocía hasta ese entonces: la filtración de la luz por las gotas de agua. En su mito me hablaba de ella, de su Madre Monte, nuestra madre monte que ya no tiene cómo asustar a nadie, porque incluso a ella la han desplazado de la cultura donde nació. Esta guerra ha logrado arrebatar los símbolos que nos integran como sociedad. Me hablaba, también, de la sobrevivencia humana para crecer entre una fauna densa y colorida, de las posibilidades de una vida bajo nuevas formas simbólicas. Esta niña llegó de 13 años de edad, en enero de 2008.

Jacinto y los paisajes de papel

Conocí a un chico que “entretenía su mente” con el origami; recuerdo su brusquedad para los pliegues finos y delicados, su motricidad era gruesa y robusta. Recuerdo su orgullo al mostrar las pequeñas figuras terminadas, al inventar paisajes de distintas figuras y buscar reconocimiento a través ellas. Recuerdo también lo que pasó en Japón después de las bombas de Hiroshima y Nagasaki y la estrategia para evitar el suicidio colectivo ante la rendición de su Dios por medio del origami. (15 años de edad)

Nacido para Triunfar

Rememoro el chico que escribió el libro “Nacido para triunfar”, hoy reedita ese texto bajo el mismo nombre (“Nacido para triunfar: una reinserción a la vida civil, 2016, Chaido, España). Él me decía que no soportaba atornillarse en una silla, que nació talando monte, abriendo trochas, trepando montañas y esa idea de quedarse sentado le ahogaba la vida. Alcanzó a estudiar dos semestres en la universidad; tenía 18 años y llegó de 16.

De repente, pensé que para aquel entonces yo llevaba 23 años atornillado a una silla y que teníamos mundos de distancias. En el texto citado, él escribe sobre los excombatientes. Presento aquí su poemas para acompañar el deseo de vida que lo impulsa: “Contar versos, que vale la pena soñar, tener esperanza, vivir civil.”

Excombatiente

*Y al pasar de los años
Sigo aquí soñando,
Caminando, cantando e imaginando
Pensando en los días desperdiciados*

*Con mis manos frágiles,
Pensamientos inmaduros
He labrado mi camino;
Así terminaré mis días de seguro.*

*Aunque parte de la vida ya no me quiera,
Y si escribiendo esto muriera
Que lea esto quienquiera,
Ya he muerto con todas mis penas.
Y si no cumpliera todas mis metas,
Agradecido con la vida que alguien me diera
He roto las cadenas
Que alguien me pusiera.*

*No existirán limitaciones
Cuando de vivir se sea
Ni encontrando la propia muerte
La lucha mi alma deja.*

*Acá en el Putumayo, escribiendo versos y poemas,
Contando los días que me restan
Ver pasar varias navidades quisiera.*

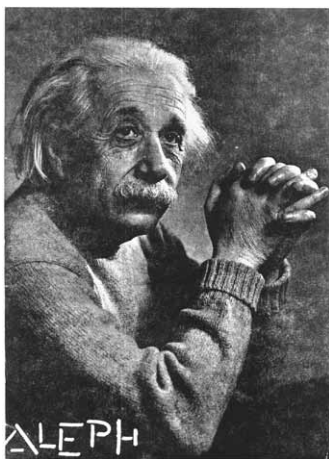
*Y si algún día yo guerrillero fuera,
Eso ya no me interesa;
Terminaré mis días finales
Como un civil cualquiera.*

Santiago L.
(26 de diciembre de 2012)

Es desafiante escuchar sus palabras con un poco de sensibilidad humana, escuchar sus silencios que también existen aunque pretendan llenarse de palabras salvavidas, oír en sus voces una fuerza de resistencia, ver sus cuerpos en pie de “lucha”, retratar para la memoria sus lágrimas sobre la piel ya curtida de experiencias bélicas. Hoy, aquellas niñas, niños y jóvenes excombatiente, están insistiendo sobre sus vidas, están criando a sus hijos y enfrentado el asunto de hacer familia: “Hoy soy el resultado de mi pasado, el soplado de una buena historia, de haber vivido 22 años como si fueran 40 años. Una paz de re-encuentro. (Julián)”⁴

Están pensando en rescribir sus biografías o narrar sus experiencias como ciudadanos, presentándolas a la sociedad desde lugares “otros” en donde su vida (lugar) no corra peligro y, con suerte, alcancen un reconocimiento que les permita enfrentar este mercado de competencia en el que se sienten en desventaja, pero con la consciencia de haber podido salir con vida. Es importante recordar que han vivido los procesos de transición a la vida civil en tiempo de guerra.

4 Notas del Diario de Campo del día 4 de julio del 2016. Joven excombatiente.



Notas

Del 20 de julio al 23 de junio: nuestro largo siglo xix (por: Carlos-Eduardo Rojas R.). Si admitimos la relatividad del tiempo con respecto a los fenómenos estudiados bien podemos reconocer su sucesión, la simultaneidad de diferentes temporalidades o, también, distintos ritmos en la ocurrencia de hechos de las mismas características.

Tenemos tiempos geológicos (como los volcanes) o tiempos fugaces (como las mariposas), entre otros.

Los hechos sociales tienen diferentes ritmos según sean las situaciones de los grupos humanos. En el caso de los colombianos: el punto de inflexión que representó el 20 de julio de 1810 en nuestro proceso de construcción de Estado-nación encuentra su complemento en el 23 de junio de 2016: el primer hito representó nuestra independencia de los poderes coloniales externos, el segundo, de nuestras propias fuerzas centrífugas que hemos conocido con distintos nombres: patria boba, guerra de los supremos, violencia liberal conservadora, conflicto armado interno.

La superación de esta guerra civil con

sus distintos nombres la expresó claramente el presidente Santos: se trata de que no sigamos matándonos los hijos de una misma nación. Y la forma jurídica de dicho nuevo orden social la expresó el ciudadano Timoleón Jiménez: se trata de reconocer en el Estado el monopolio legítimo de la fuerza, las armas y la tributación para de esta manera garantizar los derechos de todos los ciudadanos. Las dos partes también reconocieron el monopolio de la justicia: será la Corte Constitucional la que decida las características del mecanismo de refrendación de los acuerdos de La Habana.

El punto de inflexión que representa el 23 de junio pretende ser retrotraído por quienes quieren mantenernos en el siglo XIX, algunos otros (el Procurador General, la senadora Paloma Valencia) pretenden que viajemos aún más atrás: añoran con regresarnos al siglo XVI, ese que terminó en 1810 y que significó la indeferenciación del Estado y la Religión Católica, el exterminio de nuestros ancestros originarios de estas tierras.

Nunca pensé que en mi vida podría ver tan claramente encarnados los conceptos sociológicos: el pacto hobbesiano que nos permitirá salir del Estado de

Naturaleza (en el que el derecho de cada quien está en la medida de su fuerza) para ingresar al Estado Civil, en el que serán las leyes las que garanticen los derechos y regulen la convivencia social.

También encarnó el concepto weberiano: el Estado es el instituto que monopoliza el uso de la fuerza legítima para garantizar el orden social; bien es cierto que el concepto se actualizó con el monopolio de la tributación y de la justicia.

Requerimos que el acuerdo logrado, este nuevo punto de inflexión, se constituya en mito fundacional de nuestro ingreso al Siglo XXI (no necesitamos pasar por el siglo XX, ya bastantes dolores llevamos con nosotros), tendremos que imaginar y poner en práctica ritos con los que actualizar y proyectar permanentemente este mito.

Todo lo que vendrá sólo será sólo posible, como este proceso de lo ha mostrado, con el recurso de la acción comunicativa.

Carta a la sociedad civil (por: Luis-Alberto Tenorio; testigo de la guerra en Colombia). ¿Qué le diría yo a la sociedad civil? Les contaría quien fui y quien estoy intentando ser. Que me vean. Que me puedan reconocer y no sentir miedo a sus miradas de juicio. Desde niño fui un diablillo, como mi hijo que ahora que tiene 4 años; me decían el diablillo en el caserío, topaba con todo el mundo en el pueblo donde nació. Tenía mucha rabia con los padres que no conocía y un sentimiento de gratitud con la abuela que se hizo cargo de mí hasta los 10 años. En el pueblo se corrige con pescozones y a mí me tocaron muchos. Yo mismo me los ganaba. Yo era muy cansón y quería hacerme respetar. Después quise vengarme.

Cuando yo pienso en darle la cara a la sociedad civil, pienso usar mi voz para pedir perdón y pedirles algo más, les pe-

diría que trabajáramos juntos en el pueblo donde yo nací. Que en vez de que los niños cojan un arma, puedan coger un lápiz y un cuaderno, ésa fue la causa por la que muchos en ese pueblito, donde yo vivía, se fueron para los grupos, porque no tenían otra opción, no teníamos salida. Todos sabemos que la escuela es una salida y en mi pueblo no se podía ir a la escuela. Yo me siento responsable de haber cumplido órdenes, aquí en la civil también tengo que cumplir órdenes, todos cumplimos órdenes. Entiendo que las órdenes que cumplía en el grupo hicieron daños irreparables y por eso siento remordimiento. Pero, espero que puedan ver que he cambiado, así me dice mi cuñado, *"usted ha cambiado mucho."*

Yo llegué aquí porque hubo un combate y tres personas quedamos vivas, en ese momento me capturaron, yo tenía 13 años. Yo tenía mucho miedo de llegar a la civil. De cómo me mirarían.

Si mi hijo me preguntara ¿quién he sido yo?, ¿quién es su padre?, yo le diría: yo fui una persona que estuvo en la guerra y que gracias a mi suerte salí de allá para contarle a él lo que realmente fui y lo que ahora estoy intentando ser. Cambiar todo, ayudar, creo que él me entendería.

Si mi hijo quisiera irse para la guerra, yo no podría hacer mucho. Él está muy lejos, pero le diría que yo puedo ver el futuro que le espera; que allá, en la guerra, tarde o temprano alguien cae, que muchos cayeron a mi lado, le diría que yo conté con suerte para decirle a él y al mundo lo que yo viví allá. Intentaría salvar a mi hijo de que caiga en esta guerra.

Yo no puedo hacer nada más, espero poderle dar un ejemplo, alguna orientación, eso hacen los padres, ¿no? Yo era muy desorientado, muy cansón, me he ido formando solo y ahora puedo decir que definiendo el honor de estar en la civil de forma honrada. Porque me he formado solo.

Yo he visto cómo acá en la sociedad civil hay gente que me mira como si yo les fuera a robar. Pero no me conocen, si me conocieran no tendrían miedo.

Tengo el derecho a tener el mismo trato que los demás, yo ahora soy de la civil. Me afecta lo que los otros piensan de mí; que me miren mal, me da rabia. Pero, también sé que ellos a mí no me conocen y entiendo que puedan equivocarse al mirarme, pediría que me juzguen por lo que intento ser ahora, intento reparar lo que fui y por eso envío esta carta. Tal vez, les ayude a entender un poco más la guerra que muchos vivimos y que otros ven por televisión.

Respuesta a la carta de Luis-Alberto Tenorio (por: Solís Sandoval) ¿Qué le respondería “yo” a Luis como civil?

Le diría, que todos cruzamos por diferentes etapas en nuestra infancia y cada una de ellas está llena de cosas maravillosas pero también difíciles, ya sea por enfermedades, caprichos, obstáculos en la familia o cambios en el medio que habitamos, etc. Pero más que resaltar las cualidades de aquellos momentos en los que esperamos un guía en la familia que nos enseñe lo que es el mundo, quiero llegar a tal punto donde encuentre una conexión profunda con Luis, cuando se refiere a su infancia como el diablillo, porque en mi infancia también estuve rodeado de amigos a los que les encantaba descargar sus energías compitiendo con los otros a los que les llamaban “pesadillas” o “diablos”; inclusive, en el medio en el que me crié la palabra “pesadilla” también era relacionada con inteligencia, ya que los chicos que intentaban llamar la atención siempre planeaban y estaban pensando cómo ha-

cerlo. A continuación quiero decirle a Luis que recordar ese niño que aun lleva dentro pasó de ser un reto a ser un sinónimo de grandeza y mucha fortaleza, pues no todos tenemos la facultad de recordar con mucha claridad nuestra infancia y mucho menos compartir lo malo que fuimos, siendo esto sinónimo de un niño alentado y con muchas energías en el marco de la mayoría de pueblos colombianos.

Volviendo al tema, quiero decirle a Luis que la sociedad siempre estará dispuesta a recibirlo con las manos abiertas, de lo que no podemos escapar es de los prejuicios que históricamente se han construido discursivamente y se dirigen siempre a determinados sectores de la sociedad como a los Gay, Lesbianas, Homosexuales, Gordos, Negros, Indígenas, Chinos, Árabes, etc. Por los diferentes prejuicios que están enmarcados en el subconsciente de la sociedad, sufrimos de los diferentes estereotipos antes mencionados y digo, sufrimos, porque quien les escribe pertenece a la comunidad Afro (NEGRO) en Colombia y me ha tocado luchar en incontables situaciones con algunas de las “ofensas” que mencionaba Luis cuando se refería a la mirada despectiva de la sociedad, esa mirada que nos pone a pensar que somos todo lo malo que le pasa al país y todo lo que sale en las noticias cada día; pero los que reaccionan despectivamente en medio de la sociedad civil son unos pocos y es por eso que como Afrocolombiano aprendí a identificarlo y fue cuando comprendí que ese 10% de la sociedad no podía ser más fuerte que ese 90% que me brindaba su cariño, apoyo y comprensión. Por último quiero decirle a Luis que es de enor-

me gratitud el perdón que hoy ha ofrecido a la sociedad civil, y el mismo ha sido recibido y asimilado, (directamente, Luis) estoy seguro de que, así como “yo”, también cada uno de los que recibían tu petición lo harán de la mejor manera porque en tus palabras hay certeza y humildad, (...) además un gran amor por la familia, por construir una nueva

sociedad donde reine el amor y la paz; también se percibe la perseverancia en querer hacer de tu vida y la de tu familia una nueva historia con un final feliz, y empezaste con el mejor de los pasos que es el reconocimiento del daño causado y de seguro toda la sociedad sabrá que lo haces de corazón.

¡¡¡ Bienvenido a la sociedad civil!!!

Patronato histórico de la Revista. Alfonso Carvajal-Escobar (✉), Marta Traba (✉), José-Félix Patiño R., Bernardo Trejos-Arcila, Jorge Ramírez-Giraldo (✉), Luciano Mora-Osejo, Valentina Marulanda (✉), José-Fernando Isaza D., Rubén Sierra-Mejía, Jesús Mejía-Ossa, Guillermo Botero-Gutiérrez (✉), Mirta Negreira-Lucas (✉), Bernardo Ramírez (✉), Livia González, Matilde Espinosa (✉), Maruja Vieira, Hugo Marulanda-López (✉), Antonio Gallego-Urbe (✉), Santiago Moreno G., Rafael Gutiérrez-Girardot (✉), Eduardo López-Villegas, León Duque-Orrego, Pilar González-Gómez, Graciela Maturo, Rodrigo Ramírez-Cardona (✉), Norma Velásquez-Garcés (✉), Luis-Eduardo Mora O. (✉), Carmenza Isaza D., Antanas Mockus S., Guillermo Páramo-Rocha, Carlos Gaviria-Díaz (✉), Humberto Mora O. (✉), Adela Londoño-Carvajal, Fernando Mejía-Fernández, Álvaro Gutiérrez A., Juan-Luis Mejía A., Marta-Elena Bravo de H., Nínfa Muñoz R., Amanda García M., Martha-Lucía Londoño de Maldonado, Jorge-Eduardo Salazar T., Ángela-María Botero, Jaime Pinzón A., Luz-Marina Amézquita, Guillermo Rendón G., Anielka Gelemur, Mario Spaggiari-Jaramillo (✉), Jorge-Eduardo Hurtado G., Heriberto Santacruz-Ibarra, Mónica Jaramillo, Fabio Rincón C., Gonzalo Duque-Escobar, Alberto Marulanda L., Daniel-Alberto Arias T., José-Oscar Jaramillo J., Jorge Maldonado (✉), María-Leonor Villada S. (✉), María-Elena Villegas L., Constanza Montoya R., Elsie Duque de Ramírez, Rafael Zambrano, José-Gregorio Rodríguez, Martha-Helena Barco V., Jesús Gómez L., Pedro Zapata P., Ángela García M., David Puerta Z., Ignacio Ramírez (✉), Nelson Vallejo-Gómez, Antonio García-Lozada, María-Dolores Jaramillo, Albio Martínez-Simanca, Jorge Consuegra-Afanador (✉), Consuelo Triviño-Anzola, Alba-Inés Arias F., Lino Jaramillo O., Alejandro Dávila A.

Colaboradores

Humberto de la Calle L. Abogado y doctor h.c. de la Universidad de Caldas. Ha desempeñado cargos de Ministro de Estado, Vicepresidente, Embajador y fue artífice destacado en la promulgación de la Constitución Política de Colombia (1991). En la actualidad dirige la delegación del gobierno colombiano en los diálogos de La Habana, hacia la paz. Condiciones de Estadista; jurista, político-intelectual.

Darío Valencia-Restrepo. Ingeniero, académico, humanista. Profesor/investigador, exrector de la Universidad de Antioquia y de la Universidad Nacional de Colombia. Doctor h.c. de la UN. Miembro honorario de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Columnista de prensa.

Mario-Hernán López B. Doctor en Paz, conflictos y democracia de la Universidad de Granada; director de la Maestría en Ciencias Sociales y docente en el Departamento de Economía y Administración de la Universidad de Caldas. Autor de ensayos y narrativas.

Marta Cecilia Betancur-García. Magíster en Filosofía U. Nacional; Doctora en Filosofía U. de Sevilla, España. Docente titular del Departamento de Filosofía de la Universidad de Caldas. Grupo de Investigación en Filosofía y Cultura. Autora de artículos y ensayos.

Rodolfo Arango-Rivadeneira. Abogado, Magister en Filosofía U. Nacional. Doktors Rechte (Alemania, 2000). Profesor Titular del Departamento de Filosofía de la U. de los Andes. Grupo de investigación en Derecho, justicia y democracia. Autor de diversos libros y artículos de ensayo sobre estos temas.

Darío Ortiz-Robledo (Ibagué, 1968). Artista plástico e investigador. Miembro y expositor de la academia de historia del Tolima. Columnista del periódico el “Nuevo Día”. Ha realizado un centenar de exposiciones colectivas en más de 20 países y una treintena de exposiciones individuales.

Julián-Andrés Loaiza de la Pava. Doctor en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud. Magister en Educación y Desarrollo Humano. Trayectoria investigativa en los procesos de subjetivación en la Escuela como escenario de prácticas educativas encaminadas a procesos de construcción de paz.

Alberto Antonio Verón-Ospina. Ph.D. en Historia de América Latina. Profesor Titular Universidad Tecnológica de Pereira. Director del Grupo de investigación “Filosofía y Memoria”.

Jaime Pineda-Muñoz. Magíster en Filosofía. Doctor en Ciencias Sociales, niñez y juventud, docente del CINDE y del programa de Filosofía y Letras en la Universidad de Caldas.

Ricardo Correa-Robledo. Abogado y politólogo. Miembro del último equipo negociador en el proceso de paz del Caguán 2001-2002. Tuvo desempeños administrativos en la Universidad de Caldas y en la Asociación Nacional de Industriales (Andi). Columnista de prensa.

Mario-Alberto Puerta. Abogado de la Universidad Javeriana, con estudios de posgrado en la Universidad París II Pantheon Assas y en la Universidad Externado de Colombia. Ha sido profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad Javeriana. Integrante de la Oficina del Alto Comisionado para la Paz. Participó en la construcción de los acuerdos entre el Gobierno Nacional y las Farc en la Mesa de Conversaciones de La Habana.

Aldemar Giraldo-Hoyos. Especialista en Educación. Estudios de doctorado en Educación. Docente jubilado en educación secundaria y universitaria. Investigador en la Universidad de Manizales.

Francisco Leal-Buitrago. Sociólogo UN, Magister y Ph.D. en la Universidad de Wisconsin. Politólogo. Profesor/investigador, con aplicaciones en la UN y en la Universidad de los Andes. Fundador del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI), en la Universidad Nacional de Colombia. Columnista de prensa.

Armando Montenegro-Trujillo. Ingeniero Industrial de la Universidad Javeriana, Maestría en Economía y Estudios Latinoamericanos (Universidad de Ohio), Ph.D. en Economía de la Universidad de Nueva York. Se ha desempeñado como director de Planeación Nacional, director de Anif, director-gerente de Rothschild-Colombia y director-gerente de Ágora Banca de Inversión. Columnista de prensa.

Juan Pablo Mejía-Giraldo. Psicólogo. Magister en Psicología Clínica; mención psicología analítica Junguiana. Docente U. de Caldas.

Ricardo Andrés Delgado-Cardona. Psicólogo integrante del centro de investigación CEDAT de la Universidad de Caldas. Trabaja en procesos de formación, investigación e intervención sobre las violencias, el conflicto armado y la convivencia en Colombia.

Carlos-Eduardo Rojas R. Sociólogo, Magister en Filosofía por la Universidad Nacional. Doctor en Estudios territoriales por la U. de Caldas. Realiza trabajos de investigación en los campos de Conflictos morales y derechos humanos en Colombia, Universidad y sociedad, Ética y derechos humanos.

Luis-Alberto Tenorio. Joven reinserado

Solís Sandoval. Estudiante de Antropología en la Universidad de Caldas.

Esta edición estuvo a cargo de los profesores Marta-Cecilia Betancur G. y Mario-Hernán López B. , de la Universidad de Caldas. Las ilustraciones fueron aportadas por:



Con auspicios de:



La paz tiene un destino ambulante

Por este camino que la distancia no vence
va una palabra de viaje.

Se dirige al otro lado de las montañas
donde talvez el horizonte se alcanza.

Es una palabra andariega
que cruza ríos a saltos
despeja puertos
y da la vuelta al mundo
sin proponérselo

Es una palabra en busca de aposento.

Por este camino que la distancia no vence
cruza de viaje una palabra.

(1981)

Carlos-Enrique Ruiz

“Transiciones para una paz duradera e imperfecta”

Manuscrito autógrafo/ <i>Humberto de la Calle L./</i>	1
Cambio de piel <i>/Humberto de la Calle L./</i>	2
Centro Nicanor Restrepo-Santamaría para la reconstrucción civil <i>/Dario Valencia-Restrepo/</i>	5
Diez mensajes para una bitácora <i>/Mario Hernán López-Becerra/</i>	10
Del poderío de la fuerza al reconocimiento recíproco <i>/Marta Cecilia Betancur-García/</i>	17
La tarea de construir una sociedad democrática en Colombia <i>/Rodolfo Arango-Rivadeneira/</i>	28
Una historia de intransigencia <i>/Dario Ortiz-Robledo/</i>	39
Lo que nace en la adversidad (entrevista con Andres-Felipe Calle) <i>/Mario-Hernán López B. y Ricardo-Andrés Delgado C./</i>	48
La experiencia pacifista como apertura de los mundos políticos, eróticos y poéticos <i>/Julián-Andrés Loaiza de la Pava/</i>	54
Pensando en otras maneras de la paz <i>/Jaime Pineda-Muñoz/</i>	61
Una guerra que se extingue <i>/Ricardo Correa-Robledo/</i>	67
Los acuerdos de La Habana: un paso definitivo para la construcción de paz <i>/Mario-Alberto Puerta/</i>	79
Dos experiencias de hacer literatura testimonial sobre el conflicto armado <i>/Alberto Antonio Verón-Ospina/</i>	86
¿Cuál paz y cuál educación para la paz? <i>/Aldemar Giraldo-Hoyos/</i>	95
Relaciones civiles militares en un país en conflicto armado <i>/Francisco Leal-Buitrago/</i>	101
Columnas del diario “El Espectador”: El populismo de aquí y allá; Sobre el dividendo de paz; Impuestos y la plata del posconflicto <i>/Armando Montenegro-Trujillo/</i>	104
Sobre la experiencia con niñas, niños y jóvenes excombatientes <i>/Juan Pablo Mejía-Giraldo/</i>	109
La paz tiene un destino ambulante <i>/Carlos-Enrique Ruiz/</i>	123
NOTAS /Del 20 de julio al 23 de junio: nuestro largo siglo xix. (por: Carlos-Eduardo Rojas)/ Carta a la sociedad civil (por: Luis-Alberto Tenorio)/ Carta: ¿Qué le respondería yo a Luis-Alberto Tenorio? (por: Solís Sandoval) / Patronato histórico de la Revista/	117